



Facultad de Filosofía y Letras

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE FILOSOFÍA

LOS PROBLEMAS DE LA ESTÉTICA MORAL DE

FEDERICO NIETZSCHE

T E S I S

PARA OBTENER EL GRADO DE

LICENCIADO EN FILOSOFÍA

QUE PRESENTA

Raúl Saavedra García

Asesora: Dra. Lizbeth Sagols Sales

CD. UNIVERSITARIA, CIUDAD DE MÉXICO

2017



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

2017

TESIS DEDICADA
CON VENERACIÓN Y RESPETO INTELECTUAL
A MI ESPOSA
MARÍA DE LOURDES GARCÍA RUIZ
CON TODO EL AMOR Y CARIÑO QUE LE TENGO
Y TAMBIÉN POR LA ESPERANZA QUE TUVO
DE QUE SE PRESENTARA
ESTA ESPACIO-TEMPORALIDAD ACADÉMICA
ENTRE NOSOTROS

CON AGRADECIMIENTO FORMAL TAMBIÉN

A MI ASESORA

DOCTORA LIZBETH SAGOLS SALES

Y A MIS SINODALES

DR. CRESCENCIANO GRAVE TIRADO

DR. RICARDO RENÉ HORNEFFER MENGDEHL

DR. RAMÓN CHAVERRY SOTO

DR. ALBERTO CONSTANTE LÓPEZ

ÍNDICE

LOS PROBLEMAS DE LA ESTÉTICA MORAL DE FEDERICO NIETZSCHE

Introducción	5
Capítulo primero	
1.Razón biográfica de su filosofía moral	15
1.1.De su falta de vitalidad a su vitalismo filosófico	15
1.2.De la saturación de moralidad al “ <i>a priori</i> ” inmoralista	18
1.3.Su temperamento de artista como amoralidad del juego	29
Capítulo segundo	
2.El origen de sus conceptos morales	35
2.1.El concepto de justicia	39
2.2.El concepto de virtud	43
2.3.El concepto de culpa	47
2.4.El concepto de Dios	55
Capítulo tercero	
3.Genealogía de la moral en Nietzsche	61
3.1. Individuo y sociedad	61
3.2. Moral de siervos y moral de señores	74
3.3. La voluntad de poder ética de la afirmación del ser	81
Capítulo cuarto	
4.Categorías de la nueva moral	85
4.1. Naturalismo	86
4.2. Determinismo	89
4.3. Evolucionismo	95
4.4. Esteticismo	100
Capítulo quinto	
5.La transmutación de los valores	105
5.1. Fe en la tierra	106
5.2. Alegría de vivir	110
5.3. Nueva ascesis	115
5.4. Juego y arte	118
Conclusiones	123
Bibliografía	149

LOS PROBLEMAS DE LA ESTÉTICA MORAL DE FEDERICO NIETZSCHE

INTRODUCCIÓN

La cuestión tradicional de las relaciones entre el arte y la moral no puede, ni debe entenderse, al nivel del lenguaje comunicativo, con la aclaración simplista de que el entorno de la moral se expresa en prescriptores y la estética preferentemente en designadores (el arte señala, la moral prescribe).

Tanto la moral como la estética poseen, en su razón práctica, la característica de generarse de la individuación íntima.

La moral es praxis que revierte sobre sí misma y se proyecta en los otros normativamente, la estética se detiene en "lo otro" en el objeto.

El arte es, en sentido estricto, obra y palabra.

La palabra es también vínculo de compromiso moral.

Por eso no es fácil distinguir lingüísticamente el carácter estético del moral.

Una lectura de las obras de Nietzsche puede aportar, ideas a este problema.

Nadie ha planteado como él la tensión vital de esta dualidad.

En donde su actitud filosófica es principalmente contra la moral.

En donde hasta ese momento sobre lo que menos se había pensado era sobre el bien y el mal que siempre se consideró como una cosa intocable.

La consciencia, la buena opinión, el infierno, y las instituciones no permitían ni ahora permiten mostrarse imparcial en este ámbito y es que en presencia de la moral, como en presencia de toda autoridad, no es lícito reflexionar, ni aún menos desarrollar propuestas.

Ya Nietzsche nos indicaba que desde que el mundo es mundo, ninguna institución ha querido todavía dejarse tomar por objeto de crítica y mucho menos llegar a la crítica de la moral o tener por problemática la moral, ahí donde eso se presenta como inmoral

Al final de su existencia consciente, reconsiderando el sentido de toda su obra, reconoce que en **Aurora** empieza su campaña contra la moral.

Se propondrá ser el primero en traspasar lo inhumano.

Se proclamará "inmoralista" pero, ya desde el comienzo, no debemos olvidar su temperamento musical y su intuición poética.

No esperemos que, a partir de una duda razonable, llegue metódicamente a afirmaciones o negaciones claramente formuladas.

Será análisis del tesista hacer el recuento de lo no valioso, rechazado y que no debe continuar, de lo valioso desdeñado que ha de revalorizarse y de lo valioso intuido y expresado que no podrá dejarse de tener en cuenta en lo futuro.

Nietzsche pasa directamente de la sospecha a la acusación en la cual irreflexivamente se le atribuía a lo bueno un valor superior a lo malo (superior en sentido de progreso) entonces ¿Qué sucedería si lo contrario fuera verdad?

De tal manera que si el más alto grado de poder y de esplendor del hombre, posible en sí mismo, no ha sido alcanzado jamás, la falta de ello será precisamente de la moral.

Nietzsche se autotitula inmoralista como insignia y emblema de sí mismo.

Orgulloso de esta autodesignación que lo pone de relieve en y frente a la humanidad.

Así es como nadie ha considerado todavía la moral cristiana como algo que se encuentra por debajo de él, para esto hace falta una gran comprensión de análisis en el futuro, una profundidad psicológica absoluta.

La moral cristiana ha sido hasta el presente nietzscheano la parodia de todos los pensadores, con la que según Nietzsche todos ellos se pusieron a su servicio.

Ya que hasta ese momento nadie sino más que él se atrevió siquiera a sospechar.

La moral cristiana es sinónimo de renunciación.

Conviene tener en cuenta la recopilación definitiva del último Nietzsche para explicarse correctamente su agresión al cristianismo que él identifica con el pesimismo nihilista de la civilización europea.

Ahí donde la moral de la renunciación a sí mismo es según Nietzsche por excelencia la moral de la degeneración.

Y es esta la única moral que se ha enseñado hasta el presente, la moral de la renunciación, misma que niega la vida, negando así la misma base de la moral.

Con ello esta moral es la ideología del decadente con la intención oculta de vengarse de la existencia-vital y esta intención ha sido coronada con el éxito.

La invención como designa Nietzsche a la moral cristiana fue un acontecimiento sin precedente, una verdadera catástrofe y decadencia y en otro sentido una fatalidad, invención que divide en dos la historia de una parte de la humanidad.

Pues desde ese momento la humanidad existe y vive la cotidianidad social antes del cristianismo y/o después de él.

Así todo lo que hasta el presente, parte de la humanidad ha llamado verdad, está hoy desenmascarado como la mentira más ideológica que descalifica a la moral, su moral y la nuestra y así se ha descubierto, al mismo tiempo, el no-valor de todos los valores en los que esta parte de la humanidad creía.

En este sentido para Nietzsche el concepto de "Dios" se ha inventado como antinomia de la existencia-vital.

En donde el concepto "del más allá" ha sido creado, más que para despreciar el único mundo que existe, para no conservar ya en nuestra realidad terrenal ningún objetivo, ninguna razón de ser, ningún fin.

Ahí donde el concepto de "alma inmortal" ha sido inventado para despreciar el cuerpo.

Y en adherencia a ello la noción de "pecado" ha sido creada al mismo tiempo como el instrumento de tortura que la completa, junto con el "libre arbitrio", para extraviar los instintos y la intuición, para que de la desconfianza hacia los instintos se cree una segunda naturaleza.

Con lo que en la noción del "desinterés", y de la "renuncia a sí mismo", nos encontraremos con el verdadero ser y hacer de la decadencia.

Y es en este sentido como debemos comprender a Nietzsche como Dioniso frente al crucificado.

En esta síntesis del filósofo se encuentran ya los elementos básicos de la interpretación moral que analizaré, en la medida de lo posible, detenidamente.

Su referencia concreta al cristianismo europeo como ámbito, su distinción de prejuicio e instinto, su valoración de la existencia y su interpretación de ella como algo dionysíacamente fatal.

Ahondando más en el punto de partida, es necesario tener en cuenta que Nietzsche considera la moral como un fenómeno subjetivo, en donde no hay fenómenos morales, sino sólo interpretaciones morales de los fenómenos.

Por lo que la moral es únicamente la interpretación de ciertos fenómenos, y entonces más exactamente, una interpretación falsa .

Decidido a negar la moralidad, Nietzsche busca y delimita su postura filosófica y filológica, de filósofo y filólogo acostumbrado a la hermenéutica de la mitología griega.

Así para Nietzsche negar la moralidad, quiere decir, ante todo, negar que los motivos morales que pretextan los hombres sean los que realmente les han impulsado a sus actos, esto equivale a decir que la moralidad es cuestión de palabras y que forma parte de engaños, y la mayoría de las veces autoengaños propios del hombre, sobre todo del hombre único por sus virtudes.

Y así luego negar, que los juicios morales se basen en verdades.

En este caso se concede que esos juicios son verdaderamente los motivos de las acciones, pero que son errores, fundamentos de todos los juicios morales, los que lanzan a los hombres a sus acciones morales.

Nietzsche negó del mismo modo la inmoralidad y no es que haya una infinidad de hombres que se sienten inmorales, sino que hay en realidad una razón para que se sientan tales.

Por lo que no niega, como es natural, que sea preciso evitar y combatir muchas acciones que se denominan inmorales, del mismo modo que es necesario realizar y fomentar muchas de aquellas que se denominan morales, pero es necesario hacer ambas cosas por otras razones que las antiguas y tradicionales.

Por lo que es necesario cambiar nuestras propuestas morales e ideológicas para renovar nuestra manera de sentir.

Aclarando, por su propio testimonio, que el "inmoralista" Nietzsche no es un vulgar propagador del desorden, sino un filósofo moral que, partiendo del supuesto de que la motivación de la conducta moral tradicional es erróneo y encierra en sí la tendencia al nihilismo (es pesimista), busca una concepción nueva defensora y estimulante de existencia y otras razones de un orden que también se da por supuesto, el de la superación humana.

De modo que al leer en Nietzsche la palabra "moral" se ha de entender no la conducta sino su finalidad y el razonamiento por el que se pierde la valoración de la existencia y la misma existencia en un proceso en el que habiendo pretendido llegar el Occidente a un orden de equilibrio, se comporta de un modo inmoral.

Por ello es que todos los medios por los que parte de la humanidad había de ser moralizada han sido hasta ahora fundamentalmente inmorales.

Sin embargo desde aquí no podemos esperar una respuesta sistemática de Nietzsche frente a sus reflexiones, puesto que en los libros de aforismos como los que él escribe, entre y tras cada aforismo, hay muchas cosas ideológicas y desarrollo de pensamientos, y entre éstos, muchas cosas que serían muy problemáticas para su comprensión.

Fácilmente podría demostrarse, a pesar de todo, que cuantitativamente, al menos, la moral acaparó el interés de Nietzsche, ya que la mayoría de sus escritos se ocupan del tema.

Indagar cualitativamente el valor de su aportación al mismo y tratar de sistematizar lo que él rehusó formalizar en una lógica anuladora de la existencia, es un poco la idea.

Él prefirió el arte a la verdad y será precisamente la estructura recóndita del arte la que pueda exteriorizarse a través de sus aforismos morales.

Nietzsche, y así lo creo, por condicionamientos de carácter, de formación y existencia de vida, se decide como filósofo a destruir asistemáticamente el sistema moral que considera un prejuicio.

Por moral entiende no una conducta ordenada por un fin sino la falsificación de los fines, la táctica para lograr dolosamente un dominio sobre los demás, impidiendo su voluntad de dominio y el valor del egoísmo, un resentimiento contra la existencia que es instinto y voluntad disimulada de poderío.

En el primer capítulo se analizará la razón biográfica de su agresión a la moral bajo el concepto de freno de la evolución.

En el segundo se examinan algunos conceptos morales en razón de su formación erudito-filológica.

En su análisis de la sociedad y del individuo descubre Nietzsche la diversa actitud de supervivencia del que manda y trata de conservar su poderío y del que está sometido e intenta sobrevivir acomodándose.

De ahí que todo se reduzca a obediencia o poder que son, en definitiva, haz y envés del mismo instinto de dominio.

Nietzsche, basándose no sólo en la observación psicológica sino en las teorías transformistas de la selección y lucha de especies, la interpretación repetidamente de un sentido metafísico dudoso de ley del ser, cuando es, en realidad, una actitud existencialista, o más bien de dimensión moral subjetiva de modo que, el superhombre no es una realidad sino un ideal querido desde la voluntad de poder.

Si la voluntad de poder tiene un fin y no es una pasión inútil, Nietzsche es, a pesar de las interpretaciones existencialistas, enemigo declarado del nihilismo y su idea del eterno retorno nada tiene que ver con el pesimismo de las situaciones límites, ésta sólo se puede entender como inocencia del ser que se desarrolla en el juego dionysíaco, una creación de valores; ellos y su proceso de carácter artístico.

En el tercero de los capítulos, ordenaré las ideas de Nietzsche sobre el individuo, y sobre la sociedad como agentes morales, el sentido de moral como fraude y táctica de engaño, o como error; es decir, la génesis de la moral occidental, moral que nace en el resentimiento de los que sirven y obedecen y en la opresión perpetuamente deseada de los que dominan.

El instinto humano se reduce a egoísmo que en el siervo es sumisión para subsistir y en el señor ambición.

Estas ideas compendian los tres capítulos fundamentales del estudio.

En el capítulo cuarto, comprobado el naturalismo ético, que postula una actitud humana, de superación del bien y del mal, examinaremos la opción nietzscheana por el sentimiento aristocrático, dentro de una suerte de lucha de clases, declarándose en favor de la absoluta libertad del individuo.

En la teoría del superhombre apunta una moral, en el sentido auténtico, la ascesis que el propio Nietzsche practicó en vida y que exige de todo espíritu que anhele la verdadera libertad y el conocimiento que le haga superior.

No se trata, pues, de nacionalismo, eugenesia, o idealismo.

Superhombre significa expansión del ideal de superación por el conocimiento e independencia personal.

Esta moral de los espíritus libres nace con el signo de la fidelidad a lo planetario y crece en la alegría de vivir por una autoexistencia y autoestímulo no basados en sanción alguna sino en el valor de la propia perfección y en la moral de la apertura hacia la especie, es decir, estamos ante una moral fundada en la ontología estética, ya que el arte crea algo que tiene sentido en sí, sin procesos utilitarios.

En realidad, se trata, más que de una moral, de una praxis estética que produce realidades valiosas sin relación a un origen y sin destino, siendo el egoísmo su valor supremo y causa última.

Podría definir la filosofía nietzscheana como valoración del presente que eternamente retorna, creándose y destruyéndose en juego dionysíaco, en definitiva, una aceptación de la existencia contra toda evidencia de mal y de dolor, la voluntad convulsa de lograr solidez transmutando los valores.

Nietzsche denomina a esta actitud moral-estética "*amor fati*".

Ahí donde a la grandeza en el hombre es el "*amor fati*", esto es no querer tener nada diverso de lo que se tiene, nada antes, nada después, nada por toda la eternidad.

No sólo se debe soportar lo necesario y no esconderlo, sino amarlo, y es aquí donde todo idealismo es y será mentira frente a lo necesario.

Los escritos de Nietzsche suelen interpretarse o en relación con su biografía o como confirmación de una tesis de la que se le considera ícono.

En ambos casos, al filósofo se le ha juzgado personalmente, en los primeros por método, en los segundos por conveniencia.

Es así que el análisis de la obra moral de Nietzsche se realiza , no por lo que él dice, sino el hecho de que él lo dice y de qué manera precisamente ha llegado a decirlo, es al parecer lo único que parece interesante.

Se le analiza como para no ocuparse de sus obras, se explica la génesis de éstas, y con esto se cree haber cumplido.

Se considera otra posibilidad metodológica que, sin perder de vista dichas interpretaciones y la razón biográfica circunstancial del pensamiento nietzscheano, consiste en la fidelidad filológica a la lectura de Nietzsche.

Nietzsche deseaba para sus obras que se leyeran como los filólogos leerían a Horacio, así entonces, respetando su afirmación debemos analizar la obra moral de Nietzsche en el sentido de que él es una cosa y sus escritos son otra cosa.

Nietzsche, que procedía de la filología, deseaba para la interpretación de su obra una ordenación, relación y profundidad filológica en sus textos filosóficos.

CAPÍTULO PRIMERO

1. RAZÓN BIOGRÁFICA DE SU FILOSOFÍA MORAL

1.1. De su falta de vitalidad a su vitalismo filosófico.

Friedrich Wilhem Nietzsche nació en Röcken Bei Lützen, provincia prusiana de Sajonia, el día 15 de octubre de 1844.

En donde al final de su existencia-vital racional se encontraran las dos formas más nobles con las que se encontró personalmente, que fueron el perfecto cristianismo ya que él descendía de una familia que en todos los sentidos se había conducido seriamente en su cristianismo y el perfecto artista del ideal romántico, que supo que era muy inferior al ideal cristiano.

Su padre fue pastor protestante.

Nietzsche se cree influido por la herencia y ejemplo de su padre que murió a la edad de treinta y seis años, él cual era delicado, amable, mórbido, como un ser predestinado a una existencia afirmativa.

En el mismo año en que su padre murió declinó también su existir vital cayendo en el punto más bajo del mismo.

Esta falta hereditaria de vitalidad es más bien un estímulo que un síntoma de decadencia, para ello fue una larga, demasiada larga serie de años que significaron la curación, pero significó, desgraciadamente también recaída, periodos de una forma de decadencia.

Partiendo del punto de vista del enfermo, vislumbraba ideas y valores más sanos, y al contrario, partiendo de la plenitud y de la certeza de sí mismo que pone a la vida valor, ocultaba su mirada al secreto trabajo de los instintos de decadencia, esa fue su más larga praxis, su verdadera experiencia y en esto llegó a ser un maestro, si lo fue alguna vez en algo.

Así efectivamente me parece ahora que aquel largo tiempo de la enfermedad de Nietzsche por decirlo así, descubrió otra vida, principalmente se comprendió a sí mismo y de su voluntad de salud, de vida, de existencia, hizo su filosofía en la que finalmente dejó de ser pesimista.

Insiste Nietzsche en la relación de la herencia paterna con su deficiencia fisiológica y ésta con la capacidad de penetrar, por contraste, en un mundo superior.

Consideraba para él un privilegio haber tenido tal padre y de ahí inclusive explica todos sus privilegios, abstracción hecha de la existencia-vital, de su gran afirmación por ella, el no tener la necesidad de una intención particular, sino solamente de una cierta espera para entrar voluntariamente en un mundo de cosas superiores y delicadas.

Sus pasiones íntimas en donde se siente allí a gusto y que haya pagado este privilegio casi con su vida, no fue para él ciertamente una circunstancia desventajosa.

Ello nos lleva a poder comprender algo de su Zarathustra hay, quizá, que encontrarse en una condición análoga a la suya , con un paso más allá de la existencia-vital.

La debilidad heredada le acompaña constantemente con dolores insoportables de cabeza, estomacales y nerviosos que se agudizan, parece ser, por una caída de caballo sufrida durante su movilización en 1867 para la guerra entre Prusia y Austria.

Varios meses en cama le separan del campo de batalla y de sus estudios filológicos.

En 1876 tiene que solicitar permiso a la Universidad de Basilea para interrumpir sus clases por enfermedad y, desde entonces, hasta el acceso de locura de 1889, que le dominó hasta muerte, su existir-vital

fue un continuo peregrinar en busca, por toda Europa, de un clima propicio para su salud decadente.

Este carácter enfermizo le inclinó, como a su padre, desde niño a la música, al idealismo, al pesimismo y también a una piedad poco consistente.

De adolescente era pesimista y aunque pueda parecer ridículo, algunas líneas de su música escritas a los doce o a los trece años de edad son, en el fondo, lo más oscuro y decidido que se conoce entre la música pesimista.

“Hasta ahora no he encontrado en algún poeta o filósofo pensamientos y palabras que subiesen de tal modo del abismo de la extrema negación en que yo entonces me encontraba: y en cuanto a Schopenhauer, tampoco me he librado de la creencia de que tuvo muy buena voluntad de pesimismo, pero quizá una aversión mucho mayor al pesimismo propiamente dicho”. (XI, 124, 56).

Y de Schopenhauer precisamente, al que leyó en Leipzig, y de Wagner, al que conoció allí mismo, surge esa gran afirmación de la vida que asegura no haber heredado de su padre.

Cierto que para Nietzsche, en aquellos días juveniles, pudo trazar sus líneas ideales, aquellas con las que él veía las imágenes del filósofo y del artista, no completamente sobre el ideal, sino, por así decirlo, sobre figuras previamente diseñadas.

Y con Wagner se le recuerda, fuera de toda polémica, como lo veneró tanto como a ningún otro.

Nietzsche admiraba su fuerza y su vitalidad en el transcurso de su música.

Más tarde surgió el desencanto, ahí donde él vislumbro cómo Wagner se borró a sí mismo e involuntariamente confesó que se desesperaba y por ello se postró ante el cristianismo.

Pero Nietzsche ya había recibido su impacto vitalista.

Y se denotaba como un espíritu libre audaz que querría esconder y negar que era en el fondo un corazón incurable y entonces la locura misma puede ser la máscara de un saber funesto pero demasiado seguro.

Sus ideas vitalistas, pues, se originan como contrapeso idealista de su insuficiencia fisiológica, por influjo de la exaltación lírica de Hölderlin y Wagner y del voluntarismo schopenhaueriano, pero es solamente Dioniso, como mito griego y como pasión personal el que le llevará a la alegría de vivir de la *Gaya Scienza*, de las canciones del Príncipe *Vogelfrei* y del *Zaratustra*, ya preludiada en la euforia helénica del origen de la tragedia.

1.2. De la saturación de moralidad al "a priori" inmoralista.

Al morir de un accidente en 1848 su padre, Nietzsche es trasladado de Röcken a Naumburg donde sus cuatro años serán intensamente protegidos por una densa feminidad, la abuela paterna, tres tías, la madre y su hermana Elizabeth.

Allí, creciendo en la austeridad luterana, permanece hasta 1861.

Cursa la enseñanza primaria y acude, asidua y fervientemente, al Gymnasium siendo el alumno más destacado y de irreprochable conducta.

Es ya entonces también aventajado discípulo de música, siendo las partituras musicales el regalo que más le solicita su familia.

En esta temprana edad, y en virtud de un escrúpulo que le era propio como lo era la moral, escrúpulo que surgió en su existir-vital tan pronto y de una manera tan inesperada, con una fuerza irresistible, de tal modo en contradicción con lo que le rodeaba, con su juventud y su origen, tan poco relacionado con lo que él tendría el derecho de llamarle su "*a priori*", su curiosidad tanto como sus sospechas hubieron de detenerse a tiempo ante el origen que se debe atribuir en definitiva a nuestras ideas del bien y del mal.

Y el hecho es, que a la edad de trece años, ya le obsesionaba el origen del problema del mal y a este problema consagró su primera obra literaria de niño, su primer ejercicio de "caligrafía" filosófica, a una edad en que "Dios y los juegos de infancia se reparten el corazón".

Y por lo que se refiere a la solución del problema que proponía entonces, ni que decir tiene que este fue en honor a Dios, al que él hacía padre del mal.

¿Era su "*a priori*" el que exigía semejante conclusión? ¿Este nuevo "*a priori*" inmoral, o por lo menos immoralista, y su expresión, este "imperativo categórico" tan antikantiano, tan enigmático, al que ha prestado siempre tanta atención?

Y aquí distingue el prejuicio teológico del prejuicio moral y ya no busco el origen del mal "más allá" del mundo.

Su educación histórica y filológica y un cierto tacto innato, delicado por lo que respecta a las cuestiones psicológicas en general, transformaron prontamente sus problemas en estas preguntas, ¿En qué condiciones ha inventado el hombre para su uso estas dos evaluaciones, el bien y el mal? Y ¿qué valor tienen en sí mismas? ¿Hasta el presente, han detenido o impulsado el desarrollo de la humanidad? ¿Son un síntoma de miseria, de empobrecimiento vital, de degeneración? ¿O bien revelan, por el contrario, la plenitud, la fuerza, la voluntad de vivir, el valor, la confianza en el porvenir de la vida?

A estas preguntas, arriesgaba varias respuestas, estableciendo diferencias entre los tiempos, los pueblos, la categoría de los individuos y así especificaba la problemática.

Nietzsche duda y sospecha y aún apareciendo en el recuerdo de sus compañeros de infancia como un muchacho incluso piadoso, sin embargo él no llega a considerar el ateísmo como un resultado y aún menos como un hecho, para él el ateísmo es cosa instintiva.

El apriorismo de sus premisas básicas, que él mismo reconoce desenfadadamente, sentir como prohibición de pensar toda afirmación heredada, indica psíquicamente la reacción a un ambiente saturado, en ese caso, de teología y moralismo, la antítesis dentro de la dialéctica de los instintos, si a Dios se apela como razón última de toda coacción y a la moral como norma de dominio, es humano que se niegue la existencia de esa útil razón y repugne el vehículo de sometimiento. Su reacción de convertir irreflexivamente la sospecha y la duda en acusación y condenación no tiene raíz temperamental sino en el sentido de una pasión que se rebela contra un ambiente aprisionante.

Nietzsche, en la edad en que se propende a la autodefinición, cedió a la estrechez y pobreza moral de su entorno, saturado de religiosidad convencionalmente heredada, y, en su fanatismo de libertad y personalidad conquistada, nunca puso en tela de juicio la objetividad de su "*a priori*" inmoralista.

En 1861 se traslada a Schulpforte y se matricula como becario en la escuela humanística.

A pesar de sus recuerdos indiferentes queda aún prisionero de los que él llama prejuicios morales.

Nietzsche, a sus diez y nueve años, es un esclavo de la familia y el ambiente, más que una idea ética o un ser superior y juez, pueda pensar.

Así seguirá hasta el fin de su existencia dependiendo de la familia y necesidad de amistad.

Proyecta a Dios y en la ley moral toda su rebeldía contra la soledad, sentida como dependencia y contingencia.

Nietzsche desea la autonomía absoluta.

Ese anhelo desmesurado le conducirá en su vida a la incomprensión y dolorosa soledad, hasta la locura y en su pensamiento a la idea del superhombre, más allá de todo en donde jamás se han visto escritas semejantes cosas, jamás han sido sentidas.

Así sufre un dios, un Dionyso.

La respuesta a semejante ditirambo que glorifica el aislamiento al sol en plena luz podría ser dada por Ariadna como se comenta en el Zaratustra.

El hilo de Ariadna es quizá su voluntad personal de soledad, resentida desde la infancia de una falta de comprensión a su altura y de cauce a su gran deseo de existir, de una moral que estuvo suspendida sobre él.

Donde él respiraba como un hombre que se muere, en donde él debía vivir y la moral debía morir.

En 1864, se matricula en la Universidad de Bonn en Teología, por tradición familiar y por expresa voluntad de su madre y de filología, por afición propia.

Es alumno predilecto del filólogo Ritschl, que determina en cierto modo el futuro de Nietzsche como filólogo.

“ en el sentido de que mi primer trabajo filológico, mi iniciación en todos los sentidos, fue deseada por mi maestro Ritschl para ser publicado en su "Museo Renano". Ritschl, y digo esto con

veneración, fue el único sabio de genio que yo he encontrado. . . "
(XI, 257, 9).

Al segundo trimestre Nietzsche deja la teología.

En 1865 Ritschl ocupa la cátedra de Leipzig y Nietzsche le sigue.

Los problemas morales le acucian.

En ese verano entre los cursos de Bonn y Leipzig que pasa en Naumburg con su amigo P. Educen, escribe a su madre y hermana.

". . . Muy bien, yo cumplo con mi deber, pero ¿dónde termina mi deber? Y aún suponiendo que viviera exactamente de acuerdo con el deber: ¿es entonces la bestia de carga más que el hombre, por que cumple más exactamente que éste lo que de ella se exige? ¿Se han satisfecho las exigencias de nuestro carácter humano con cumplir lo que demanda la situación en que hemos nacido? ¿Quién nos ordena dejarnos determinar por la situación? Y, si no quisiéramos obrar así, si nos resolviéramos a seguirnos sólo a nosotros mismos y a forzar a los demás a aceptarnos tal como somos, ¿entonces qué? ¿Qué es lo que hemos de querer entonces? ¿Se trata de construirse una vida lo más soportable posible? . . . "

"¿Y es entonces la vida soportable? Sí, porque su peso se hace cada vez menor y no nos ata a ella ningún lazo. Es soportable porque uno puede desprenderse de ella sin dolor" (XV, 72,12).

Su conclusión pesimista lo hace discípulo de la filosofía de Schopenhauer que leerá apasionadamente en Leipzig.

Pero ya antes de ninguna influencia se plantea claramente las preguntas que le llevarán a la formulación de su ideal de autonomía.

El pesimismo de Schopenhauer será la clave para la interpretación de la cultura occidental y el estímulo para pensar una barrera o superación.

Allí conoce a Ricardo Wagner, entusiasmado también por Schopenhauer.

Wagner, al que tratará frecuentemente en Tribschen, mientras le considera el ideal de lo alemán, del inmoralismo y de la música, y del que se separará violentamente cuando en Bayreuth, exactamente con Parsifal, se hace decadente y cristiano; comenta así en su marcha de Bayreuth.

"Cuando yo continué mi camino, temblaba; algún tiempo después caí enfermo, más que enfermo, cansado, cansado de la intolerable desilusión de todo lo que a nosotros, hombres modernos, podía aún entusiasmar: de la fuerza, del trabajo, de la esperanza, de la juventud, del amor prodigado por todas partes; cansado de la náusea, de toda la mentira idealista y del reblandecimiento de conciencia que de nuevo habían conseguido la victoria sobre uno de los más valientes; cansado, por último, y no fue éste el menor cansancio, de la tristeza de una implacable sospecha: la de estar ya condenado a desconfiar profundamente, a estar más profundamente sólo que antes. Porque yo no tuve conmigo a nadie más que a Ricardo Wagner. . ." (XI, 214,1).

En Leipzig es compañero de estudios de Erwin Rohde con el que entabla estrecha amistad, pero que también le irá abandonando a medida que las distintas visiones de filósofo y filólogo se van extremando.

En esta época de Leipzig, en debate entre el pesimismo y la exaltación del lirismo y del éxito en sus estudios, experimenta un sentimiento de elevación, dándose cuenta exacta de cómo a la naturaleza sólo le comprendemos bien cuando buscamos refugio en ella huyendo de nuestras preocupaciones y conflictos.

Poco significaba para Nietzsche el hombre con su desasosegada voluntad, poco significaba para él el eterno "debes obrar así", "no debes obrar así" él buscaba potencias libres de la ética, potencias de pura voluntad, sin turbaciones causadas por el intelecto.

Se acentúa sensible y progresivamente el subjetivismo y madura la convicción de que sólo el ser inocente, la voluntad sin prejuicios, el instinto pueden curar al hombre.

El pensamiento de Nietzsche será una curación para el hombre, buscará más un método que un fin, será un psicólogo de la moral más que un metafísico ético.

En 1869 la universidad de Basilea pide a Ritschl que le proponga un catedrático de filología y el maestro no duda -más adelante, al ver el rumbo imprevisto que toma el pensamiento de su discípulo preferido, del que había vaticinado que sería el más grande filólogo a juzgar por la madurez de sus pocos años, también se aparta de su amistad- propone al joven de 24 años Friedrich Nietzsche al que Leipzig otorga el doctorado y Basilea la cátedra.

En lo que otros verían una gran oportunidad, Nietzsche intuye oscuros presentimientos de que el trabajo pedagógico no resolverá sus dudas filosóficas.

En Basilea entabla nuevas amistades: el teólogo Overbeck que vive en su misma casa y el historiador Jacob Burckhardt.

Su primer trabajo filológico importante había sido un estudio sobre el poeta griego Theognis.

De catedrático trabaja en otro sobre el pesimismo de los griegos que, por su familiaridad con Wagner, con el que pasa ahora todos los días libres, acaba encauzando hacia un ditirambo de su música.

En 1876 se aparta de la cátedra por enfermedad.

Renunciará oficialmente en 1879.

En esta época Nietzsche evidencia el verdadero contraste entre el instinto de degeneración que se vuelve contra la vida con avidez

subterránea de venganza y una fórmula de suprema afirmación, nacida de la plenitud, de la superabundancia, un decir sí sin reserva, hasta el sufrimiento, hasta la culpa, hasta todo lo que la vida tiene de problemático y de extraño.

Para Nietzsche este modo gozoso, exuberante y orgulloso de decir sí a la vida es no sólo la más juiciosa concepción, sino también la más profunda, la más severamente confirmada y sostenida por la verdad y por la ciencia.

Ahí donde nada de lo que existe debe ser denigrado, pues nada es superfluo.

Y en este sentido las cuatro intempestivas son plenamente polémicas.

Donde las consideraciones Intempestivas significan promesa de resolución de ideas, aunque desconozca ¿Qué es lo que serán para otros?.

Y siguiendo estas intempestivas no se desvió un solo momento de estas ideas, a partir del Humano, Demasiado Humano, no hizo otra cosa que cumplir su promesa.

Efectivamente, al abandonar Basilea lo único que buscó es algo de libertad, verdadera cotidianidad y aire vital, y se defendió, y se rebeló contra los muchos, indeciblemente muchos elementos no libres que aun se encontraban dentro de su pensamiento.

Y el "hombre rebelde" empieza una inverosímilmente fecunda producción, no toda publicada en vida -publicada con sus propios medios, la renta limitada que la universidad le concede de por vida-, reacción o liberación de una carga pesada que, él así lo considera, han echado injustificada y sádicamente sobre sus hombros y sobre toda la humanidad.

Su inmoralidad nace de sentir la moral como una carga sin sentido.

Y allí donde los otros comentaban en desarrollar cosas ideales, él analizaba cosas humanas, demasiado humanas, conociendo más del hombre.

En ningún otro sentido se debe entender aquí la frase "espíritu libre" únicamente en el sentido de un espíritu que ha llegado a ser libre, que ha vuelto a tomar posesión de sí mismo.

Nietzsche camina al encuentro de sí mismo, lo que puede significar liberarse de todo prejuicio, de toda influencia, para lo que hay que destruir toda estructura axiológica y entrar en situación límite.

Nada le aterra.

Diríase que goza con ello.

Y en efecto, sus libros son un ascenso lírico a la exaltación de la alegría.

Nietzsche encontrará el gozo de existir en lo que Kierkegaard y sus sucesores existencialistas filósofos o artistas, supondrá un tropiezo insalvable, el valor del propio yo como fuente de felicidad, la aceptación como paz del ser, la negación de fines como inocencia moral.

Todo esto, aprendido del mundo oriental, le lleva a suponer que el hombre puede ser superado si realmente así lo desea y no se hunde en la desesperación nihilista.

Para Nietzsche no hay situación límite o, si se quiere, la situación límite es el punto de partida para el gran salto de la superación.

En él se realiza, una razón, la autosupresión de la moral.

Con la síntesis del espíritu libre que diferencia esta civilización de todas las culturas equívocas.

En la que, se danza por encima de la moral.

Nietzsche filósofo ha encontrado su verdadera vía expresiva y quizá la forma más profunda y válida de todo su quehacer, la poesía.

Publicando **Así habló Zaratustra**, su obra predilecta y una de las cumbres literarias del idioma germánico.

Nietzsche artista se encuentra plenamente en ella:

Zaratustra tiene un carácter independiente.

Con él ha otorgado a la filosofía el mayor don que ésta ha recibido de nadie.

Este libro, cuyo contenido se alza por encima de los libros de todos los siglos, no es solamente el libro más grande que existe dentro de la filosofía, es el verdadero libro de todos los hechos del hombre, que se encuentra por debajo de este libro, pero es también el más profundo, creado de una interior riqueza de verdad inagotable.

En este libro se demuestra, ya que no objetividad, al menos la verdad sostenida como tesis en este estudio de que la problemática moral de Nietzsche condiciona, por una superación personal de tipo más estético que ético, todas sus soluciones generalizantes, su subjetivismo moral.

Diónisyo se le aparecerá, después de tan larga peregrinación, como la razón libre de la dictadura de la moral y absoluta para el hombre superior.

Aún ocupado en polémicas con los amigos perdidos, deseosos de ser leído y comprendido, prematuramente envejecido, desengañado y preocupado por su autojustificación, la gran tarea, que su locura dejará inconclusa, será buscar ese mundo, ese ideal de existencia superior para el hombre de su tiempo.

Más allá del bien y del mal acaba con el poema epílogo "Sobre las altas cimas" que nos revela el cansancio de Nietzsche.

**“¿Acaso convertirme en otro,
extraño a mí, y de mí huido?
Combatiente que supo victoria
alcanzar sobre sí, su propio brío
dominado constante, ensangrentado
y con sus mismas armas malherido”.**
(VIII, 254).

Y en el prefacio a la Genealogía de la Moral se lamenta porque fatalmente permanecemos extraños a nosotros mismos, no nos comprendemos, necesariamente tenemos que confundirnos con otros, estamos eternamente condenados a sufrir esta ley donde cada uno es el más extraño a sí mismo.

En 1888, el último de su vida consciente, sin atreverse todavía a formular sistemáticamente y tajantemente, las conclusiones de su itinerario ideológico donde hay en el mundo más ídolos que realidades y por lo que se refiere a contrariar los secretos de los ídolos, los que aquí por él son golpeados con el martillo para que den sonido, no son ídolos temporales, sino los ídolos eternos, no hay ídolos más antiguos ni más solapados.

Y, sin embargo, en el caso más noble, ni siquiera son llamados ídolos.

En 1902 en su autobiografía, *Ecce Homo* y previendo que dentro de poco tendrá que presentarse ante los hombres exigiendo de ellos las cosas más difíciles que jamás les hayan sido exigidas, le parece indispensable decir lo que él es como "Anticristo", sin prever que la muerte se avecina, después de once años de inconsciencia. (muere en 1900).

Como puede observarse, el proceso histórico de una lucha contra la moral, sentida inicialmente como frontera y como carga, negada

apasionadamente en el objetivo, razón y utilidad de sus leyes; búsqueda y encuentro de un sentido positivo de la vida más allá de la frontera inicial.

No es el momento de enjuiciar los influjos psicológicos de ciertas preformaciones morales del aprendizaje.

Basté examinar las ideas de un hombre que no logró independizarse completamente de esos influjos y los convirtió en el objetivo de su pensar.

Si Nietzsche hubiese sido un pensador sistemático, tendríamos que encuadrar su obra en el epígrafe de la razón moral o mejor de "crítica" de la sin razón de la moralidad.

Nietzsche se enfrentó a la moral como crítico.

Aceptando la existencia como hombre, inmerso en ella como artista.

El distanciamiento cognoscitivo no es estético.

El artista -Nietzsche nos lo ha explicado definitivamente, es fatalista en el sentido de anularse en el distanciamiento.

Nietzsche, por condicionamientos íntimos y extrínsecos, no pudo percatarse de que también la moral es vida.

1.3. Su temperamento de artista como amoralidad del juego.

Nietzsche es artista y en cuanto tal, un pensador subjetivo.

El artista no razona discursivamente, trata de encontrar algo nuevo, penetrar el misterio.

Hay que comprender toda la profundidad del alma estética de Nietzsche, toda su infancia perpetuada en un anhelo insatisfecho, su capacidad

extraordinaria para la música y su sensibilidad poética y hasta plástica para hacerse una idea exacta de su "método" filosófico.

La objetividad de sus ideas podrá ponerse en tela de juicio.

Nunca podrá devalorarse el acento lírico de su poesía.

Y tampoco la pasión y sinceridad de su actividad como pensador y alma noble, dentro de las formulaciones extremas de sus ideas.

Como en cuanto a los comentarios de que no tenía moral, él había creído que tenía una moral más rigurosa que la de cualquier otra persona.

En el heroísmo trata del sacrificio y del deber, del deber de cada día y de cada hora, y además de mucho más, pues el alma eterna tiene que estar penetrada de una cosa y ser indiferente frente a la vida y la felicidad.

Ahí donde su existir debería ser tan duro como el de cualquier otro hombre y sólo bajo esta idea poseería la tranquilidad de consciencia de poseer algo que pocos hombre tienen y han tenido.

Si una persona es fiel a sí, es auténtica, lo es por proponerse una meta y dar su existencia por llegar hasta ella a costa de todos los sacrificios imaginarios.

A Nietzsche, por su silencio y austeridad le llamaron "el santo de Sils María".

Sus escritos son ciertamente blasfemos en muchas páginas y ateos en todo su contenido, pero su integridad de buscador de la verdad, prueba el sacrificio y soledad de su existencia.

Para sí tuvo una moralidad en el sentido tradicional de un medio apto para conseguir un fin.

El fin propuesto por Nietzsche no fue, por voluntad propia, ultraterreno.

También en ello se refleja, una vez más, el artista.

El artista es creyente del mundo.

Desde donde el Yo, que crea, que quiere, y que da la medida y el valor de las cosas, este Yo y la contradicción y confusión del Yo hablan con la mayor lealtad de su ser.

Y este ser lealísimo, el Yo, habla del cuerpo, y quiere el cuerpo, aunque sueñe y divague.

El Yo aprende a hablar más lealmente cada vez y cuanto más aprende, más palabras halla para honrar al cuerpo y al mundo.

El yo enseña un nuevo orgullo que él como filósofo enseña a los hombres, a no ocultarse de las cosas sino andar al descubierto, presentarse tan mundano que cree el sentido del mundo

De estas palabras, de Zarathustra a la moderna teología, de las realidades mundanas y "de la muerte de Dios" hay sólo un paso, el único paso de la creencia en la revelación, pero Nietzsche fue el primer filósofo y artista que puso implacablemente el dedo en nuestra carne, considerada una llaga, y en nuestro mundo, considerado un destierro.

Pero dejemos de lado las cuestiones teológicas, para ceñirnos a la fusión que Nietzsche realiza de La ética y la estética.

La tentativa de acercar la estética a la ética inegoísta por la eliminación del Yo.

Dentro de la estética del desinterés, su pensamiento avanzará mucho más, por la concepción dionisiaca, penetrando en la intimidad de la relación hombre-naturaleza y descubriendo el verdadero ámbito de la validez estética, la salud y el juego, pues no hay otro modo de ocuparse

de los grandes deberes, que el juego, ésta es una condición esencial de la grandeza.

Aquí es donde los juicios estéticos son los que constituyen el fondo de la tabla de los bienes.

Esta, a su vez, es el fondo de los juicios morales.

En cuanto se predica la verdad absoluta el juicio estético se convierte en imperativo moral.

La afirmación es clara y así ha de entenderse el aspecto positivo de la filosofía moral, el juego, lo que es inútil, puede ser considerado como ideal del hombre sobrecargado de fuerza, como cosa infantil o la infantilidad de Dios.

Analiza las fuerzas opuestas que se implican, ya definidas en el origen de la tragedia, lo apolíneo y lo dionysíaco y llega a la definición de la belleza que debemos retener si pretendemos comprender su pensamiento moral.

De donde la belleza es para el artista algo que está fuera de todas las jerarquías, porque en la belleza son superados los contrastes, y éste es el más alto signo de poderío, del poder sobre cosas opuestas, además, este poderío es conseguido sin tensión y esto es signo también de que no es necesario usar ya de violencia, que todo sigue y obedece fácilmente y muestra la faz más amable a la obediencia, esto diviniza la fuerza de voluntad de un artista.

Como artista Nietzsche es amoral.

Tenía que ser amoral.

El arte está "*más allá*", siempre, de lo acostumbrado y de la ley.

El arte es la apertura de lo legal a lo real y deja de ser real cuando se hace legal.

Por ello debemos considerar el arte como liberación de la estrechez moral y de la óptica de los ángulos, o como burla de éstos.

Tenía que ser, incluso, paradójicamente a filósofo al conceder en las cosas principales a los artistas mayores derechos que a todos los filósofos que han existido, éstos no perdieron las grandes líneas sobre las que camina la vida, pues amaron las cosas de este mundo, como amaron sus sentidos.

Como filósofo nos argumenta que es una indignidad decir que "lo bueno y lo bello son una misma cosa", y si se añade " también lo verdadero", se debe refutar.

Pues después de todo la verdad es fea.

Por ello tenemos el arte para no perecer a causa de la verdad.

El "a priori" immoralista de Nietzsche se origina en su carácter y en las circunstancias saturadas de conceptos y presiones morales.

Nietzsche necesita existir y piensa que la moral, tal como se entendió hasta él -como forma apriorística y coactiva de realizarse- es un ataque a la existencia del "a priori" pasa a la búsqueda del sentido de la existencia, atacando a la moral occidental.

Su ética, planetaria del juego dionysíaco amoral, es la creación o transmutación de los valores.

Finalmente, Nietzsche artista encuentra en la belleza, en la perfección y superación del Yo, en lo noble el ideal ético-estético del hombre, amor en definitiva.

Es ésta la aportación más positiva y más olvidada de Federico Nietzsche, olvidada por la gran dificultad que él mismo tuvo y, con mayor razón.

La superación de la moral por la estética presupone que la moral es válida en tanto en cuanto perfecciona y conduce al sentido del hombre.

El juego artístico del universo y del individuo no es azar ni caos, es perfeccionamiento y en cuanto tal, moral.

La perfección es el ensanchamiento extraordinario del propio sentimiento de poderío, la riqueza, el necesario desbordamiento de todas las márgenes.

El mundo se ha hecho perfecto en virtud del amor.

Amor que es inicialmente sexualidad, pero que origina el arte y el ser dialécticamente.

Nietzsche, que rechaza la imposición de la ley externa y el imperativo interno natural, encuentra una nueva moral dictada desde el instinto y la praxis de la superación estética.

Vence el pesimismo de un mundo contingente, supuesta la voluntad de no admitir un "ultramundo" y de fidelidad a lo planetario.

He ahí el sentido, dirección y magnitud del término "inmoralista".

CAPÍTULO SEGUNDO

2. EL ORIGEN DE SUS CONCEPTOS MORALES

Para alcanzar un plano moral común con Nietzsche, ya hemos visto que de nada nos sirve el concepto de ley, de obediencia a una ley, que tenemos que recurrir a la perfección estética.

La belleza es un espectáculo desinteresado.

Por el contrario él ha descrito el estado en que nos coloca la belleza, pero lo esencial es partir del artista.

Hacer soportable el aspecto de las cosas, no temerlas y poner en ellas una facilidad aparente, el sentimiento básico de que el hombre feliz que se ama a sí mismo no es un detractor.

El hombre ha realizado en sí mismo esta conversión de lo objetivo en feliz y en divino.

Este medio de autoembellecimiento del hombre es en general la "moral".

Para ello es necesario no querer ver, ver lo que no existe, sintetizar, simplificar, ocultarse de modo que muchas cosas no sean vistas, ocultarse de modo que lo que vaya apareciendo dé lugar a falsas conclusiones.

El producto es el hombre bueno al cual siempre corresponde una determinada sociedad.

Por consiguiente, en el fondo de la moral hay siempre algo contrario a la honradez, porque es arte.

Cuando el hombre se encuentra y acepta a sí mismo en su contingencia, en la experiencia límite del ser, no hay conflicto entre moral y estética.

Este es el conflicto que Nietzsche, como filólogo, encontró en los conceptos de la filosofía griega y su legado, opuestos a su voluntad de ser "sí-mismo".

¿De dónde ha heredado el concepto de que "el hombre feliz que se ama a sí mismo es un detractor", esa identificación de lo feliz en "lo divino"?

De la tragedia griega, en la que el hombre, por el hecho de ser mortal es miserable y solamente puede esperar desgracias de parte de un destino universal (Sófocles) como respuesta a una "*hybris*" de la que no es responsable (Edipo Rey), castigo de la naturaleza por una rebeldía justificada (Esquillo) y envidia de los dioses (Eurípides).

Se ha de aplacar al destino y a los dioses con sacrificios, dar para que den, temer para que no castiguen.

Así el hombre es siempre esclavo, siempre en espera de redención simbolizada en la renovación de las estaciones del tiempo, símbolo antiguo de la fertilidad de la naturaleza que eternamente reverdece y retorna.

El primer rebelde es Prometeo.

Pero la salvación del sí-mismo y por sí-mismo, la máxima aspiración del hombre que se sabe y se desea libre y hecho a sí-mismo, la da el mito de Dionysos, dios de la fertilidad, de la embriaguez, de la contradicción, del juego, de la destrucción del orden y la sumisión apolínea. Dionysos es el auténtico tercer salvador, después de la rebelión de Cronos y de la tiranía de Zeus.

La afirmación de la existencia-vital, aun en sus más extraños y duros problemas, la voluntad de existir-vitalmente complaciéndose en sacrificar sus más altos tipos a la propia estabilidad, a esto se ha llamado dionysíaco, esto es lo que ha comprendido como puente para la psicología del poeta trágico. No para que nos desprendamos del terror y de la compasión, no para purificarnos de una pasión peligrosa mediante

una vehemente descarga, sino para ser nosotros mismos, para colocarnos más allá del terror y de la compasión en la eterna alegría del devenir, esta alegría que encierra en sí también el goce del aniquilamiento.

En este sentido es el primer filósofo trágico, esto es, como el extremo opuesto y el antípoda de una filosofía pesimista.

Nietzsche adopta el concepto dionysíaco trágico de los grandes poetas griegos (especialmente el vitalismo de Eurípides y Anacreonte), su "pathos", su voluntad contra todo destino y no ve, no quiere ver, que Sócrates, con el que cree que comienza la decadencia de Grecia y del Occidente, busca por el camino apolíneo la misma curación del hombre. La moral socrática es de orden, de camino, de ley; la de Nietzsche, como la de Pirrón, Diógenes el Cínico, Epicuro y Zenón estoico es de voluntad, de rechazo del más allá implicado en las concepciones platónicas y aristotélicas, de "*hybris*", de rebeldía.

Nietzsche llega al convencimiento de que la moral es estética, pero, ¿y la otra moral, la estática, la de Sócrates y Platón, la del cristianismo aristotélico-tomista?

Si ser artista es ser, en cierto sentido, un simulador, se está fuera del bien reconocido como verdad; si ser artista es variar, hay que transmutar los valores.

Esta antinomia la resuelve la dualidad Apolo-Diónyso.

La ficción estética no es verdad, en cuanto que no puede darse en el orden proposicional, pero no por eso es falsedad, y menos aún mal, es una realidad a la que se accede por el camino intuitivo (lingüísticamente por designadores, no por apreciadores) y no por la afirmación o negación, dice Nietzsche en su interpretación de la tragedia.

Con el nombre de apolíneo se designa el perseverar entusiasta ante un mundo imaginado y soñado, frente al mundo de la bella apariencia,

como una solución del devenir; con el nombre de Diónyso es personificado de un modo activo el devenir, sentido subjetivamente como furiosa voluptuosidad del creador que conoce al mismo tiempo la cólera del destructor.

La primera aspiración quiere eternizar el fenómeno, ante él, el hombre se siente silencioso, sin deseos, plano, salvo de acuerdo consigo mismo y con el resto de las existencias, la segunda aspiración nos lanza al devenir, a la voluntad de hacer devenir, o sea de crear y de aniquilar.

El devenir, sentido e interpretado parte del interior, sería la continua creación de un ser insatisfecho, riquísimo, tenso y empujado hacia el infinito, de un Dios que supera el tormento del ser sólo en gracia a un continuo transformar y cambiar; la apariencia considerada como su liberación temporal, conseguida en todo momento, el mundo como una sucesión de visiones divinas y de liberaciones en la apariencia.

El arte trágico, rico en ambas experiencias es definido como una conciliación de Apolo con Diónyso, al fenómeno le es atribuida la más profunda importancia por medio de Diónyso y este fenómeno es, sin embargo, negado, negado con alegría.

Sólo en sentido estético existe una justificación del mundo.

Profunda sospecha de la moral, forma para el mundo de los fenómenos.

La felicidad del existir-vital sólo es posible como felicidad de la apariencia, la apariencia como invención del que sufre con el devenir.

La felicidad del devenir sólo es posible en el aniquilamiento de lo real, de la existencia-vital, de la bella apariencia, en la destrucción pesimista, de la ilusión y en el aniquilamiento de la más bella apariencia, la felicidad dionysíaca llega a su culminación.

A pesar del pesimismo que encierra el aniquilamiento dionysíaco, Nietzsche concibe el arte desde su acto creador, oponiéndose a la contemplación estética.

A lo largo de toda su obra, puede observarse hasta qué grado el mundo helénico influyó en el pensar de Nietzsche desde filólogo hasta filósofo, las ideas de Heráclito y la poesía trágica preferidas al mundo estático de Parménides y el sentido de la felicidad ultramundana postsocrático.

De los romanos, de la "*virtus*", unidad a la "*areté*" dionysíaca, procede su idea de voluntad de poder.

Por felicidad entiende Nietzsche no el fin supremo del hombre como las morales eudemonistas, sino, aproximándose más al escepticismo de la transmutación de los valores.

No niega la apetencia de felicidad, la hace estética y no ética.

Niega que haya otro fin del hombre y de la moralidad que el devenir en el que goce y sufrimiento se unifican trágicamente.

Examinemos los siguientes conceptos:

2.1. El concepto de justicia.

"*Diké*", justicia, equivale a cumplir lo que se debe.

El sentido primitivo de "*diké*" era camino.

Justo, "*dikaios*", es quien sigue el camino habitual de la conducta determinada de un grupo humano, generalizando el curso normal de una naturaleza.

En la Odisea, Penélope recuerda al heraldo Medonte la bondad de su amo Ulises que a nadie hizo agravio ni profirió ante el pueblo palabras ofensivas, como es la "*Diké*" de los señores.

El pasaje alude a la conducta habitual de los señores de los "genos" griegos.

Y cuando Eumeo en la misma Odisea agasaja a su amo, sin haberle reconocido aún, a su regreso a Ítaca, dice, "Cualquier donación nuestra le es grata a Zeus, aunque sea exigua; que esa es la 'diké' de los siervos, siempre temerosos. . . " "Diké", justicia es, pues, lo que cabe esperar de una condición social.

Es distinta para los siervos y para los señores.

Los siervos la realizan en el temor; los señores en la generosidad.

Nietzsche retuvo este concepto homérico antagónico.

Hipócrates llama "diké" al proceso normal de una enfermedad.

Es "dikaios" que a ciertos síntomas siga la muerte.

Primitivamente "diké" no está relacionada con la moral, es el curso normal de los acontecimientos o de la conducta.

Pero si un hombre obra como se espera de él, se le tiene por bueno, no nos decepciona, de esta apreciación extrínseca nace el concepto aristotélico de la "areté" que motiva la sospecha de Nietzsche y si rompe la regla de conducta normal aparece como malo.

Así surge la moral.

Ya en Esquilo aparece la moral como rectitud, como equilibrio.

En la República de Platón, después de rechazarse varias acepciones que coinciden aproximadamente con el moderno sentido de justicia, se acepta que ésta consiste en "ocuparse de sus propios asuntos", hacer cada uno lo que debe hacer y según el modo con que debe hacerlo, sin

interrelacionarse en el modo de proceder de los demás ni tratar de hacer por ellos lo que les corresponde, el no entrometimiento, el respeto a la individualidad de la persona y a su misión peculiar unido a la responsabilidad de realizar cada uno su misión.

Nietzsche conocía la afirmación aristotélica: "Lo justo será lo ilegal y desigual" y el verso de Tognis citado en el mismo pasaje de Aristóteles, "Todas las virtudes se encuentran en el seno de la justicia".

Si justicia es legalidad, debe haber ley y legislador.

Si es equidad, supone igualdad entre los hombres, debe ser virtud.

Veamos la opinión de Nietzsche, predispuesto, como Aristóteles en una rara concesión nietzscheana, que afirma la existencia de hombres naturalmente dispuestos a mandar o a obedecer, a no reconocer la igualdad de los hombres, a no tomarse en serio la existencia de legislación ni de legislador alguno y a concebir la virtud en el primitivo sentido griego, latino y renacentista de valor y fortalecer el sentido de naturalidad.

Nietzsche comenta el famoso fragmento de Anaximandro.

"Donde se engendran las cosas que existen, allí tienen que corromperse necesariamente pues tienen que cumplir la "diké" y pena que recíprocamente se deben por su "adikía" conforme al orden del tiempo".

"Los grandes problemas del valor del devenir fueron planteados por Anaximandro y Heráclito; por consiguiente la resolución del problema de si es lícita una valoración moral o una valoración estética dice relación al todo" (I, 334, 4).

Hay salvación exclusivamente si hay peligro, Nietzsche lo traduce y lo interpreta, estéticamente.

"El mundo es el imperio absoluto de la justicia: ¿cómo podría haber un mundo injusto? Por consiguiente, ¡aquí tenemos un juicio moral ! "El cumplimiento de la ley" es absoluto; lo contrario es una ilusión, y el que haya hombres malos no es una objeción: tal como son realizan también la justicia absoluta. Aquí la necesidad es sentida y magnificada moralmente (XIII, 13).

La justicia no es un hábito moral, no es una virtud, no se adquiere, es el equilibrio y compensación del mundo que, entre los hombres, equivale a llegar a un acuerdo, la equidad.

Así lo entiende Tucídides: "La justicia encuentra su origen entre los hombres cuando el poder es casi igual".

Pues su preferencia, y su cura de todo platonismo, fue siempre Tucídides.

Tucídides y acaso El Príncipe de Maquiavelo que según él son muy afines por la voluntad de no admitir prejuicios y ver la razón en la realidad; pero no en la razón, y menos en la moral.

Napoleón, otra preferencia de Nietzsche, como César Borgia y demás personajes maquiavélicos de la historia, comenta al margen de El Príncipe con motivo de la dureza que el nuevo gobernante ha de tener con los súbditos, "Poco me importa, el éxito justifica".

Ya que el poder se busca por sí mismo.

Si no es abiertamente aceptado y reconocido, cuando la lucha no traería más que prejuicios, nace la idea de entenderse y de tratar de conciliar las pretensiones de las partes contrarias, el carácter de intercambio es el carácter inicial de la justicia.

La justicia vuelve natural al punto de vista de un instinto de conservación juicioso.

Nietzsche acepta el sentido helénico de la poesía trágica y épica, del culto popular y de la cosmogonía conciliable con la idea homérica de una conducta normal, suponiendo que la norma es relativa a la clase de persona que realiza la conducta, temor de siervos y magnanimidad de señores que, teniendo en cuenta la animosidad de los personajes homéricos, bien puede integrarse en un "*statu quo*" egoísta.

Pero Nietzsche se aparta de la justicia postsocrática y, más que todo, calvinista y kantiana ideal, de la equidad basada en la ley y fundamento de la ley.

El "*bonum*" de Platón se convierte en el contrato de Hobbes y Rousseau.

Los conceptos de virtud y de falta y del autor de la ley que divide bondad y maldad quedan implicados en esta acepción de justicia.

2.2. El concepto de virtud.

La "*areté*" consiste para Sócrates en el saber.

El saber es poder práctico.

Se puede educar en la virtud como en cualquier oficio.

Para Platón, que afirma en sus diálogos que Dios es la medida de todas las cosas y que el supremo fin del hombre es asemejarse a Dios, en lo posible, siendo el hombre "*dikaíos*" por medio de la sabiduría, la "*areté*" es rectitud.

Respecto a Aristóteles, afirma su concepto de "*eudaimonía*" como bien absoluto moral.

La "*eudamonia*" se consigue por la "*areté*".

Su concepto de "*areté*" coincide parcialmente con el actuar de "valor" .

Es, como la felicidad, relativa al individuo.

En el concepto socrático hay utilitarismo e intelectualismo que concuerda con el sentido de eficacia y fuerza de los héroes homéricos y con la voluntad de poder nietzscheana.

Nietzsche, empero, lo desdeña por interpretarlo a través de la tradición platónica, que lo matiza de idealismo y de las escuelas megárica y cínica que condujeron al ascetismo autárquico de la stoa.

La "*areté*" de Aristóteles renueva la tradición socrática recogida por Aristipo y los cirenaicos y se aproxima al pensamiento epicúreo.

Para la *stoa*, virtud es fuerza de voluntad y sometimiento al deber.

Para Epicuro y Lucrecio, es el placer, el orden de la "*ataraxia*".

La "*apatheía*" estoica conserva un contenido de idealismo en la tendencia al logro de la perfección de la naturaleza humana como inmutabilidad.

El epicureísmo considera la virtud como el valor móvil de la vida. Aristipo concuerda más con el devenir heraclíteo y concibe la virtud como la búsqueda dinámica del placer de la vida.

Todas estas ideas se han de tener en cuenta para comprender el origen de la voluntad de poder como teoría de la virtud y del valor elaborado por el filólogo Nietzsche.

Él aceptará la idea de perfección, de relatividad de la felicidad, de la fuerza de voluntad.

Rechazará el intelectualismo, la ley superior, la "*ataraxía*" y la "*epoché*", el "*to prepon*" y la "*apatheia*".

Su idea de virtud coincide con la "*hybris*" heroica y con "*virtus*".

La "*areté*" aristotélica es un hábito, una cualidad que depende de nuestra voluntad, que consiste en el término medio tal como la regularía el hombre sabio y supone que la virtud en el hombre es la manera de ser moral que le hace ser bueno y gracias a ella realiza lo que le es propio.

Nietzsche acepta el individualismo y el voluntarismo, de ningún modo, la validez del término medio ni el criterio de hombre sabio.

El hombre es un devenir, algo que debe ser superado.

Y si la virtud es lo que hace al hombre bueno, ¿qué es lo bueno? ¿Quién determina lo que es bueno y lo que es malo?

El término medio debe determinarlo el hombre sabio, pero lo bueno y lo malo, o su motivación en la naturaleza humana y en la consciencia individual, como objetivo de la virtud, ¿quién puede determinarlo?

Nietzsche, que rechaza el pensamiento aristotélico-tomista y el kantiano, no queriéndose atener a una norma del ayer, ni del hoy, se atenderá al reconocimiento de la supresión de un punto de apoyo, una tensión inestable, a la superación que repugna a la idea ortodoxamente heraclíteica del eterno retorno y que solamente se comprende bajo el mito de Diónyso, el símbolo lúdico que nos libera y fortalece, que selecciona la especie.

Aquí surge la máxima objeción que podemos presentar, más libre, más fuerte, más perfectos, más terrenales, ¿para qué?

La tendencia nietzscheana tropieza con el obstáculo del más allá, de Dios, la solución normativa platónico- cristiana.

Reconoce la virtud, que no exige ser reconocida, que no presupone nunca virtud, sino algo diferente, que no sufre en ausencia de virtud, sino, por el contrario, considera ésta como la relación de distancia

basándose en la cual debe ser honrado algo en la virtud, que no se comparte, que no se hace propaganda, que no permite a nadie que se erija en juez, porque es siempre una virtud por sí, que, por otra parte, hace todo aquello que está prohibido, la virtud, como la entiende Nietzsche, es el verdadero ícono dentro de toda legislación de rebaño, en síntesis, en que es virtud en el estilo libre de toda moralidad.

Su pensamiento queda aún más claro, con la claridad de la expresión que supera en el artista a la claridad de la verdad, en uno de los pasajes de la segunda parte de Así hablaba Zaratustra, "De los virtuosos";

"¡De vosotros, virtuosos, se reía mi belleza! Y su voz me decía: ¡Todavía quieren ser pagados!. . . ¿Queréis recompensa por vuestra virtud, y el cielo en vez de la tierra, y la eternidad en vez de vuestro hoy? ¿Y me odiáis porque enseñé que no hay remunerador?. Y, en verdad, ni siquiera enseñé que la virtud sea recompensa de sí misma. . . ¡Se ha introducido astutamente la recompensa y el castigo en el fondo de las cosas y de vuestras almas!. . . Yo quiero ser para vosotros reja de arado. . . Cuando os veáis expuestos al sol, vuestra mentira quedará separada de vuestra verdad. Esta es vuestra: sois demasiado limpios para la mancha de las palabras venganza, castigo, recompensa, represalias. Amáis vuestra virtud como la madre al hijo y ¿cuándo se oyó que la madre quiera ser pagada por su amor?. . . La luz de vuestra virtud se halla todavía en camino, aun después de cumplida su obra. Aunque esté olvidada y muerta, su rayo de luz prosigue el viaje.

Que sea vuestra virtud como la madre al hijo y ¿cuándo se oyó que la madre quiera ser pagada por su amor?. . . La luz de vuestra virtud se halla todavía en camino, aun después de cumplida su obra. Aunque esté olvidada y muerta, su rayo de luz prosigue el viaje. Que sea vuestra virtud vuestro ser mismo, y no algo extraño y epidérmico, un vestido: ¡la verdad del fondo de vuestra alma! . . . Para algunos la virtud es el espasmo producido por el látigo. . . Otros llaman virtud a la pereza de su vicio. . . Otros son atraídos hacia abajo: tiran de ellos sus diablos. Pero, cuando más se hunden,

más codician su Dios. Oísteis su grito: oísteis su grito: ¡lo que yo no soy eso es para mí Dios y la virtud!. . . Otros andan pesadamente y rechinando, como carros cuesta abajo cargados de piedras; hablan mucho de dignidad. La virtud es su freno. . . Otros parecen relojes: quieren que su tic-tac señale virtud. . . Y otros se enorgullecen de su justicia y en nombre de ella lo atropellan todo, de modo que el mundo se ahoga en su injusticia. . . Da náuseas oír en su boca la palabra virtud. Y cuando dicen: soy justo, suena a: ¡estoy vengado! No se elevan sino para rebajar a los demás. . . Otros se pudren en el pantano y dicen: virtud es estarse quieto en el pantano. No mordemos a nadie y nos apartamos del que quiere morder y en todo tenemos la opinión que se nos da. . . Otros piensan que la virtud es una especie de mímica. Sus rodillas se doblan y sus manos se juntan en adoración de la virtud; pero su corazón nada sabe de eso. . . Otros creen virtuoso decir que la virtud es necesaria. . . Los que no saben ver lo elevado en el hombre, hablan de virtud al ver de cerca su bajeza. Lllaman virtud a sus malos ojos. . . Unos quieren enderezarse y otros derrumbarse: a ambas cosas llaman virtud. Así casi todos creen tener parte en la virtud y todos quieren ser inteligentes en cuestión de bien y de mal. . . Amigos míos, que vuestro propio ser esté en la acción como la madre en el hijo: ¡que ésta vuestra palabra de virtud!" (VII, 99).

2.3. El concepto de culpa.

Ya que la virtud consiste en el término medio, el vicio es extremismo, exceso de más o de menos.

El vicio es un concepto natural como la virtud, aun teniendo una relación definida al bien y al mal y a la ley divina.

Para llegar al sentido de la "mala conciencia", de la culpabilidad que Nietzsche opone a las ideas aristotélicas, se precisa ahondar todavía más en la concepciones religiosas primitivas que fundan el bien y el mal

en la relación con la naturaleza y en la psicología del hombre religioso que tiende a la oposición moral bien-mal, premio-castigo y a la autoconsciencia de dependencia.

¿Qué es lo bueno?, todo lo que se llergue en el hombre, el sentimiento de poder, la voluntad de poder, el poder mismo.

¿Qué es malo?, todo lo que proviene de debilidad.

¿Qué es la felicidad?, el sentimiento de lo que aumenta el poder; el sentimiento de haber superado una resistencia.

Ahí es donde Nietzsche considera pervertido a un animal, a una especie, a un individuo, cuando pierde sus instintos, cuando elige y prefiere lo que le es nocivo.

Para Nietzsche, la misma existencia-vital es instinto de crecimiento, de duración, de acumulación de fuerzas, de poder.

La obediencia no se identifica con el bien y la desobediencia a la ley con la falta.

Todo lo contrario, considera la rebeldía como un valor, que no es original de Nietzsche.

En la Teogonía de Escindo una generación de dioses releva a la otra en el poder siempre por rebeldía y esta destrucción renovadora no es considerada como un mal, sino como una fatalidad, el instinto de poder.

La "*némesis*" se da como sentimiento de derrota o de victoria, no de culpa.

En Homero la audacia de los héroes contra los dioses es un signo de valor por el que no se siente remordimiento aunque se tema el castigo.

Se trata de una competencia entre iguales.

Sólo el destino es vengador.

La consciencia de mala acción aparece en Homero únicamente como traición o injusticia social que también exige venganza.

El sentido homérico de delito social es el que prevalece en los poetas trágicos.

No es culpable la rebeldía de Prometeo, ni la "*Hybris*" de Edipo, ni el parricidio de Medea.

La idea de culpa se diluye en la de fatalidad y nunca está relacionada con normas divinas, normas que Aristófanes y los poetas cómicos constituirán en objeto de su burla.

Se ha querido ver en la desgracia de Edipo un pecado de "asebei" por haber desafiado a la Esfinge.

En realidad la "*Hybris*" de Edipo se adapta, con mucha mayor razón, a la voluntad de poder.

En todo caso Edipo trató siempre de eludir el engañoso oráculo que le predestinaba a ser homicida.

La irreverencia, delito condenado en Atenas, de la que fueron acusados Sócrates y todos los filósofos que o negaron la divinidad o afirmaron un concepto superior de Dios, ajeno a la mitología, la "*asebeia*" surge, en realidad, no como culpa sino como delito o, mejor, pretexto de aniquilamiento de la oposición en sentido positivo.

Las expiaciones como medio de recabar un favor o ahuyentar la peste, nunca como arrepentimiento.

El arrepentimiento, falso sentido de culpabilidad, nace, en la cultura, como temor al castigo.

Nace entre el pueblo y nunca en el tirano que se cree alejado de toda sanción.

Es solamente la filosofía la que nos habla de limitación y de imperfección y solamente el cristianismo la doctrina que suscita íntimo dolor en el ser amado por la falta de correspondencia al ser que ama.

La religión griega y romana fundamentan una moral de trueque bajo la amenaza de un destino remotamente vinculado con el valor de las acciones humanas, se considera más bien heroico afrontar el destino trágica o estoicamente.

El arrepentimiento nace con la amistad.

Aquiles no se perdona haber enviado a Patroclo a la muerte por su actitud obstinada aunque justa.

Orestes de Eurípides, en apariencia arrepentido, se justifica del asesinato de la madre porque, como en la Electra de Sófocles, es el error lo que motiva su lamentación que supera la persecución de las Erinias y la mala reputación popular.

En lo profundo de lo trágico se encierra, como en la identidad sabiduría-bondad socrática, una incapacidad de sentir la culpabilidad que supone reparación, es el error fatal, o la mala voluntad del destino, o de otros seres que no tiene solución.

El arrepentimiento, si surge, es un castigo, una enfermedad.

Sólo a los muertos ofendidos y a los dioses envidiosos consideraban los griegos susceptibles de ser aplacados con súplicas y sacrificios propiciatorios.

Es así como el sentimiento de culpa puede inútilmente debilitar la existencia-vital humana.

Sólo el amor debe ser juez ,el amor que crea, que se olvida en sí mismo de su obra.

Imbuido del sentido greco-romano, no intentaré comprender aquí el sentido cristiano de "feliz culpa".

No se da culpa sin responsabilidad, ni responsabilidad sin libertad.

Nietzsche niega que el hombre sea responsable ante nadie más que ante sí mismo.

No se da respuesta a otros igual o superior, niega la libertad.

El pesar después del acto no tiene necesidad de estar fundado en razones, y hasta puede decirse que no lo está, pues descansa en el supuesto erróneo de que la acción no habría podido producirse necesariamente.

Únicamente porque el hombre se tiene por libre, no porque sea libre, siente el arrepentimiento y el remordimiento.

Este pesar es algo a lo que podemos desacostumbrarnos, en muchos hombres no existe para ciertos actos, respecto de los cuales lo sienten otros hombres.

Es una cosa muy variable, ligada a la evolución de la moral y de la civilización, y que quizá no existe más que en un tiempo relativamente corto de la historia del mundo.

Nadie es responsable de sus actos; nadie lo es de su ser; juzgar equivale a ser injusto.

Arrepentirse de una acción no es repararla.

Así Nietzsche como immoralista, prefiere no creer en la falta.

Y cree que todas las acciones, cualquiera que sea su especie, son de idéntico valor en su principio.

Nietzsche que admite la injusticia de todo juicio de un modo abiertamente contradictorio con su constante actitud de juez de la historia de la moral y del hombre, aporta también su hipótesis sobre el origen de lo que llama "mala conciencia".

Considerando la "mala conciencia" como el profundo estado morboso en que el hombre debió caer bajo la influencia de una transformación, la más radical que haya jamás sufrido de aquella transformación que se produjo cuando se encontró definitivamente encadenado en el destino de la sociedad y de la paz.

Así les pasa a los animales acuáticos obligados a adaptarse a la vida terrestre o a perecer.

Esos semi-animales, tan acostumbrados a la vida salvaje, a la guerra, a los viajes vagabundos y a las aventuras, vieron repentinamente envilecidos e inutilizados todos sus instintos.

Se les obligaba desde entonces a ir a pie y a soportarse ellos mismos, mientras se les aplastaba.

Se sentían ineptos para las funciones más sencillas, en este mundo nuevo y desconocido no tenían sus guías de antaño, esos instintos reguladores, inconscientes, infalibles, estaban reducidos a pensar, a deducir, a calcular, a combinar causas y efectos, nunca en el mundo hubo semejante sentimiento de miseria, de malestar, agregando a esto que los antiguos instintos no habían renunciado completamente a sus exigencias.

Pero era difícil y a veces imposible satisfacerlos.

En suma, se vieron forzados a buscar satisfacciones nuevas y subterráneas.

Todos los instintos que no tienen desahogo, que se sienten cohibidos por alguna fuerza impulsiva que los mete otra vez dentro, eso es lo que Nietzsche llamo la interiorización del hombre, que de esta manera se desarrollará en él lo que más tarde le llamará su "alma".

Todo el mundo interior, originariamente tenue, como situado entre cuero y carne, se ha desarrollado y amplificado, ha ganado en profundidad, en amplitud, en altura, cuando la expansión del hombre hacia el exterior ha sido trabada.

Estos bastiones que la organización social ha elevado para protegerse contra los antiguos instintos de libertad y hay que poner el castigo en primer término de estos medios de defensa, han conseguido hacer volverse todos los instintos del hombre salvaje libre y vagabundo contra el hombre mismo.

El rencor, la crueldad, la necesidad de persecución, todo esto se dirigía contra el poseedor de tales instintos, éste es el origen de la mala conciencia.

El hombre, que, por consecuencia de la falta de resistencia y de enemigos exteriores impacientemente se perseguía, se agredía, se espantaba y se maltrataba a sí mismo, este animal, a quien Nietzsche dice que se quiere domesticar y que se golpea hasta herirse con los barrotes de su jaula, este ser, a quien sus privaciones hacen languidecer en la nostalgia de lo desierto y que fatalmente debía encontrar en él un sino de aventuras, un estar de suplicios, un lugar peligroso e incierto, este loco, este cautivo de aspiraciones desesperadas se hizo el inventor de la mala conciencia.

Pero Nietzsche nos dice que con ella fue introducida la mayor y la más inquietante de todas las enfermedades de que la humanidad no se ha podido curar, el hombre enfermo de sí mismo, consecuencia de un

divorcio violento con el pasado animal, de un salto y de una caída al mismo tiempo a nuevas condiciones de existencia-vital, de una declaración de guerra contra los antiguos instintos, que hasta aquí constituían su fuerza, su gozo y su carácter temible.

Añadamos a esto que, por otra parte, el hecho de un alma animal volviéndose contra sí misma suministró al mundo un elemento tan nuevo, tan rico en contradicciones y en promesas de porvenir, que el aspecto del mundo fue realmente cambiado.

Verdaderamente hubieran sido precisos espectadores divinos para apreciar el drama que comenzó entonces y cuyo fin no podemos todavía prever, un drama demasiado delicado, demasiado maravilloso, demasiado paradójico para ser representado sin significación alguna sobre cualquier miserable mundo en donde pasara inadvertido.

Desde entonces, el hombre cuenta entre los golpes felices más inesperados y más apasionados que para Nietzsche desempeñan el "gran niño" de Heráclito, ya se llame, Zeus o azar; despierta en su favor el interés; la espera ansiosa, la esperanza, casi la certidumbre, como si algo que se anunciase por él se preparase, como si el hombre no fuese un fin, sino solamente una etapa, un incidente, un pasar, una gran promesa.

Nietzsche que acepta parcialmente las interpretaciones evolutivas de Darwin y Spencer y que se anticipa a la psicología freudiana, considera al hombre como un enfermo.

Su diagnóstico es, enfermedad moral, el mal del sí-mismo que tiende a aniquilarse por razón de su conocimiento de dependencia.

Tratará proféticamente, poéticamente de librarla, de sanarle de la enfermedad interiorizada como historia.

Habrá que eliminar al testigo, al legislador de la vieja moral.

El hombre debe mirarse a sí mismo, mónada cerrada, y dilatarse, no asomarse a una teología problemática empequeñeciéndose.

Nietzsche es el poeta de la esperanza del yo.

2.4. El concepto de Dios.

Es opinión que la palabra "*theos*" referida al dios platónico, tiene un valor predicativo antes que sustantivo.

Los griegos no afirmaban, como nosotros, primeramente la existencia de Dios e inferían a continuación sus atributos.

Impresionados por lo sobrehumano, temerosos de lo imprevisto, sensibles a las cualidades superiores, afirmaban en ello el carácter divino.

Homero califica constantemente con el epíteto "divino" a seres estimables por alguna calidad no común o concedida por alguna fuerza superior.

Si repasamos las antiguas teogonías y la mitología, los dioses aparecen en la cultura como encarnación de realidades reacias a la comprensión o manipulación del hombre, de fuerzas incontrolables que pueden disponer de la vida o de la muerte, cuya síntesis es el destino, que acabará constituyéndose en voluntad autónoma y en providencia.

Así la divinización del cielo, de la tierra, del mar, del tiempo, del espacio, de la muerte, del sueño, del día, de la noche, del amor, están aproximándose cada vez más al proceso de divinización a lo humano, hasta que pueda conseguirse el dios-hombre y el hombre-dios.

Jenófanes, de quien parte la idea helénica del dios único, afirma la divinidad de modo predicativo, "lo uno divino" frase que conserva el eco de la afirmación de Tales de que todo está lleno dioses y prelude el monismo eleático y para Heráclito, precursores de Nietzsche, por el

contrario, lo divino es el continuo devenir, Dios es el día y la noche, invierno y verano, guerra y paz, saciedad y hambre, su ser cambia, como el fuego, al tenor de la especie que se mezcla con él, se le denomina según éste o aquel perfume.

Su encarnación sería el contradictorio Diónyso.

Nietzsche imagina suspicazmente que la objetivación de la divinidad es un proceso de mera conveniencia de la casta sacerdotal y filosófica interesada en el dominio por el temor y el misterio y un interés político apoyado en la superstición popular.

Como en la tradición helénica la clave del origen de Dios es la misma del origen de nuestra ignorancia e impotencia.

El tótem surge de la experiencia de nuestra propia ignorancia ante el fenómeno externo, respecto del cual los eternos manipuladores del hombre determinan los tabúes que aumentan la impotencia humana.

Nietzsche no duda en afirmar el acta de defunción de Dios como iniciación a un ascenso o recuperación del hombre en orden a su potencia.

Si Dios es una idea subjetiva, ya es hora de que la ciencia afronte sin inhibiciones esta realidad como reivindicó la vergüenza de Galileo y las llamas de Giordano Bruno.

Si se trata de una objetivación maliciosa sacerdotal, nadie como el fanático psicólogo Nietzsche, radicalmente más sano, más humano que Freud, para proclamarse "anticristo" y desenmascarar a todos los resentidos contra la existencia-vital.

Ni por un momento pasó por su mente de filólogo y su sensibilidad de artista la idea o el sentimiento de una posible objetividad del creador inmóvil, de un ser necesario, causante y ordenador.

Donde no está presente el amor, resulta inútil e incomprensible afirmar que Dios es amor.

Podrá creerse que llegará un tiempo en que el hombre surja total tanto, que las cosas que hasta aquí han parecido más sagradas, como la creencia en Dios, le parezcan infantilmente conmovedoras, y que haga con ellas lo que ha hecho con todos los mitos, transformarlas en cuentos para niños.

Para Nietzsche lo que nos distingue no es el hecho de que no encontramos a Dios ni en la historia, ni en la naturaleza, ni detrás de la naturaleza, sino el hecho de que consideramos lo que se oculta tras el nombre de Dios, no como divino, sino como miserable, absurdo, nocivo, no sólo como error, sino como delito contra la existencia-vital.

En este sentido según Nietzsche, cuando hablamos de valores, hablamos bajo la inspiración y bajo la óptica de la vida, la vida misma nos obliga a fijar valores, la vida es la que valora, a través de nosotros, cuando fijamos valores.

De aquí se sigue que también aquella contranaturaleza de la moral, que concibe a Dios como concepto opuesto a la existencia-vital y como condenación de la vida, es sólo un juicio de valor formulado por la existencia-vital.

En esta perspectiva axiológica y no ontológica, que Nietzsche ni siquiera se cuestiona críticamente, ha de verse la "muerte de Dios".

En cuanto al argumento tradicional del consentimiento universal de los pueblos sobre la existencia divina, Nietzsche, lo niega.

Explica antropológicamente el origen del culto religioso en la relación del hombre con la naturaleza, el primitivo carece del principio de causalidad y cree ver una fuerza misteriosa detrás de cada hecho.

Para el hombre, la misteriosa naturaleza, inconcebible y terrible, debe aparecer como el imperio de la libertad, de lo arbitrario, del poder superior, como un grado del ser por encima del hombre, como un dios, busca imponer su ley a la naturaleza.

Encuentra un recurso en las ideas mágicas y en su ritual simbólico.

A esta conclusión se llega naturalmente por él mismo por el que, siempre el débil trata de atraer la benevolencia del fuerte, la súplica, la sumisión, la adulación, la promesa, la ofrenda y el sacrificio.

El amor encadena y es encadenado.

Entonces se pueden contraer contratos sociales.

Existe además el hechizo del símbolo, a todo lo espiritual ha de corresponder algo corporal o gestual.

Esto lo deduce el primitivo de que hay cuerpos que el hombre no mueve y por tanto ha de haber algún espíritu, equivalente al que mueve el cuerpo humano, que los mueva y es el animismo.

Ahora bien, como el hombre puede influir en el espíritu de otro hombre, podrá también hacerlo en el espíritu de la naturaleza.

Si un dios está ligado a su imagen, podrá ejercerse influjo sobre él, venerando a su imagen y es el antropomorfismo.

La superioridad de la naturaleza queda patente en las deformaciones estilísticas o en los atributos particulares que cada cultura imprime a sus imágenes.

Cuando la confusión de ceremonias, ritos, imágenes y símbolos es demasiado abundante, se llega a la sistematización de todas ellas, a un orden o liturgia religiosa y se cree haber comprendido y dominado

mágicamente a la naturaleza, y a sus dioses arcanos comprometiéndoles en favor del hombre.

Respecto al cristianismo, contra el que van dirigidos los más duros ataques y la más vigorosa reivindicación de la existencia-vital, Nietzsche resume su pensamiento en el **Anticristo**, libro que conviene leer detenidamente, aunque hiera algunas sensibilidades medrosas de la verdad que no han comprendido el mensaje evangélico de que la verdad los hará libres, para entender el sentido exacto de sus afirmaciones.

Por ejemplo, la de que el concepto cristiano de divinidad es el más bajo y degradado de los que han sido mencionados, degeneración que atribuye a Pablo de Tarso y a la tradición eclesiástica institucionalizada por haber hecho un Dios demócrata y universal al que han restado la posibilidad de la fuerza y la totalidad que comprende también el poder obrar mal, inventándose una dualidad en el diablo, ha hecho, del dios fiero de cada "*genos*", el dios bueno, que Nietzsche considera encarnación de la decadencia.

De Jesús, afirma, que sólo los espíritus libres podrán comprender lo que no han comprendido los siglos anteriores, este mensajero murió como vivió, como enseñó, no para redimir a los hombres, sino para mostrar cómo se debe vivir.

Lo que dejó como legado a la humanidad es una práctica .

Se ha fundado la Iglesia sobre lo contrario del Evangelio.

El que buscase indicios de este hecho, de que detrás del gran teatro del mundo hay una divinidad irónica que maneja los hilos, no encontraría confirmación alguna, en aquel prodigioso punto de interrogación que se llama cristianismo.

En vano se busca una forma de ironía más grande en la historia de la humanidad que ésta, de que la humanidad se arrodilla ante lo contrario de lo que fue el origen, el sentido, el derecho del evangelio, que en el

concepto de Iglesia ha santificado, precisamente lo que el mensajero, considera por debajo de sí.

Para Nietzsche, la formación, perpetuación y degeneración del concepto de Dios es un axioma socio-antropológico.

Se trata de un concepto subjetivo y alienante, opuesto a la libertad y al progreso del hombre retrógrado.

Nietzsche abandonó la teología y la filología para dedicarse a elaborar su propia filosofía, pero, al estudiar sus resultados escritos, no debemos olvidar las implicaciones que tienen en él sus esquemas anteriores de investigación.

Es lo que hemos intentado a lo largo del capítulo, concluyendo que en el inmoralista Nietzsche late el mundo griego, con toda su pasión, de independencia, de adhesión al mundo y el espíritu cristiano, contradictoriamente sentido y rechazado estéticamente.

CAPÍTULO TERCERO

3. GENEALOGÍA DE LA MORAL

El arte nace de la música, la moral nace de la existencia-vital, una existencia-vital autodestructora, que manifiesta al animal moral en trance de perecer.

En su concepción Nietzsche anuncia el signo estético musical de la humanidad, el superhombre.

Nietzsche-Zaratustra predicará, que el hombre es un estar trascendente entre la bestia y el superhombre, un estar siempre sobre el abismo, peligrosa travesía, peligroso trasladarse, peligroso mirar detrás, peligroso temblar y peligroso pararse.

La grandeza del hombre es que es un estar y no una meta, lo que se puede pensar del hombre es que es un trasladarse y un acabamiento.

Nietzsche ama a los que no saben vivir, sino como extinguiéndose, porque esos son los que pasan al otro lado.

Ama a los grandes desdeñosos, porque son los grandes adoradores, las ideas del anhelo hacia otro lado.

Nietzsche tiene del hombre una idea grande, una idea del hombre muy superior a la de todos aquellos que pretenden moralizarle teniendo de él la opinión deleznable de que puede únicamente realizarse siguiendo unas estructuras preestablecidas, un discurso decadente que aniquila, no el espíritu vivificador que late constantemente en la tensión del hombre.

3.1. Individuo y sociedad.

La proposición fundamental de Nietzsche es que sólo los individuos se sienten responsables.

Las multitudes han sido creadas para hacer cosas para las cuales no tienen valor los individuos.

Precisamente por esto, todas las comunidades, sociedades, entre otras, son más sinceras y más instructivas sobre la esencia del hombre que el individuo, que es demasiado débil para tener el valor de sus instintos.

Todo altruismo se nos revela como prudencia del hombre privado, las sociedades no son altruistas unas con otras.

Por esta razón está tan desarrollado el estudio de la sociedad, pues el hombre, como sociedad, es mucho más ingenuo que el hombre como unidad.

La sociedad tiene la virtud de no considerarse nunca más que como medio de los fuertes, del poder, del orden.

El sentimiento gregario es más antiguo que el egoísmo y en todo caso, más fuerte.

Nietzsche considera la sociedad como una suma de individuos, no como un sintagma cualitativo diverso de la unidad.

Y es cuando el aglutinante de la pluralidad es la debilidad.

Desde la perspectiva nietzscheana, la necesidad de la formación del rebaño consiste en el temor de los débiles, los sentimientos benévolos en el trato con el prójimo, cuando éste, en vez de hacer daño o amenazar, se muestra bondadoso.

La moral es el medio de domesticación del animal social y como la bestia que hay dentro de nosotros quiere ser engañada, la moral es necesidad de mentira.

Esa mentira de la moral social es la objetivación y justificación de la ley como adaptación a una voluntad superior y no como imposición del fuerte o pacto de derechos y deberes entre iguales, como en el reino animal.

La moral es como un lenguaje de signos de los afectos.

Los afectos mismos, un lenguaje de signos de las funciones de todo lo corporal.

Los animales siguen sus instintos y sus afectos, nosotros somos animales y aquí Nietzsche se pregunta si ¿hacemos nosotros acaso otra cosa?, ¿no se tratará de una apariencia el hecho de que sigamos a la moral?, ¿en realidad seguimos a nuestros instintos y la moral es únicamente un lenguaje de signos de nuestros instintos?

Para Nietzsche la mentira de la moral reside en la transformación de los instintos en prejuicios.

Prejuicios que imponen de forma engañosa los que quieren mandar.

El animal de rebaño, perdido su instinto, se acobarda, se amontona, se aglutina y se degenera.

Nietzsche considera que desde que ha habido hombres, ha habido también rebaños de hombres (asociaciones de familias, de comunidades, de tribus, de pueblos, de estados, de iglesias) y siempre muchos que obedecían en comparación con los pocos que mandaban.

Considerando, pues que la obediencia ha sido, hasta el presente, lo que más se ha ejercido y enseñado entre los hombres, fácilmente se puede suponer que, de una manera general, cada uno posee la necesidad innata, una especie de consciencia formal que le ordena, que debe en absoluto hacer tal cosa, debe en absoluto abstenerse de hacer tal cosa.

Así entonces siempre se queda el hombre en el debes de.

El hombre trata de satisfacer esta necesidad y darle una materia.

Según la fuerza, la impaciencia, la energía de esta necesidad, acaparará sin elección, con apetito grosero y aceptará todo lo que le murmuren al oído los que le mandan, ya sean padres o amos o leyes o prejuicios de clase o pública opinión.

La extraña pobreza del desarrollo humano, lo que tiene de indeciso, de lento, de retrógrado y de circular, procede de que el instinto de rebaño de la obediencia se ha transmitido a expensas del arte de mandar.

Supongamos que este instinto se lleva hasta sus últimos excesos, los jefes y los independientes acabarán por faltar o bien su mala consciencia les hará sufrir y tendrán necesidad de forjarse a sí mismos una mentira para poder mandar como si ellos tampoco hicieran otra cosa que obedecer.

Este estado de cosas, en efecto, domina en la globalización de nuestros días.

Nietzsche la señala como hipocresía moral de los gobernantes.

Estos no saben protegerse contra su mala consciencia de otro modo que haciéndose pasar por ejecutores de órdenes emanadas de autoridades o reivindicantes de las opiniones y máximas del rebaño.

Así llevada al límite, la moral, resulta en que las bases de la sociedad son la debilidad gregaria y el sometimiento obediente, incluso de los mismos pastores del rebaño, constituidos en mercenarios de lo absoluto.

En el lenguaje de los instintos sociales descubre Nietzsche el altruismo como señal del estado gregario.

Así mientras la utilidad dominante en las apreciaciones de valor moral era sólo la utilidad para el rebaño, mientras la idea estaba únicamente relacionada con el mantenimiento de la comunidad, mientras se encontraba lo inmoral, exactamente, exclusivamente en aquello que parecía peligroso para la existencia de la comunidad, no podía haber moral altruista.

Nietzsche admite que aún así existe un uso constante de pequeñas consideraciones en la piedad y en el apoyo mutuos, admitiendo que, en este nivel de la sociedad, todos esos instintos que más tarde serán enaltecidos bajo el nombre de virtudes y que se llegarán casi a identificar con la idea de moralidad, estaban ya en plena acción, sin embargo, en está , no pertenecían aún al dominio de las apreciaciones morales, entonces estaban fuera de la moral.

Un acto de piedad, por ejemplo, en la época cúspide de los romanos, no era llamado ni bueno ni malo, ni moral, ni inmoral y aun cuando se le alabase, su elogio era concedido por una especie de depreciación involuntaria, desde que se le comparaba con un acto que sirviese para el progreso del bien público, de la república.

Aquí el amor al prójimo era siempre algo secundario, convencional en parte, algo casi arbitrario, si se le comparaba con el temor al prójimo.

Cuando la estructura de la sociedad apareció sólidamente establecida en su conjunto, asegurada contra los peligros exteriores, este temor del prójimo fue el que creó nuevas perspectivas de apreciaciones morales.

Ciertos instintos fuertes y peligrosos, tales como el espíritu de empresa, la temeridad, el espíritu de venganza, la astucia, la ambición, que hasta este momento, desde el punto de vista de la utilidad pública, no sólo habían sido honrados, claro que bajo otros nombres, sino que era necesario fortalecer porque constantemente se tenía necesidad de ellos en el peligro común, contra los enemigos comunes, esos instintos no son ya considerados, desde entonces, sino por su doble carácter de peligros; ahora que los canales de derivación faltan para ellos, y poco a

poco se les empieza a ver decadentes, son llamados inmorales y se les abandona a la calumnia.

Ahora los instintos y las inclinaciones contrarias tienen la supremacía en la moral y el instinto de rebaño saca progresivamente sus consecuencias.

Nietzsche pregunta ¿Cuál es la cantidad de peligro para la comunidad y para la igualdad que contiene una opinión, un estado, un sentimiento, una voluntad, una predisposición?

Lo que se ve ahora es la perspectiva moral y los instintos más elevados y más fuertes, cuando se manifiestan con arrebatos, que impulsan al individuo hacia afuera y muy poco encima de la media y de los bajos instintos de la conciencia de rebaño, son los que hacen perecer la noción de autonomía en la comunidad y destruye en ésta la fe en sí misma, lo que se puede llamar su estructura fundamental.

He aquí por qué esos instintos serán los escarnecidos y calumniados.

Lo intelectual superior e independiente, la voluntad de soledad, la gran razón, aparecen ya como peligros, todo lo que provoca miedo al prójimo se llama desde entonces malo.

El espíritu tolerante, modesto, sumiso, igualitario, que posee deseos medidos y mediocres, se crea un renombre y llega a alcanzar honores morales.

En esta posición de la génesis naturalista de lo moral y de lo inmoral, quedan ya fijadas las categorías, virtudes y defectos, en el esquema sociológico.

Nietzsche rechazó con la misma violencia el cristianismo y el socialismo de las nacientes democracias, toda sociedad igualitarista que valore el respeto y condene el instinto de rapaz y de ahí su entusiasmo ilimitado por los dictadores y tiranos.

Como la historia de la influencia ejercida por Napoleón que constituye casi la historia de la felicidad superior, realizada en sus hombres y en sus momentos más precisos.

Dos son para Nietzsche las virtudes del rebaño, veracidad y estabilidad.

Dentro del rebaño de cada comunidad, tiene perfecto sentido la sobreestimación de la veracidad.

No dejarse engañar y, por consiguiente, no engañarse como persona moral, recíproca obligación entre iguales.

Por lo que se refiere al exterior, el peligro y la prudencia exigen que se esté a la expectativa contra el engaño y como previa condición para ello, también en lo interior.

Aquí entonces aparece la desconfianza como fuente de la veracidad.

Por lo que para Nietzsche, el rebaño trata de conservar un tipo y se defiende contra las dos tendencias contrarias, tanto contra la degenerativa como contra la evolutiva.

La tendencia del rebaño se dirige hacia la tranquilidad y la conservación, no hay nada creador en el rebaño.

En la sociedad nietzscheana es el rebaño de débiles imponiendo su pacto y su ley, hacia adentro igualdad, obediencia, estabilidad, veracidad (lo bueno), hacia afuera, actúa como individuo, todo lo contrario, superación, belicosidad, ambición, desconfianza a la sociedad, como un todo, es egoísta y desea el poder, es inmoral o mejor, amoral, como pacto es moralidad (perversión, por conveniencia, de los instintos del individuo), es el modo de impedir que surja el poderoso, enemistad contra el empuje de la existencia-vital e incluso cuando surge éste, acaba convenciéndose en sociedad, de ser obediente a alguien superior.

Es la fuerza del gregarismo humano.

Esa igualdad de los hombres en sociedad no se realiza sin detrimento del individuo.

La moral es esencialmente el medio de crear algo y hacerlo duradero a costa de los individuos o por la esclavitud de los individuos.

Se comprende que la perspectiva de abajo-arriba dará otra impresión completamente distinta que la de arriba-abajo.

Entonces se podrá conservar un complejo de poderes, sacrificando a muchas generaciones.

El resultado es, aparte de la degeneración de la especie humana, desconfianza y resentimiento, porque es definitiva, todo en el hombre social se reduce a voluntad de poder sometida a obediencia.

Por ende y siguiendo la faceta nietzscheana de la moral, toda moralidad descansa en que sólo es valioso lo que es hereditario en la especie, que debe aparecer, si no aparece algo que contradiga la especie ideal, suponiendo que pueda ser alcanzada.

Entre las acciones y muchas son inútiles y carecen de efectos ante la acción con cualquier finalidad de la especie, analizando sobre esto debemos entonces emanciparnos de la moral de conveniencia de la especie.

Indudablemente el objetivo es hacer al hombre tan regular y fijo como la mayor parte de las especies, éstas se adaptan a las condiciones telúricas y no cambian en lo esencial.

El hombre, sin embargo, está en devenir.

Los individuos más fuertes serán los que contradigan las leyes de la especie y sin embargo, no serán los únicos.

De ellos se formara la nueva nobleza pero numerosos individuos sucumben al nacer, porque pierden la ley de la conservación y el ambiente habitual.

El problema es saber si una parte de los hombres ha de ser educada a costa de los otros para constituir una raza superior.

El trasfondo de este planteamiento eugenésico es, una vez más, la lucha contra la moral pensada como impedimento de la realización del hombre en el peligro, de admisión del valor del aniquilamiento, como insinuación sutil de la única posibilidad de una engañosa salvación en la asimilación a la especie y a la naturaleza, el instinto de rebaño.

El hombre ha de superar el pesimismo únicamente en la rebeldía individual que constituye una nueva moral, si se prefiere, la vieja moral presocrática heroica, la fortaleza egoísta.

Ahí donde en lugar de decir ingenuamente, yo no valgo nada, la mentira moral dice por boca del decadente, nada tiene valor, la existencia-vital no tiene valor.

Contra esta gran mentira reivindica Nietzsche el valor de la existencia-vital y del individuo humano frente a las corrientes socialistas igualitarias y fraternalistas.

De ello se pueden deducir algunos errores fundamentales en la moral de rebaño.

Como poner los fines en el rebaño y no en los individuos.

El rebaño es un medio, nada más, pero hoy se intenta comprender al rebaño como individuo y asignarle un rango más alto que al individuo.

Como también es un error caracterizar como la parte más preciada nuestra naturaleza, lo que nos hace animales de rebaño.

El individuo es cosa completamente nueva y creadora de cosas nuevas, algo absoluto, todas sus acciones son suyas propias, extrae de sí mismo los valores para apreciar sus propias acciones porque debe dar una interpretación totalmente individual también a las formas tradicionales.

Por lo menos la interpretación de la fórmula es personal, aún cuando el individuo no crea fórmulas, como interpretación es siempre creador.

El yo subyuga y mata, trabaja como una célula orgánica, roba y usa la violencia y quiere regenerarse, gesta, quiere parir a su Dios y ver abajo de éste a toda la humanidad.

El rebaño no es creador, acertadamente Nietzsche rechaza toda interpretación romántica de la pöiesis popular.

La virtud máxima del rebaño es la estabilidad de la obediencia y su universalización como tendencia a un equilibrio universal.

El individuo es devenir y sus virtudes y su moral, son la fortaleza y la rebeldía para el avance.

El hombre más libre es el que tiene el mayor sentimiento de poder sobre sí, el mayor saber sobre sí, el mejor método en las luchas necesarias de sus energías, la mayor fuerza relativa en sí, es el más trágico y el más diverso en cambios, el que existe-vitalmente más tiempo, el que más desea, el que mejor se constituye, el que más se escinde dentro de sí mismo y el que más se renueva.

Podríamos decir, el filósofo artista, pero el individuo-hombre, en su estado actual, está enfermo, es decadente y por lo tanto es preciso sanarlo.

Igualmente se debe comprender el momento habitual de su pensamiento y de su sentir, sus necesidades intelectuales y somáticas, luego intentar variaciones de toda especie, ante todo, para romper los hábitos.

Debe apoyarse espiritualmente en su adversario, debe tratar de consumir su sustento, debe viajar en todas direcciones, en este tiempo y espacio se hará inestable y subjetivo, de cuando en cuando debe reposar sobre sus recuerdos y asumirlos, después viene lo más grande la tentativa de concebir un ideal.

Y esto procede a otra cosa más grande todavía, existir-vitalmente este ideal, debe desarrollarse a través de una serie de ideales.

Y en este ordenamiento de ideas Nietzsche se pregunta ¿Cómo he de pensar de los demás para pensar de mí todo lo mejor posible y aumentar mi sentimiento de poderío? ¿Cómo obligaré a los demás a reconocer mi fuerza? ¿Cómo se ha de organizar la nueva nobleza en cuanto clase de los poseedores de la fuerza? ¿Cómo tendré a raya a los demás sin hacer de ellos enemigos?

Este programa práctico para el individuo y para sus relaciones con los demás manifiesta, una vez más, la necesidad dialéctica del pacto aún entre los fuertes.

No hay sociedad que no se base en un pacto ni autoridad que no nazca de él.

Pero Nietzsche, que no pudo desarrollar estos planes esquemáticos, pone ya en ellos el acento, más que en la sociedad, en la formación del individuo fuerte, en el egoísmo.

Aquí donde el egoísmo no es un principio moral, no contiene ningún, tú debes, pues es el único hecho.

Situación por la cual nunca dedujo todas las virtudes del egoísmo.

Sólo quiso demostrar que hay virtudes (como el concepto homérico y romano de virtud que equivale a valor, esfuerzo, en definitiva a egoísmo) y no sólo instintos de conservación del rebaño y de la comunidad.

El egoísmo de los individuos llega hasta donde puede y hasta donde tiene fuerza para llegar, es necio tener miedo a las consecuencias del principio egoísta.

Ya que habrá que pensar que los principios no contienen a nadie.

El individuo es agente y producto del existir-vital artista es una partícula del devenir cósmico, realizada como voluntad momentánea de fuerza y de libertad.

El egoísmo-voluntad de poder, sin cuestionarse hacia dónde tiende, es el juego de la naturaleza, en la selección y lucha de sus posibilidades; es un momento de esta lucha y como conciencia interiorizada individual, es siempre un error o interpretado estéticamente, la validez única de la ficción.

No es la naturaleza la que nos engaña sacrificándonos a sus fines sino que los individuos miden todo lo existente-vital según medidas individuales, es decir, falsas, queremos tener razón y naturalmente la naturaleza pasa por engañadora.

En realidad no hay verdades individuales, sino puros errores individuales, el individuo mismo es un error.

Todo lo que en nosotros pasa es en sí otra cosa distinta de lo que nos parece, pero nosotros atribuimos a la naturaleza intención y moralidad.

Pero así se distinguen los individuos imaginarios y los verdaderos sistemas sociales de los que cada uno de nosotros es uno, se trazan ambos en uno solo, siendo así que el individuo es sólo una suma de

sensaciones conscientes, juicios y errores, una creencia, un sistema de vida, una unidad-múltiple que no tiene consistencia.

Somos lo mínimo de un todo.

Nietzsche pregunta, ¿Qué sabemos nosotros de lo que podemos producir en provecho del todo?

Pero solo tenemos una consciencia como si quisiéramos o debiéramos serlo todo, una fantasía de "yo" y de todo "no-yo".

Entonces dejar de sentirnos como "ego", pero como un "ego" fantástico, saber arrojarnos del "ego".

Y aquí reconocemos el egoísmo como error, pero no comprendemos el altruismo como su contrario.

Eso sería amar a otros supuestos individuos.

Aquí hay que estar por encima del para mí y del para tí y sentir universalmente.

Quien no ha comprendido todavía la actitud estética de Nietzsche objetará inmediatamente: ¿qué sentido tiene la voluntad de libertad y de poder, el egoísmo si hemos de dejar la esclavitud del rebaño para sustituirla por la sumisión a la naturaleza?.

La naturaleza progresa si los individuos luchan, si se estancan, la naturaleza fracasa.

El moralista preguntará por el interés ideal de un progreso de la naturaleza si cada suceso de ella, cada individuo no gana nada, no es feliz en esta lucha universal

Pero baste decir que la felicidad solamente puede darse como consecuencia de la realización.

Pero, por otra parte, el planteamiento nietzscheano del devenir de la naturaleza y de la realización del individuo en este devenir, no es moral.

Se trata de una ley absoluta, de la única realidad ante la que no cabe opción alguna.

Aunque al moralista y a todo hombre incapaz de elevarse al nivel de la valoración estética es de por sí negativa, sin sentido, neitzscheanamente inmoral.

La fuerza, la voluntad de superación, de acomodarse al ritmo de la naturaleza, es un bien en cuanto estimula a la vida aún en la plena consciencia de la muerte.

Este es el valor de la nueva moral, opuesta a la traición de la praxis gregaria que se consuela con el placer de la sumisión transitoria o en la evasión.

La nueva moral del individuo es la valoración de sí mismo, de la fidelidad al mundo y al tiempo real y a la fuerza de la vida. Es estética.

3.2. Moral de siervos y moral de señores.

Recordemos la distinción que Homero hacía en la Odisea entre la “*diké*” de los siervos y la de los señores.

Es una realidad antropológica que unos individuos son o se sienten, inferiores a otros.

Formular *a priori* la igualdad de los hombres bajo el concepto abstracto filosófico de una semejanza en la animalidad y racionalidad es ubicarse de lleno en el plano del derecho contractual, olvidando la realidad evidente de las diferencias humanas.

No se puede reducir superficialmente la individualidad al plano de la cantidad que determina numéricamente la materia.

La individuación es la totalidad de la historia opcional del ser humano que se inicia, sin libertad de origen, en la consciencia del si mismo, constituida en estructura humana en cuanto que acepta o rechaza la estructura hereditaria y circunstancial.

El hombre es por su nacimiento y por su existencia-vital, amenazado de muerte, una incertidumbre en su condición de caminante, condición que acepta o rechaza.

Para Nietzsche es siervo el hombre débil que no se atreve a afrontar en soledad esta condición de contingencia en pugna con su tendencia a lo absoluto, señor es el autosuficiente, el que puede, autodominándose, dominarlo todo sin necesidad de compartir el poder, sin necesidad de pactos, el creador.

La moral de siervos, consecuentemente, es la que se basa en el pacto tradicional, moral de obediencia saturada de impotencia y resentimiento, voluntad de poder vivencialmente convencida de su fracaso.

La moral de señores es voluntad de poder, instinto primordial, sin restricciones, de la existencia.

Pero la voluntad de poder encierra en sí misma y se manifiesta como carencia de el, como contingencia.

La náusea sería, a primera vista, la única salida a la condición de existencia que comienza y termina en la nada.

No se puede afirmar que el hombre sólo desea lo que no posee ni tampoco que sólo desea lo que se posee.

Siempre será cierto que no se posee la totalidad espacio-temporal del poder.

La rebeldía, como actitud moral, al igual que la náusea es una admisión tácita del absurdo de la condición de existencia-vital.

Nietzsche, por escapar a este dilema trágico, no puede ser catalogado simplistamente como existencialista.

Nietzsche, estéticamente, va a adoptar como actitud justificante no en el sentido escéptico, epicúreo o estoico de convertir el momento en valor sino en el sentido de valorar el tiempo y el espacio de la existencia-vital como objeto de una posible creación, como la posible obra de arte, razón conjunta de la naturaleza y del hombre.

En el curso de la investigación nietzscheana a través de las morales cultas o vulgares que han dominado en el mundo o dominan todavía, encontró ciertos rasgos que se repiten regularmente en un mismo momento y que están ligados los unos con los otros tanto que al fin se han definido dos tipos fundamentales.

Se desprende de la distinción básica, que hay una moral de señores y una moral de esclavos.

Y que en toda civilización superior que presente caracteres correlacionados podemos reconocer dos tentativas de acomodamiento entre estas dos morales, más aún la confusión de ambas, una mala inteligencia recíproca.

Hasta se encuentra algunas veces su estrecha yuxtaposición, que consigue reunir las en un mismo hombre, en el interior de una sola alma.

Las diferenciaciones de valores en el terreno moral, se han creado, ya bajo el imperio de una especie dominante que sentía una suerte de bienestar en adquirir plena consciencia de lo que la colocaba por encima de la raza dominada, ya también en el seno mismo de los dominados, entre los esclavos y los dependientes de todas clases.

En el primer caso, cuando son los dominadores los que determinan el concepto "bueno" y "malo" los estados de espíritus sublimes y altivos son considerados como lo que distingue y determina el rango.

El hombre noble se separa de los seres en los que se expresa lo contrario, menosprecia a estos seres.

Es preciso notar, en esta primera especie de moral, que la antítesis bueno-malo equivale a la de noble-despreciable.

Así para Nietzsche, tan moral lo es la glorificación de la individualidad.

Que otra cosa sucede con la moral de los esclavos.

Suponiendo que los seres asalariados, oprimidos y dolientes, los que no son libres, sino que están inciertos de sí mismos y fatigados, se pusieran a moralizar, Nietzsche pregunta ¿qué ideas comunes encontraron con sus apreciaciones morales?

Lo que probablemente querían expresar es una desconfianza pesimista respecto de las condiciones generales del hombre, quizá una condenación del hombre y de toda la situación que ocupa.

La mirada del esclavo es desfavorable a las virtudes de los poderosos.

El esclavo es escéptico y desconfiado respecto de todas las cosas buenas que los demás veneran, quedaría convencerse de que aun entre éstos la felicidad no existe.

Por el contrario, el esclavo ofrece transparente las cualidades que sirven para suavizar la existencia de los que sufren.

Por ello Nietzsche nos dice que la moral de los esclavos es esencialmente una moral utilitaria.

Dondequiera que la moral de los esclavos llega a dominar, el lenguaje muestra una tendencia a aproximar las palabras bueno y malo.

Por ello las diferencias esenciales son, las aspiraciones a la libertad, el instinto de felicidad y todas las sutilezas del pensamiento de libertad pertenecen a la libertad, pertenecen a la moral de los esclavos tan necesariamente, que el arte y el entusiasmo en la veneración son el síntoma regulador de una manera de pensar y de apreciar aristocráticas.

Ahora se comprende, sin más razonamientos, por qué el amor en cuanto pasión, debe ser necesariamente de origen noble.

El hombre débil es el animal social, el alienado, el proletario.

El señor es el individuo libre e independiente.

Con ello el concepto de hombre fuerte y hombre débil se reduce a esto, que en el primer caso se ha heredado mucha fuerza, este hombre es su suma, en el segundo caso se ha heredado menos fuerza (herencia insuficiente o dilapidación de la herencia).

La debilidad puede ser un fenómeno inicial, aún poca fuerza, o bien un fenómeno final, no más fuerza.

El problema básico es éste, dónde hay más fuerza y dónde se debe emplear la fuerza.

La masa, por ser la suma de los débiles, reacciona lentamente, se preserva de muchas cosas para las cuales es demasiado débil, de las cuales no puede obtener ninguna utilidad, no crea, no avanza.

Y sin embargo históricamente es el animal de rebaño el que ha vencido.

Es claro que no podemos interpretar esta victoria en razón de la interpretación socio-económica marxista de la unión de las víctimas de la plusvalía.

Nietzsche tiene una interpretación psicológica, más sutil.

El débil posee la fortaleza en lo que constituye la debilidad del fuerte, su compasión y confianza.

El fuerte demuestra que lo es no sólo en la opresión sino, mucho más, en la generosidad.

Por otra parte, el número y continuidad del siervo es mucho mayor.

El fuerte es un ser esporádico.

Crear la casta de los fuertes, sería volver, de otro modo, al rebaño (es demasiado simplista buscar el origen del nazismo en la antropología de Federico Nietzsche), pues la fuerza del fuerte es precisamente su voluntad de autonomía, lo que Nietzsche llama su soledad.

Los débiles son victoriosos por qué muestran mayor simpatía, son más variables, más múltiples, más distraídos, más malignos; únicamente los enfermos han inventado la maldad. (Con frecuencia hay una madurez morbosa, precoz en los cancerosos y en los sidosos).

Por lo que es absurdo suponer que toda esta victoria de valores es antibiológica, se debe tratar de explicar cómo un interés de la existencia vital por conservar el tipo hombre, aún mediante este método de la preponderancia de los débiles o de los fracasados, en caso contrario, el hombre no existirá ya.

Para Nietzsche este es un problema grave, ¿Es funesta para la conservación de la especie? ¿Por qué?

Las experiencias de la historia nos demuestran que las razas fuertes se diezman recíprocamente mediante la guerra, estas razas son pródigas.

La duración en sí no tendría valor, se preferiría una existencia más breve de la raza, pero más sustancial en valor.

Esta reflexión comprendía bien el pensamiento de Nietzsche hay dos clases de voluntad, una de duración y otra de valor.

La especie manifiesta su voluntad de poder en la duración, en la fijación del tipo, es su lucha contra otras especies y su cohesión íntima, esto no puede lograrlo por medio de los individuos, que manifiestan su voluntad de poder en la concentración de valor, en la superación, es su lucha por la existencia-vital y la conciencia de su valor íntimo, lo tiene que lograr por la colectividad que, para existir, tiene que basarse en la igualdad, pero como los individuos son hereditarios y existencialmente desiguales, son los más débiles los que conforman la colectividad, la sociedad, como un pacto entre sí y con los fuertes.

Ahora bien, la voluntad de poder es no sólo voluntad de permanencia en la existencia-vital sino voluntad de perfección y de evolución.

Esta voluntad ascendente que es la esencia misma del ente nietzscheano, es superior a la voluntad estática de permanencia.

La naturaleza, en su voluntad de poder, es amoral.

Se sirve del individuo, el señor, para su evolución y de la especie o comunidad para su duración.

La naturaleza converge socializando, esclavizando y diverge especializando, elaborando un tipo superior, si es preciso, por medio de un salto cualitativo.

Estamos ante una ética óntico-universal de la amoralidad.

Progresando más en la comprensión del pensamiento de Nietzsche, el individuo humano parece y en su calidad de mundano y espacio-temporal, el máximo valor que puede alcanzar es la autonomía del fuerte, la perfección evolutiva del ser ya que le es imposible la duración.

Este valor consiste en conquistar la fuerza y la libertad que sólo puede lograrse en lucha contra la especie natural a la que interesa permanecer, como voluntad de valor, frente a otras especies.

El punto débil de la especie, de la moralidad social, es no reconocer que sin los fuertes retrocede y el punto débil de los fuertes hacerse conscientes de que sin la especie no habrían existido-vitalmente.

En conclusión el mal es que la ley de la especie, de los esclavos, hayan vencido y el tipo hombre esté a punto de fijarse, como las especies animales, y, por lo tanto, a punto de perecer si no por domesticación o dominio de especies superiores, cuya existencia no nos consta científicamente, por domesticación de sí misma y pérdida de su instinto esencial, la voluntad de poder como voluntad de ascenso en el valor.

La culpa es de esa autodomesticación del individuo fuerte que se compadece y del débil que, con la mentira de su obediencia, llega a seducir al fuerte y hasta a convencerle de que es, a su vez, instrumento de una ley superior, individualizada en Dios y sujeto de obediencia.

Así, según Nietzsche, se pierde la posibilidad evolutiva del ser que es la única ley y norma posible de moralidad.

Ante esta aporía, avanzada la historia de la domesticación, cabe únicamente un renacer, fuera de la moralidad, un "*eterno retorno*" estético.

3.3. La voluntad de poder ética de la afirmación del ser.

Si el espíritu gregario es anterior y más fuerte que el egoísmo individual, el individuo resulta una conquista determinada por el mismo ser en la

especie, como manifestación de su instinto de progreso o a su pesar (entendido dionysíacamente el cosmos y el ser como una construcción-destrucción, teoría del eterno retorno y del juego).

Para Nietzsche sería un error presuponer las calidades orgánicas, las del individuo fuerte y libre, el señor en el hombre, por el contrario, el hombre las adquiere posteriormente cuando se ha hecho libre.

Ha empezado como parte de un todo que poseía sus cualidades orgánicas propias, las mismas del individuo, en repetición del “*eterno retorno*” y hacia de los individuos órganos propios, esto supone que los primeros individuos, como corresponde evolutivamente, eran débiles, de modo que, por un largo hábito, los hombres sentían los apetitos sociales contra otras sociedades e individuos y contra todos los vivos y los muertos y no como individuos, odio a los enemigos públicos más que a los propios.

Posteriormente, cuando la unión de la sociedad se rompe, los individuos se ponen entre sí en relación y en lucha.

Y llega a crearse, por organización y asimilación y formación de instintos, su posibilidad de existencia-vital como individuo.

Es el momento y siguiendo la reflexión de Nietzsche, profusamente rebatida por las investigaciones antropológicas del siglo XX, para un nuevo salto evolutivo.

El mismo Nietzsche se crea la necesidad de comprender que el individuo no es más, en el estar universal, que un indicio, una promesa de una nueva casta, la de los fuertes, nobles y guerreros.

Lo que, en parte es la necesidad y en parte es el azar que ha conseguido aquí y allá, esto es, las condiciones para la producción de una especie más fuerte, podemos ahora comprender y quererlo conscientemente, podemos crear las condiciones en que es posible semejante elevación.

El creciente empujamiento del hombre es precisamente la fuerza que impulsa a pensar en educar una raza más fuerte, una raza que tuviera su exceso precisamente en que la especie empujada sería cada vez más débil, esto es, en la voluntad, en la responsabilidad, en la seguridad, en la facultad de proponerse fines.

Los medios serían los que la historia nos enseña, el aislamiento mediante intereses medios, el realizarse en valoraciones opuestas, la distancia considerada como un “*pathos*”, la libre conciencia en lo que hoy es poco apreciado y vedado.

La nivelación del hombre es el gran proceso que no se debe dificultar, pero se debería frenar.

De aquí la necesidad de, crear distancias y jerarquías, no la necesidad de retardar aquel proceso.

Una vez nivelada esta especie de retardar aquel proceso tiene necesidad de una justificación, ésta se encuentra en sus servicios a una especie más privilegiada y soberana que se basa sobre ella y sólo una raza que tenga un propio ámbito de vida, un exceso de fuerza para la belleza, el valor, la cultura, las maneras, hasta en el sentido más espiritual, una raza afirmadora que se pueda conceder todos los lujos, bastante fuerte para no tener necesidad de la tiranía del imperativo de la virtud, bastante sustancial para no tener necesidad de la parsimonia ni de la pedantería, más allá del bien y del mal, un mundo para cosas raras y elegidas.

Prescindiendo de la interpretación abusiva que el racismo haya podido hacer de estas ideas, Nietzsche propone la supervaloración de la aristocracia y de la “*kalokagathía*” que le lleva a afirmar en la República que el filósofo es el mejor gobernante.

Todas las utopías políticas parten de este principio irrealizable de que el gobernante ha de ser el mejor y los súbditos han de comportarse, para

que el gobierno sea perfecto, como si cada uno en su orden, también fuera el mejor.

Lo cual es manifiestamente una contradicción.

Si las utopías abren a la humanidad una esperanza y en ese sentido no puede negárseles valor cultural es solamente la aceptación humanista de la realidad y la aplicación de los medios adecuados a un fin hipotéticamente y provisionalmente planeado como mejor, lejos de la caída en el pesimismo, lo que permite el progreso posible de la especie humana.

CAPÍTULO CUARTO

4. CATEGORÍAS DE LA NUEVA MORAL

Poseemos dentro de nosotros mismos una suma considerable de sentimientos morales, pero no tenemos un fin que los pudiera satisfacer a todos.

Estos sentimientos se contradicen los unos con los otros, tienen por origen tablas de valores diferentes.

Hay una fuerza moral prodigiosa, pero no hay un fin en el cual pudiera ser utilizada toda esta fuerza.

La tabla de los valores gregarios ya nos es conocida.

Examinemos ahora, el fin propuesto por Nietzsche para la moral, el superhombre, la tabla de valores de la nueva moral individual.

La moral del superhombre es una práctica de fuerza y verdad.

Debemos entender bien en qué formas puede el hombre ser superado desde sí mismo y en qué condiciones, para no contentarnos con una opinión de la moral sino tratar de llegar a un verdadero conocimiento científico.

Así hablaba Zaratustra es la predicación del nuevo evangelio y la voluntad de poder su exégesis.

"Este libro se dirige a pocos, a los hombres que se han hecho libres, a los que ya nada les está vedado; nosotros hemos ganado poco a poco el derecho a todas las cosas verdaderas. Dar la prueba de haber conseguido el poder y la certidumbre de sí mismo con el hecho de haber olvidado el temer; trocar la confianza y el disgusto; amarse y honrarse a sí mismo en el propio sentido, y también en el propio no-sentido; un poco payaso, un poco Dios; nada de

oscurantistas, nada de mochuelos, nada de hipócritas. . . Un libro para pensar, nada más; pertenece a aquellos a los que el pensar causa placer, nada más . . . El hecho de estar escrito en alemán es inoportuno; desearía haberlo escrito en otro idioma para que no pareciese un fortalecimiento de cualquier aspiración imperial alemana" (XI, 156, 104, 105).

4.1. NATURALISMO.

El naturalismo para Nietzsche, que no sistematiza, es la verdad la fidelidad a la naturaleza cuyo conocimiento junto con el seguimiento de sus leyes llevará al individuo a su muerte y suscitará el superhombre.

Esa verdad es primordialmente verdad de los sentidos.

Debido a que no somos idealistas, en otro tiempo los filósofos temían a los sentidos ¿Es que ahora hemos olvidado este temor?

Nosotros somos, hoy en día, todos sensualistas, nosotros los hombres de hoy y los del porvenir en filosofía, no según la teoría, sino en la praxis.

Deseamos a la gran naturaleza y la hemos descubierto y esto nace de que los grandes hombres hacen faltan en pensamiento del mundo.

El mal ha tenido siempre en su favor el gran efecto y la naturaleza es mala, seamos pues, naturales.

Así somos secretamente los grandes buscadores de afectos de la humanidad, que muchas veces han sido contados entre los grandes hombres.

El ideal nietzscheano, como el griego, el renacentista y el romántico es una aproximación a la naturaleza no meramente contemplativa sino de plena inmersión, un sentimiento de ser naturaleza.

Los hombres y los filósofos han introducido al hombre en la naturaleza por medio de la imaginación.

Por ello Nietzsche promueve que deshumanicemos a la naturaleza.

Los hombres y los filósofos más tarde se han metido más en sí mismos, en vez de en las obras de arte y la filosofía donde se dará el hombre ideal que de vez en vez formará un nuevo ideal.

La historia de la desnaturalización se estudia como proceso de nihilismo en la voluntad de poder de los siglos XIX y XX.

Aquí nada de vuelta a la naturaleza, pues no había entonces una humanidad natural.

Los valores escolásticos, innaturales y antinaturales eran la regla, eran el principio, a la naturaleza llega el hombre tras una larga lucha, pero no vuelve nunca atrás.

La naturaleza, es decir, el valor de ser inmoral como lo es la naturaleza.

El superhombre es la lección práctica de no retroceder nunca.

Realmente no se humaniza a la naturaleza, se hace natural al hombre.

Este naturalismo, opuesto a los procesos que registra la etnología, reviste en Nietzsche el carácter de oposición pretendida a la moralidad.

La reducción del valor moral, sobrenatural, emancipado en apariencia, a su naturaleza verdadera, es decir, a la inmoralidad natural, a la utilidad natural.

Nietzsche designa las tendencias de estas consideraciones bajo el nombre de naturalismo moralista, hacer volver los valores morales, emancipados en apariencia y que han perdido su naturaleza, a su verdadera naturaleza, es decir, a su inmoralidad natural.

La fidelidad al mundo no le permite a Nietzsche comprender el proceso de la praxis humana y llegar hasta un materialismo puro.

Su concepto estético de naturaleza es totalitario y contiene espíritu, lo que él llama razón como más allá del bien y del mal que llega a admitir cierto respeto y diálogo, respeto al instinto.

Pues toda moral es por oposición una especie de tiranía contra la naturaleza y también contra la razón.

La naturaleza infunde al hombre naturalizado, inmerso en ella, la gran pasión.

Un período en que el instrumento moral de las pasiones excita repugnancia, en que se requiere la naturaleza desnuda, en que la cantidad de poder es simplemente atribuida, esto es, como determinadora del rango, en el que resurge el gran estilo, como consecuencia de la gran pasión.

Nietzsche como inmoralista, por lo contrario, ha ensanchado el corazón para toda clase de conocimientos, de comprensiones, de aprobaciones.

No niega fácilmente y pone su honor en afirmar.

Siempre está a la expectativa de aquella economía que todavía tiene necesidad y trata de servirse de todo lo que la sagrada locura, la enferma razón reprueban, para aquella economía en que la ley de la vida saca provecho también en la repugnante especie.

Lo último que Nietzsche podría prometer sería mejorar a la humanidad.

No crearía nuevos ídolos, ya que los viejos ídolos pueden enseñarnos qué es lo que significa poseer cuerpo de arcilla, derribar ídolos, así llamó Nietzsche a los ideales, era su principal deber.

Se ha quitado su valor a la realidad, se le ha quitado su sentido, su veracidad, en la medida en que se ha inventado un falso mundo ideal.

El mundo real y el mundo aparente, esto significa, el mundo inventado y la realidad.

La mentira del ideal ha sido hasta ahora la maldición que cae sobre la realidad, por ella, la humanidad misma ha sido falsificada y viciada hasta en sus profundos instintos, hasta adorar los valores opuestos a aquellos con los que le estaría garantizada la prosperidad, el porvenir, el alto derecho del porvenir.

Naturalismo moral, pues como cauce o categoría de la moral nueva, equivale a realismo.

Su valor es el sensitivo, en oposición al mundo pensado, y sobre todo, la afirmación de la realidad en contra del pesimismo nihilista.

La moral de Nietzsche aspira a ser curación de la humanidad.

No busca un ideal nuevo, una nueva mentira en la que la humanidad enferma tropiece de nuevo y se degrade más, se aferra al mundo, a la naturaleza que siempre vence y no fracasa porque realiza eficazmente y económicamente sus funciones a nivel de especie.

El individuo que no se desprende del mundo, se cura de su desgarramiento interior, de su debilidad, naturalizándose.

He ahí el sentido profundo de la fórmula más allá del bien y del mal, ser natural.

4.2. DETERMINISMO.

No tenemos otra representación del ser que el existir-vitalmente.

Por consiguiente Nietzsche se pregunta ¿cómo puede haber algo que muera?

Determinismo en términos nietzscheanos significa inmortalidad basada en la representación, en el fenómeno, consecuentemente con su naturalismo sensorial la única afirmación posible del ser.

Determinismo no es necesidad metafísica, cumplimiento inexorable de un orden o ley:

Para Nietzsche del hecho de que una cosa sucede indefectiblemente y en condiciones apreciables no se sigue que aquella cosa sucede necesariamente.

Si una cantidad de fuerza se determina y se comporta, en cada caso determinado de una manera particular y única, no se puede inducir que su voluntad no es libre.

Así se explica la posibilidad de enunciar lo que sucede como la consecuencia de una necesidad que rige los acontecimientos.

Pero del hecho de que se ejercite alguna cosa determinada no se debe concluir que “yo” se ejecute obligado.

La coacción no es demostrable en las cosas, la regla demuestra solamente que una sola y misma cosa que sucede no es, en el mismo momento, otra cosa.

Sólo cuando han introducido sujetos, agentes, en las cosas, todo lo que sucede es la consecuencia de una acción ejercida sobre los sujetos.

A su vez, por un actuante.

Causa y efectos son nociones difíciles en cuanto pensamos en la cosa que ocasiona y en la cosa sobre la cual se obra.

Nietzsche, en el abismo de su pensamiento, tropieza con el angustioso y definitivo problema del mismo ser pensante: necesidad-libertad.

Lo resuelve dictaminando que subjetivamente el hombre puede obviar toda coacción y sentirse libre, incluso rebelde, objetivamente, el devenir total es necesario y regularmente cíclico.

Su actitud tanto subjetiva como objetiva es plenamente estética.

Sólo la ficción, no la naturaleza, puede conciliar una necesidad real con una independencia o distanciamiento mental, sin que por otra parte se admita la realidad de una mente ajena y distanciada del objeto natural.

Si el mundo tuviese un fin, este fin ya debería estar establecido.

Si hubiese algún estado final no previsto, también este debería estar realizado.

Si el mundo fuese, en general, capaz de persistir y de concretizarse de ser, si en todo su devenir tuviese sólo por un momento esta capacidad de ser, hace tiempo que hubiera acabado todo devenir y por consiguiente también todo pensamiento, todo espíritu.

El hecho de que el espíritu es devenir demuestra que el mundo no tiene una meta, un estado final y es incapaz de ser.

Pero la costumbre de pensar en el fin, en todo lo que sucede y en un Dios creador que guía el mundo es tan fuerte, que al pensador le es difícil no imaginar que la misma falta de fin en el mundo será una intención.

A esta idea que el mundo evite deliberadamente una meta y que sepa prevenirse artificialmente de caer en un movimiento circular, deben llegar todos los que quieran imponer por decreto al mundo la facultad de renovarse eternamente, o sea, de imponer a una fuerza finita,

determinada, de cantidad invariablemente igual, cual es el mundo, la capacidad de una configuración infinita de sus formas y situaciones.

Con Nietzsche el mundo aún no siendo Dios, debe ser capaz de la divina fuerza de transformación, debe voluntariamente abstenerse de recaer en una de sus antiguas formas, debe tener no sólo la intención, sino también los medios de guardarse de toda repetición, debe, por consiguiente, controlar en todo instante cada uno de sus movimientos, para evitar metas, estados finales, repeticiones y todas las demás posibles consecuencias de una opinión y de un deseo tan imperdonablemente obtuso.

Todo esto sigue siendo el antiguo modo de pensar y de desear, una especie de aspiración a crear que de cualquier modo el mundo es igual al Dios amado, infinito, ilimitadamente creador, que en cualquier lugar el Dios vive y es aún.

Pero para Nietzsche , ¿cuál es el principio y la creencia con que se formula más precisamente el cambio decisivo, la preponderancia ahora conseguida del espíritu científico sobre el espíritu religioso, creador de dioses?

Es acaso el mundo, como fuerza, que no debe ser imaginado como infinito, porque no puede ser pensado así, Nietzsche rechaza el concepto de una fuerza infinita como incompatible con el concepto de fuerza.

Luego al mundo le falta la facultad de renovarse eternamente.

Nietzsche refunde los conceptos de finalidad y de término.

Aunque en realidad no admite ni la teleología ni el final.

Refunde estéticamente teleología con encuentro o invención fatal del estar universal que no puede fracasar y en ese sentido, no es un caos indeterminado sino una superación.

El arte no admite ningún final. Tampoco hay origen.

La hipótesis de un mundo creado no es importante para Nietzsche puesto que el concepto "*creación*" es completamente indefinible.

Por otra parte el principio de la persistencia de la energía exige el "*eterno retorno*" por lo que el reposo es contradictorio.

La medida de la fuerza es fija, pero su esencia es fluida.

No es posible en la concepción estético-helénica de Nietzsche, origen, ni fin, ni equilibrio.

A la teoría del "*eterno retorno*" dedicó Nietzsche un estudio breve y volvió constantemente a la idea de Heráclito para asentar su categoría de necesidad y eternidad del ser en la nueva moral.

Para Nietzsche este mundo es un prodigio de fuerza, sin principio, sin fin, una dimensión fija de fuerza, que no se hace más grande ni más pequeña, que no se consume, sino que se transforma como un todo invariablemente grande, es una cosa sin gastos ni pérdidas, pero también sin incremento, encerrada dentro de la nada como en su límite, no es cosa que se desvanezca ni que se gaste, no es infinitamente extenso, sino que está inserto como fuerza, como juego de fuerzas y ondas de fuerza, que es al mismo tiempo uno y múltiple, que se acumula aquí y al mismo tiempo disminuye allí, un total de fuerzas corrientes que se resuelven en sí mismas, que se transforman eternamente, un mundo que tiene innumerables años de retorno, un flujo perpetuo de sus formas que se desarrollan desde la más simple a la más complicada un mundo que de lo más tranquilo, frío, rígido, pasa a lo que es más ardiente, salvaje, contradictorio y luego de la abundancia torna de nuevo a la sencillez, del juego de las contradicciones torna al punto de la armonía y se afirma a sí mismo como algo que debe tornar eternamente como un devenir que no conoce ni la saciedad ni el disgusto ni el cansancio.

Este mundo de Nietzsche es dionysíaco que se crea eternamente a sí mismo, que se destruye eternamente a sí mismo, este misterioso mundo de la voluptuosidad, este es su ser del más allá del bien y del mal, sin fin, a menos que no se encuentre un fin en la felicidad del círculo, sin voluntad, a menos que un individuo no pruebe la buena voluntad de sí mismo, y es aquí donde Nietzsche da un nombre para este mundo, una solución para todos sus enigmas, este nombre es la voluntad de poder y nada más.

Por lo que el determinismo significa, pues, deseo de eternidad.

La voluntad es lo primario, la necesidad es secundaria, a veces negada en favor de la libertad y azar subjetivos.

Para poder soportar el pensamiento del retorno, es necesario estar libres de la moral, encontrar nuevos medios contra el hecho del dolor, entender el dolor como un instrumento, como origen de la alegría, no hay una consciencia que unifique los placeres, eliminar el conocimiento de sí.

La superlativa elevación de la consciencia de fuerza en el hombre es lo que crea el superhombre nietzscheano.

Nietzsche conoce la estricta ligazón entre necesidad y consciencia de fatalidad y actitud nihilista.

El “*eterno retorno*” y el determinismo nietzscheano, entendidos como voluntad constituyen una categoría de duración.

Determinismo no es necesidad causal es intencionalidad de perpetuarse contra la evidencia de la caída del ser y de la muerte real.

Este anhelo puede únicamente darse a nivel estético y en la actitud existencial-vital del artista que el hombre siempre lleva en sí, el niño, si se quiere, de lo dionysíaco humano.

4.3. EVOLUCIONISMO.

Para el pensador, para el artista, para el hombre religioso, para todo ser humano preocupado por interiorizar su experiencia, la realidad intrínseca y extrínseca a él es en gran parte incomprensible.

Nuestro mundo íntimo y nuestra mundanización de la realidad concreta es nuestra voluntad de totalización en la posesión cognoscitiva y manual que puede abarcar.

La posibilidad de mundaneizar el universo es nuestra posibilidad única de progreso.

Todo el contenido de **Zaratustra**, todo su mensaje, el evangelio nuevo, el superhombre queda aclarado y resumido en este proceso de pasar de la realidad que se posee a la realidad que se intuye.

De la realidad intuida no puede hacerse ninguna proposición verdadera de verdad.

En este campo ideacional tampoco la validez lógica opera.

Solamente el arte, simbólicamente, puede aproximárnosla y reducirla a existencial-vivencia.

Sin esta aproximación existencial-vivencial del arte, nuestro mundo de verdad se reduce, en definitiva, a un círculo tautológico de axiomas originados en nuestra mente y reflejo de su estructura.

El arte abre a la mónada humana y la pone en contacto totalizador con las otras mónadas del universo.

La operación de la verificabilidad viene solamente después y solamente es verdadera cuando se ha llevado a cabo la apertura inicial estética.

Así es como Nietzsche dondequiera que ha encontrado lo que es vivo-existente, ha encontrado la voluntad de poder y aún en la voluntad de lo que obedece ha encontrado la voluntad de ser amo.

Que lo más débil sirva a lo más fuerte, he ahí a lo que le incita su voluntad, que quiere ser ama de lo más débil.

Esa es la única alegría de que no quiere privarse.

Y como lo más grande, para que lo más grande goce de lo más pequeño y lo domine, así lo más grande se abandona y aún arriesga su vida por el poder.

He ahí el abandono de lo más grande, que haya temeridad y peligro y que se arriesgue el existir-vital al azar.

Y donde hay sacrificio y servicio y mirada de amor, hay también voluntad de ser amo.

Por caminos ocultos se desliza el más débil a la fortaleza y hasta el corazón del más poderoso y allí roba el poder.

Por lo que se debe tomar el porvenir como criterio de toda la valoración nietzscheana y no buscar dentro de nosotros las leyes de nuestra acción.

El fin no es la humanidad, sino el superhombre.

La aspiración de Nietzsche, es liberar al individuo de la tiranía moral de la especie.

Es frecuente identificar el superhombre de Nietzsche con un proceso biológico para obtener individuos más robustos y preparados para nuestra civilización, es preciso tener en cuenta la crítica reiterada de Nietzsche a las ideas darwinianas, a pesar de que frecuentemente él mismo se exprese en términos evolucionistas.

La crítica se resume en tres proposiciones;

Primera, el hombre como especie no ha progresado.

Se alcanzan, sí, tipos superiores, pero no se conservan.

El nivel de la especie no se eleva.

Segunda, el hombre como especie no representa un progreso frente a cualquier otro animal.

Todo el mundo animal y vegetal no se desarrolla desde lo más bajo a lo más alto.

Por el contrario, todo se desarrolla contemporáneamente, una cosa sobre otra y a través de la otra y contra la otra.

Las formas más sutiles y más complejas perecen con facilidad, sólo las más inferiores conservan una aparente inmortalidad.

Los tipos superiores son conseguidos rara vez y se mantienen con dificultad, los más inferiores tienen la ventaja de una comprometedora fecundidad.

También en la humanidad perecen más fácilmente, con alternativas de fortuna y desgracia, los tipos superiores, los casos felices de la evolución.

Estos están expuestos a toda especie de decadencia, son extremos y casi por esto son ya decadentes.

La breve duración de la belleza, del genio, es "*sui generis*", estas cualidades no se transmiten por herencia.

Se hereda el tipo, un tipo no es una cosa extrema, no es un caso feliz.

Esto no depende de una especial fatalidad o mala voluntad de la naturaleza, sino simplemente del concepto de tipo superior, el tipo superior representa una complejidad incomparable mayor, una suma mayor de elementos coordinados, por consiguiente, también la disgregación es incomparablemente posible.

El genio es el esquema más sublime que existe, por consiguiente el más frágil.

Tercera, la domesticación, civilización del hombre que no llega a mucha profundidad.

Allí donde penetra en profundidad se convierte súbitamente en degeneración.

El superhombre es el genio.

La humanidad aspiración de Nietzsche es una humanidad de genio, concepto contradictorio porque si humanidad es colectividad y genio un hecho esporádico.

Nietzsche cayendo en la cuenta de su utopía se contradice inmediatamente pues para él, el devenir no tiene ninguna meta, no termina en un ser .

La utopía se convierte en aporía ya que no cabe movimiento sin momentos sucesivos y no puede concebirse en devenir estático.

Por otra parte Nietzsche, estéticamente ya que no lógicamente, anhela una superación que solamente puede darse en el individualismo.

Es inútil todo intento de socializar el éxito individual por que esa socialización, siguiendo el curso de su pensamiento, ha de resultar degeneración.

Para Nietzsche el hombre que hasta ahora ha existido es, por decirlo así, un embrión del hombre del porvenir.

Todas las fuerzas creadoras que miran al hombre del porvenir están en el hombre del presente y como éstas son enormes, hay sufrimiento para el hombre del presente, sufrimiento tanto mayor cuanto más determinante del porvenir es.

Esta es la más profunda concepción de Nietzsche del sufrir.

Las fuerzas plasmadoras se entrechocan.

El aislamiento del individuo no debe engañarnos, es verdad, que alguna cosa fluye continuamente entre los individuos.

El hecho de que se siente aislado, es el estímulo más poderoso en el proceso mismo, que tiende a metas lejanas, su búsqueda de la felicidad es el medio que mantiene unidas y modera las fuerzas plasmadoras, para que no se destruyan a sí mismas.

La contradicción no se resuelve biológicamente, el devenir de la especie es un ciclo cerrado y no tiene salida ni evasión posible.

El individuo-señor no surge tampoco por una ley de superación de la especie, sino por un mecanismo de la naturaleza que podría llamarse azar y que Nietzsche prefiere denominar juego.

Sólo lúdicamente se explica el origen del superhombre y sólo estéticamente su autorrealización.

Superhombre, resultado del evolucionismo moral, es el perfeccionamiento individual y no un proceso eugenésico racial.

Es una categoría ética y estética por encima, sin dejar de serlo, de una dinámica cósmica o mejor dicho, cosmogónica.

4.4. ESTETICISMO.

Para Nietzsche el autoembellecimiento del hombre es en general la moral.

La perfección o si se prefiere, curación del hombre, está en la estética.

Y la estética humana se realiza como arte, es la alegría del mundo que juega y se comprende como juego trascendente en el que se origina el ser del hombre y en el que el hombre participa.

El ser es lúdico y por tanto estético.

Esta proposición ontológica de Nietzsche es la base de la ética de una evolución sin finalidad, de la valoración del en sí, valoración objetiva y determinista porque no puede ser de otro modo, ni siquiera concebirse, pero libre en cuanto al juego del arte que proporciona la sugestión de ser libre, siempre se esconde, siempre aparece y retorna, crea y destruye y en ese juego proporciona la felicidad.

Para Nietzsche la razón profunda del ser estético, es la que, a su juicio, conduce subterráneamente el pensar del artista, es el que unifica en las otras categorías éticas la curación del hombre, el esteticismo como curación.

El hombre tiene como permanente y suprema evidencia la limitación, la conciencia de ser herido, impotente en la absolutización de su tendencia.

Dejado a sí mismo, el hombre fracasaría óntica, ética y psicológicamente.

Inmerso en la naturaleza, por el contrario, siente la profunda evidencia de que no fracasará, porque la naturaleza en su evolución cíclica logra siempre su función y progresa o permanece, aún a costa de los individuos.

La evidencia estética consiste, más prontamente que en el agrado de la bella apariencia de pluralidad, de la patentización del orden de su unidad o del dinamismo teleológico rítmico que a ella conspira, en el sentirse naturaleza que indefectible y lúdicamente logra su efecto, en funcionalidad eficaz.

La belleza, el arte, son una curación de la verdad, de la vivencia personal cargada de contingencia, resistencia al querer y al poder.

Nietzsche afirma que si el hombre piensa, es, en definitiva porque existencial-vitalmente tropieza.

El filósofo y el científico piensan que pueden con su razón llegar a construir sistemas en los que todo queda encajado, justificado.

El hombre práctico elimina el obstáculo por la fuerza.

En cambio, el artista de todos los tiempos ha preferido entregarse a la naturaleza o recibirla, mejor que conocerla o dominarla.

Es decir el artista desconfía de la mentira apolínea que lleva al hombre a creer que lo ha comprendido todo porque ha saturado la pequeña capacidad estructural de su mente.

Puede ser que todas las partes de su mente estructural estén efectivamente llenas en la sistematización del universo.

La verdad es que el universo queda, en su mayor parte, fuera de la estructura mental.

Nietzsche como artista acepta dionysíacamente la superioridad del todo real.

Quizás no nos dé una fórmula definitoria de su actitud, pero su convicción respecto a la belleza es aproximadamente patentización y ejemplificadora de una función natural que eficazmente termina.

La evidencia y su efecto imitativo y curativo en el ser que se siente naturaleza de que la teleología de la naturaleza, es decir, con eficacia a nivel de especie para lograr la eficacia individual, se logra indefectiblemente.

Nietzsche se pregunta ¿Hasta dónde penetra el arte en el interior del mundo? y ¿además del artista hay otras fuerzas estéticas?

Estas preguntas fueron como es sabido su punto de partida y responde afirmativamente a la segunda y a la primera nos refiere que el mundo mismo no es otra cosa que arte.

La voluntad absoluta de saber, de verdad y de sabiduría se aparecen en aquel mundo del fenómeno como un sacrilegio contra la fundamental voluntad metafísica, como una contranaturaleza, porque la sabiduría quiere subsistir a través de la visión y detrás de la visión, justamente el ápice de la sabiduría se vuelve contra el sabio.

Lo no natural de la sabiduría se rebela en su hostilidad al arte, querer conocer allí donde la apariencia misma es la solución, así es la inversión, instinto de la nada.

La concepción metafísica nietzscheana del ser es una dialéctica cósmica-genética de instinto estático de la especie en lucha con el instinto rebelde y superador del individuo.

Aún acerca de esta concepción nos dice: **"Queremos una concepción antimetafísica del mundo, sí, pero artística" (X, 183, 1047).**

Antimetafísica en oposición a los conceptos de teleología y causalidad.

El esteticismo de su antimetafísica es la denominación de Apolo, como permanencia y apariencia y Diónyso como rebeldía e interiorización, Apolo especie contra Diónyso individuo.

La ilusión de Apolo, la eternidad de la bella forma, la norma aristocrática que Nietzsche afirma que así debe ser siempre, Dioniso, sensualidad y crueldad.

Lo transitorio podría ser explicado como goce de la fuerza creadora y destructora, como creación constante.

El olvido, la creación y la ilusión son los conceptos del arte nietzscheano para la enfermedad de la vida, contrariamente a la catarsis aristotélica que purifica la rebeldía en la contemplación de las pasiones trágicas.

Nietzsche incita a realizar la tragedia, el ser es tragedia, destino que crea dolor y alegría y obliga al hombre a participar en su danza de la vida y de la muerte.

El arte y nada más que el arte, es el que hace posible la existencia-vital, gran seductor y gran estimulante de la misma.

El arte es la única fuerza superior contraria a toda voluntad de negar la existencia-vital, es la fuerza anticristiana, la antibúdica, la antinihilista por excelencia.

El arte como redención del hombre del conocimiento, de aquel que ve el carácter terrible y enigmático de la existencia-vital, del que quiere verlo, del que investiga trágicamente.

El arte es la redención del hombre de acción, de aquel que no sólo ve el carácter terrible y enigmático de la existencia-vital, sino que lo vive y lo quiere existir; del hombre trágico y guerrero, del héroe.

El arte es la redención del que sufre, como camino hacia estados de ánimo en que el sufrimiento es querido, transfigurado, divinizado, en que el sufrimiento es una forma del gran encanto.

El esteticismo como categoría moral es curación, la gran salud.

Las premisas, las categorías de una nueva moral son, por lo tanto, el naturalismo, como afirmación de la vida, por el que la fe en la tierra será un valor positivo, el determinismo, como anhelo de eternidad, por el que será posible la alegría de existir-vivir; el evolucionismo, como autoperfección, por el que tendrá sentido una nueva ascesis y el esteticismo, como evidencia de la eficacia del ser, por el que el juego artístico será la gran curación.

CAPÍTULO QUINTO

5. LA TRANSMUTACIÓN DE LOS VALORES

La transmutación de los valores es el ensayo que Nietzsche dejó inacabado, bajo la idea ontológica, psicológica, biológica y universal de la voluntad de poder, con el fin de crear un tipo superior de hombre o al menos fomentar la aparición esporádica y el triunfo existencial-vital del superhombre, hombre sabio, artista, fuerte, noble, libre y genio creador, por medio de una moral inmoralista de carácter natural, determinístico, evolucionista y estético.

Moral que habría de constituir, según su ideal póstumo, gestado a lo largo de su dura existencia, la gran redención, la liberación, la salud de la humanidad.

Nietzsche entiende por valor lo positivo para el hombre y para el ser antropomorfo.

Insiste en la oposición negativo, ahí donde no se debe valorar el tipo solitario según el del rebaño, ni el del rebaño según el solitario.

Sin embargo, ambos son necesarios, así también es necesario su antagonismo y nada es más de condenar que el desear que de aquellos tipos se desarrolle un tercero.

Conocemos ya esta dialéctica, este horror a la mistificación hipócrita.

Prescindiendo de las formulaciones agresivas de Nietzsche contra todos y cada uno de los valores y virtudes tradicionales, para conocer los nuevos, los del solitario creador superhombre y para reconocer sinceramente lo que en esta nueva valoración sea realmente un perfeccionamiento del hombre que, a fin de cuentas, hacer a los hombres mejores es el objeto de la sabiduría.

Aquí no hay que equivocarse acerca del sentido del título con el que el libro de Nietzsche nos impone , ese evangelio del porvenir al nombrarlo **La voluntad de poder; ensayo de una transmutación de todos los valores**, con este esquema Nietzsche expresa un contramovimiento, tanto en lo que se refiere al principio como a la actividad, un movimiento que en cualquier porvenir desarticulará el nihilismo perfecto, pero que le supone lógica y psicológicamente y que no puede en modo alguno venir sino después de él y por él.

Pues ¿por qué es ya necesaria la desarticulación del nihilismo? porque los valores históricos tienen en él sus últimas consecuencias, porque el nihilismo es la resultante lógica de los grandes valores y del ideal, porque se tiene que atravesar el nihilismo para llegar a comprender cuál fue el verdadero valor de estos valores en el pasado.

Por ello Nietzsche afirma que llegará el día en que tendremos necesidad de valores nuevos.

5.1. Fe en la tierra.

Nietzsche-Zaratustra nos anunció al superhombre.

Ahí donde el hombre es algo que debe ser superado.

¿Y hasta ahora qué hemos hecho para superarlo?

Hasta este momento toda la humanidad ha dado de sí algo superior a los hombres, entonces ahora, ¿queremos ser el reflujo de este gran flujo y volver a la bestia mejor que superar al hombre?

¿Qué es el mono para el hombre?, una irrisión o una vergüenza dolorosa.

Pues eso es lo que debe ser el hombre para el superhombre, una irrisión o una vergüenza dolorosa.

Se ha recorrido el camino que media desde el gusano hasta el hombre y aún queda mucho de gusano.

En otro tiempo fuimos monos y ahora el hombre es todavía más mono que ningún mono.

Para Nietzsche el superhombre es el sentido del mundo.

La voluntad de que el superhombre sea el sentido del mundo.

A permanecer fieles al mundo y a no creer a los que hablan de esperanzas supraterrástricas.

Ya que son envenenadores, sépanlo o no.

Son menospreciadores de la existencia-vital, moribundos que están envenenados, seres de quienes la tierra se halla cansada.

En otros tiempos la blasfemia contra Dios era la gran blasfemia, pero ahora Dios ha muerto y han muerto con él esos blasfemos.

Ahora, lo más terrible es blasfemar del mundo y tener en más las condiciones de lo impenetrable que el sentido del mundo.

En otro tiempo, el espíritu admiraba al cuerpo con desdén y no había entonces nada superior a este desdén, deseaba el espíritu un cuerpo decrepito, decadente consumido de hambre que pensaba así librarse de él y del mundo.

Aquel mismo era un espíritu flaco, horrible y consumido y para él la crueldad era un deleite.

Y así "*Nietzsche-Zaratustra*" se pregunta ¿qué anuncia nuestro cuerpo de nuestro espíritu? ¿No es nuestra alma pobreza, suciedad y conformidad lastimosa?

Y aquí empantanado es el hombre, ciertamente.

Por lo que es preciso darse para poder recibir, sin mancillarse.

Y así es como Nietzsche nos dice del advenimiento del superhombre.

“Así hablaba Nietzsche-Zaratustra” él es el razonar del mundo.

La fe y la fidelidad al mundo encierran, dentro de su naturalismo, la reivindicación del cuerpo y de la materia contra el espiritualismo de los que desprecian el cuerpo, predicadores de la muerte, a los que Nietzsche aconseja que desaparezcan de la existencia-vida, ahí donde el mundo está lleno de vanos y superfluos y los que están de más perjudican la existencia-vital, por lo tanto hay que sacarlos de esta existencia-vital con el señuelo de la existencia-vital eterna.

En cuanto al cuerpo, se es todo cuerpo y nada más, el espíritu no es sino nombre de un algo del cuerpo.

El cuerpo es una razón en grande, una multiplicidad con un solo sentido, un rebaño y un pastor.

Instrumento del cuerpo es también la razón pequeña, la que se llama espíritu, un instrumento y juguete de la razón.

Lo más grande es el cuerpo y su gran razón.

Detrás de los pensamientos y sentimientos hay un amo más poderoso, un guía desconocido.

Se llama uno mismo y habita en el cuerpo, es el cuerpo.

Otra condición de la lealtad al mundo es, ya lo hemos mencionado, la negación de Dios, de toda sanción de las acciones y de toda existencia-vital ultraterrena.

De los creyentes de un ultramundo opina que ellos inventaron, por debilidad, un Dios y un cielo.

Por ende este ser lealísimo, el yo, habla del cuerpo y quiere el cuerpo, aunque divague.

El yo aprende a hablar más lealmente cada vez y cuanto más aprende, más palabras halla para honrar al cuerpo y al mundo.

El yo ha enseñado un nuevo orgullo que se enseña a los hombres, no ocultar el pensamiento en la nebulosa de las cosas celestes, sino llevarlo descubierto, llevar en alto el pensamiento crea el sentido de la tierra.

Características también de la fidelidad mundo son el egoísmo y la soledad.

"Vosotros andáis muy solícitos alrededor del prójimo, y lo manifestáis con bellas palabras. Pero yo os digo: vuestro amor al prójimo es vuestro mal amor a vosotros mismos. Huía de vosotros mismos. Huía de vosotros en busca del prójimo y quisierais, convertir eso en virtud; pero yo penetro vuestro "desinterés". El Tú es más viejo que el Yo. Por eso el hombre anda diligente en pos del prójimo. (. . .) Yo no hablo del prójimo sino del amigo. Que el amigo sea para vosotros la fiesta de la tierra y un presentimiento del superhombre" (VII, 68).

Es significativa esta distinción de Nietzsche entre prójimo y amigo.

Pero Nietzsche, que nunca dejó de creer en la amistad y necesitar de ella, afirma que la soledad es condición indispensable de la creación, dolorosa por ser siempre incomprendida, un día al hombre lo fatigará la soledad, se abatirá su orgullo y clamara, estoy solo, hay sentimientos que quieren aniquilar al solitario.

Pero no lo consiguen, alguien se eleva sobre los demás, pero cuanto más alto sube, tanto más pequeño lo ven los ojos de la envidia.

Y nadie tan odiado como el que sube, así que el hombre debe retirarse a su aislamiento con las lágrimas, del prójimo.

El hombre ama al que quiere crear algo superior a él y de esa manera sucumbe.

5.2. Alegría de vivir.

La alegría de vivir es para Nietzsche marcar con el sello de la eternidad nuestra existencia-vital.

Este pensamiento contiene más que todas las religiones que desprecian la existencia-vital como pasajera y hacen mirar hacia otra existencia incierta.

Esta expresión nos confirma el signo mundano de la alegría y afirmación nietzscheana, la existencia-vital.

La religión y la moral son negadas por contradicción a la existencia-vital

En **Aurora** ya se había promulgado el decálogo de la nueva religión de la alegría.

- 1. Reservada para momentos especialísimos.**
- 2. Veneración del deseo de sacrificio.**
- 3. No hay Dios, no hay más allá", no hay recompensa ni castigos.**
- 4. No más culpables, no más remordimientos de conciencia: pero sí remordimientos de la razón.**
- 5. Reconstruir el yo.**
- 6. Lo bello sentido como el yo que se sacrifica.**
- 7. Nada de amor al prójimo en general, sino dominio de los instintos.**

8. La suma prudencia como norma, en cuanto vulgar y no venerada por habitual.

9. La imprudencia de la magnanimidad admirada. La compasión concebida como debilidad y alivio.

10. No como sacrificio de los demás, sino como victoria completa de una afección sobre los demás, de modo que le consagremos la vida, el honor, etc.; por consiguiente, lo esencial es la plenitud de la pasión" (V, 338, 12).

Este credo-decálogo de una nueva austeridad y ascesis, lo que menos sugiere es alegría.

Nietzsche únicamente trataba de entrever el horizonte lejano sin haber concebido aún su idea de eternidad.

Esa idea, ese gozo, que nos harán olvidar su descendencia directa del pesimismo luterano, nace con **Zaratustra** en la idea del "*eterno retorno*".

Es el "*gay*" o saber, alegría de eternidad concebida gradualmente y visualizada con dolor.

Así que no se crea que el hombre pase inadvertidamente dentro de un atrevido estado de ánimo como la semejante alegría, audaz y desenfrenada del ánimo, como es Nietzsche, por lo menos, innata.

Antes de aprender a pensar de este modo, se debe haber aprendido bien a razonar o racionalizar y ya el sostenerse sobre sus propios pensamientos es cosa a la que para Nietzsche no todos están predestinados.

En el momento en que por primera vez nos atrevemos a sostenernos sobre nuestros propios pensamientos y a prescindir de apoyo, el hombre corre los mayores peligros y con frecuencia es tímido, irresoluto, como un fugitivo, como un desterrado, con una consciencia que tiembla y con extraña desconfianza en su propio destino.

Este pensar de Nietzsche es el mejor comentario que el propio autor considera su mejor poesía y la fuente de la libertad y alegría de su pensamiento filosófico.

Así anota hondamente, añorando el “*pathos*” griego del que puede decirse que Nietzsche no pudo, ni supo, ni quiso desprenderse nunca no sólo como filósofo sino como hombre, más renacentista que romántico.

Nietzsche comentaba de los griegos, esos griegos, ellos que sabían existir-vitalmente y que para existir-vitalmente es necesario saber quedarse bravamente en la superficie, en la epidermis, adorar la apariencia, creer en la forma, en los sonidos, en las palabras, en todo el Olimpo de la apariencia.

Esos griegos que eran superficiales por ser profundos ¿Y no nos volveremos nosotros, dispersión del espíritu, a esto mismo, nosotros que hemos ascendido a las ideas actuales, para desde allí analizar todo nuestro entorno de principio a fin desde arriba hacia abajo? ¿No somos nosotros precisamente en estos griegos, que adoramos las formas, los sonidos, las palabras y por esto a los filósofos y a los artistas?.

Una vez más el artista vence en el ser humano doliente la aflicción y necesidad de subterráneo.

La alegría está en existir-vitalmente, no en saber que se habita.

La alegría es una vivencia real y total, no una reflexión.

La alegría profunda subsiste únicamente en la superficie, interiorizada sucumbe en la seriedad de una mentira contra la evidencia de la muerte que sólo la aparente superficialidad puede evadir.

Nietzsche sabía, como artista, valorar las razones del corazón.

La apariencia, Apolo, pide eternidad, existencia-vital.

Y la existencia-vital es gozar cuando no se tiene miedo a perderla.

En el desprecio de la existencia-vital desaparecido del temor, hay apatía, solamente en la aceptación, en la gran afirmación, en la eterna primavera, reside el júbilo.

Por ello en Nietzsche siempre hay un goce melancólico en existir-vitalmente en medio de la confusión de las ciudades y sus calles, de necesidades y de goces, tantos goces, como impaciencias, cuánta ansiedad y locura de existir-vitalmente se manifiestan en su entorno en cada momento y sin embargo, bien pronto se hará el silencio sobre todas estas gentes ruidosas, vivaces y poseídas de la alegría de existir-vitalmente.

Ahí donde detrás de cada uno se origina su sombra, oscura compañera de camino.

Siempre sucede como en el momento que precede a la partida de un transporte de emigrantes, tienen más cosas que decirse que nunca, tierra, mar y aire y su vacío silencio esperan impacientemente detrás de todo su ruido y el ruido.

Y todos se imaginan que el pasado no es nada o que el pasado no es más que muy poca cosa y que el porvenir inmediato lo es todo, de ahí esa prisa, esos gritos, esa necesidad de aturdirse y de sacar el mejor provecho.

Cada cual quiere ser el primero en este porvenir y sin embargo, para Nietzsche, la muerte y el silencio de la muerte son las únicas cosas seguras que tienen todos en común.

Y así es que esta sola certidumbre, esta sola comunión sea casi impotente para obrar sobre los hombres y que estos estén tan lejos de sentir esta fraternidad de la muerte.

Nietzsche comprueba que los hombres rehúsan absolutamente concebir la idea de la muerte y por ello desea que sea dignamente de ser pensada la idea de la existencia-vital.

Nietzsche no es indiferente respecto a la limitación de la existencia-vital humana, aunque la concebía como el máximo valor real para el individuo, ya que es su única oportunidad.

Nace el hombre en una nada de libertad y es en la muerte prácticamente otra incertidumbre.

Sólo tiene un tiempo indeterminado de hacerse.

Podía entristecerse y disminuirse pensando, como los héroes trágicos, como los líricos, en su acabamiento.

Nietzsche se rebela más con la seriedad, que con la sobria y seria serenidad contra la vieja sabiduría de la preparación para la muerte o para la otra existencia.

Para la alegría de la existencia-vital que constituye un peligro, el peligro se hace gozo cuando se le considera como una categoría positiva del ánimo arriesgado y poderoso y no como amenaza moral, tiene Nietzsche un personaje festivo, una anticipación del **Zaratustra**, una encarnación de Diónyso, **El príncipe Vogelfrei (pájaro libre)**.

La existencia-vital humana es tal, que no le reconoce una teleología ultraterrena, el momento en que el ser escapa de la prisión en la que la volverá a encerrar, la nada.

Pero este juego, esta fuga es la eterna venganza que se repite en la naturaleza, cada escapada es un gozo.

La fuga es tan real como el mundo, pero el gozo es mayor por la venganza y por la sugestión de la libertad y del poder.

Lo inmortal es un símbolo y no más.

Y Dios poeta, ni siquiera filósofo se esconde detrás.

Y el entorno del mundo está, va y viene sin fin y en su ir y venir ve el odio, en el estar imperioso de la apariencia y el ser.

5.3. Nueva ascesis.

Una larva es pesada y lenta, para lograr agilidad, la belleza y la ligereza de unas alas, tiene que pasar por la austeridad, la estrechez, el dolor de la crisálida.

La evolución, el progreso exigen una ascesis, Nietzsche, que la practicó él mismo, nos define el tipo del que debe ser su discípulo.

Y a los hombres por quienes él se interesa les desea sufrimientos, abandono, enfermedad, malos tratos, desprecio, les desea que no les sea desconocido el profundo desprecio de sí mismo, el martirio de la desconfianza de sí mismo, la miseria del vencido, no tiene compasión de ellos, porque deseo para ellos la única cosa que hoy puede revelar si un hombre tiene o no valor, que se aguante con la firmeza de la verdad.

El fue duramente solitario, dolorosamente incomprendido, sin cejar en la tarea, sin abandonar la pluma, a pesar de su inminente ceguera, viajando, buscando, creando con tesón y firmeza de larva el capullo que habría de destruir, mudada la piel, para la eclosión del insecto transfigurado en el superhombre.

Además nada debe aceptarse gratuitamente y la evolución no admite limosnas, el superhombre no es un parásito.

Tal es para Nietzsche la condición de los espíritus nobles, no quieren tener nada gratuitamente, pero nosotros, a quienes se ha dado la existencia-vital, reflexionamos siempre en lo mejor que podríamos dar a cambio.

Y en verdad que es noble aquel que piensa en lo que la existencia-vital nos ha prometido a nosotros y que queremos cumplírselo nosotros a la existencia-vital

No se debe querer gozar allí donde no se hace gozar.

Porque el goce y la inocencia son las dos cosas más púdicas, ninguna de las dos quiere ser buscada.

Hay que poseerlas pero vale más aún para Nietzsche buscar la falta y el dolor.

Así entonces, aquel o aquello que sea un principio siempre será sacrificado, nosotros ahora somos principios.

Todos sufriremos en el pensar de los sacrificios, todos nos sacrificaremos en honor de los ídolos.

Lo mejor de nosotros es inmaduro y aún se excita en los antiguos pensares.

Nuestra carnalidad es débil y no tenemos con que protegernos, cómo no hemos entonces de tentar a antiguos sacrificadores idólatras.

En nosotros mismos alienta aún el antiguo sacrificador que se dispone a celebrar con lo mejor que tenemos.

Así como no han de ser sacrificados los precursores.

Pero así lo quiere nuestra condición y Nietzsche ama a los que no quieren conservarse.

Ama con toda su razón a los que desaparecen, porque pasan al otro lado.

La evolución es conquista de la libertad de espíritu.

Y es ahí donde Nietzsche designó bajo la frase “*libertad de espíritu*” algo muy concreto, ser superior a los filósofos y otros adeptos de la verdad, por el rigor contra sí mismos, por pureza y valor, por la voluntad incondicional de decir no, allí donde el no es peligroso.

Nietzsche consideró a sus contemporáneos filósofos despreciables, libertinos bajo la capucha de esa mujer llamada verdad.

El dolor y la soledad son la sombra del errante.

Al hombre le amenaza constantemente la tentación de detenerse en el camino a participar en el festivo estancamiento de la existencia-vital o de volver su vista atrás.

La nueva ascesis es lucha contra la tentación de la sombra que obstinadamente acompaña al viajero mientras hay luz, la voluntad decidida de no convertirse en estatua de sal.

Si no hay sombra es que ya es de noche y el superhombre nacerá de la luz.

Nietzsche odiaba su inclinación a la verdad, a la realidad, a la no apariencia, a la certeza, se preguntaba ¿Por qué esta fuerza sombría y apasionada le seguía a él en lo personal?

El deseaba descansar de ella, pero ella no lo dejaba.

Por todas partes veía nuevas desgarraduras y nuevas amarguras de razón y sin embargo siempre avanzo fatalmente, contra las cosas más bellas que no supieron retenerlo y arremetió contra ellas ferozmente por que no supieron retenerlo.

La evolución del hombre, duro ascenso de Sísifo con la piedra de su pasado a cuestras y la esperanza de llegar a la cima y arrojar la piedra, esperanza creada por su rebeldía que considera de mayor valor el

doloroso juego de subir y caer que la náusea de estarse abajo, que ha aprendido de la naturaleza, la paciencia de horadar las piedras y hendir las montañas, se toma tiempo de caminar, al fin estará despejado el camino.

O al menos tendrá el consuelo de que, aunque muchas generaciones han de pasar y perecer para allanar el camino ascendente, todas logran momentáneamente la libertad.

La evolución humana, como todo lo que se concibe con placer, se alumbra con dolor.

El superhombre es el sentido del dolo.

5.4. Juego y arte.

El primer principio de la moral de Nietzsche, es que no debemos esforzarnos por alcanzar ningún estadio, ni nuestra dicha, ni nuestra paz, ni nuestro señorío.

Sino ejecutar cada acto grande o pequeño tan alta y bellamente como sea posible y también de un modo visible.

Estas breves líneas comprenden lo que extensa y repetidamente hemos leído en Nietzsche sobre las relaciones de la moral y de la estética.

El mundo es arte, arte que se realiza en juego.

El hombre es mundo y es por tanto arte, debe ser artista y en ese sentido jugar.

En el juego está la salud y Nietzsche ha dado suma importancia a la salud humana.

La curación moral-estética del hombre se resume en su fórmula de la gran salud.

La gran salud es para nosotros, hombres nuevos, innominados, difíciles de comprender, precursores de un porvenir aún no demostrado, que tenemos necesidad, de un fin nuevo, de una nueva salud, de una salud más vigorosa, más aguzada, más resistente, más intrépida y más alegre que todas las saludes que ha habido hasta el presente.

Aquel cuyo espíritu está ávido de hacer todas las conversiones de todos los valores que han tenido curso y de todos los deseos que han sido satisfechos hasta hoy, el que quiere conocer por las ideas de su propia experiencia cuáles son los sentimientos de un pensador del ideal y al mismo tiempo, cuáles son los sentimientos de un artista, de un filósofo, de un santo, de un legislador, de un sabio, de un hombre piadoso, de un solitario de otro tiempo y éstos tendrán, ante todo, necesidad de una cosa, de la gran salud, de una salud que no solamente se posea, sino que sea preciso reconquistarla todos los días.

Ante esto Nietzsche nos pregunta ¿cómo podríamos, después de tanto vislumbrar y con tal avidez en la consciencia, con tal avidez de ciencia, satisfacernos ya con los hombres actuales?

Esto en principio es bastante grave, pero inevitable, ahora ya no se sabe de los fines y de las esperanzas más dignas, sino con la risa mal contenida y quizá no lo sepamos más.

Otro ideal surge, un ideal singular, tentador, lleno de peligros, un ideal que no quedaríamos recomendar a nadie, porque a nadie reconocemos fácilmente el derecho a este ideal.

Es el ideal de un espíritu que se regocija ingenuamente, es decir sin intención y porque su plenitud y su poderío desbordan de todo lo que hasta el presente se ha llamado sagrado, bueno, intangible, divino, para el que las cosas más magnánimas que sirven, con razón, de medida al pueblo ataraxico, significan algo que se parece al peligro, a la descomposición, al rebajamiento o bien, por lo menos, a la convalecencia, al olvido momentáneo de sí mismo, es el ideal de un

bienestar y de una benevolencia humana sobrehumana, un ideal que parecerá muchas veces inhumano, como , cuando se coloque de parte de todo lo que hasta el presente ha sido serio, mundano , de parte de toda especie de solemnidad en la actitud, en la palabra, en la entonación, en la mirada, en la morada, en la moral y en la teoría y la praxis, como una parodia involuntaria y con lo cual, a pesar de todo esto, empieza, quizá, la gran seriedad, con lo cual solamente se plantea el verdadero problema.

El destino del espíritu se convierte, la espacio-temporalidad avanza y la tragedia empieza.

El hombre se ha de lograr alegremente en el sentido de la mundanidad, con el dolor del mundo y con su juego saludable y contradictorio, es el porvenir primaveral del mundo que crece, que fructificará en el estío, decaerá en el otoño y permanecerá silencioso en el invierno mientras se gesta en él un nuevo comienzo, el eterno crecimiento, que nunca mira atrás, descuidado de las cicatrices del pasado.

“Zaratustra” es esperanza y *“Zaratustra”* es arte y poesía del mundo.

“Zaratustra” quiere una humanidad, un mundo mejor:

Cuando Nietzsche analiza las épocas hacia atrás de la suya, no encuentra nada más singular en el hombre que su virtud y su enfermedad particular que se denomina sentido histórico.

Hay en la historia del mundo y de la humanidad, todo lo nuevo y todo lo extraño y es de este criterio de donde en algunos siglos más terminará quizá por crearse una idea regeneradora, a causa de la cual nuestro mundo sería más agradable de habitar de lo que lo ha sido hasta el presente.

Y es que para Nietzsche, nosotros los hombres modernos, comenzamos a formar la cadena de un sentimiento que el porvenir mostrará muy poderoso, idea por idea, apenas sabemos lo que hacemos.

Nos parece como si no se tratase de un sentimiento nuevo, sino solamente de la aminoración de todos los sentimientos antiguos, el sentido histórico es aún una cosa híbrida que hay hombres que se sienten irreflexivos ante él y menos racionales.

Para otros, es el índice de la decadencia que viene y nuestro mundo les aparecerá como un enfermo melancólico que, para olvidar el presente, se pone a escribir la historia de sus inicios.

En efecto, ésta es una de las ideas de este nuevo sentimiento, el que sabe considerar la historia de la humanidad en su conjunto como su historia, siente, en él una enorme generalización, toda la aflicción del enfermo que piensa en la salud, del viejo que rememora con su juventud, del enamorado erradicado de su amada, del mártir cuyo ideal está destruido, del héroe, la batalla cuya suerte ha estado indecisa y de la que conserva las heridas y el pesar de la muerte de algún amigo.

Pero llevar en la consciencia esta suma enorme de miserias de toda especie, poder llevarla y ser, al mismo tiempo, el héroe que saluda en el segundo día de la batalla, la llegada del otro día, la llegada de la felicidad, puesto que se es el hombre que tiene delante y detrás de sí un límite de miles de años, siendo el heredero de toda nobleza, de todo espíritu del pasado, heredero obligado, el más noble entre todas las antiguas noblezas y al mismo tiempo el primero de una nobleza nueva, de la cual no ha visto cosa semejante en ningún tiempo, tomar todo esto sobre su consciencia y su espíritu, lo más antiguo y lo más reciente, lo perdido, la esperanza, las conquistas, las victorias de la humanidad y reunir, por fin, todo esto en un solo espíritu, resumirlo en un sentimiento sólo esto, ciertamente, debería tener por resultado una dicha que el hombre no ha gozado nunca hasta hoy.

La dicha de un Dios, pleno de poderío y de amor, de lágrimas y de risas, una dicha que, semejante, hará entrega incesante de su valor inagotable para verterlo en el mundo y que no sentirá sino cuando esa dicha divina se mencione entonces como humanidad.

Esta es la esperanza y la utopía moral nietzscheana.

Prometeo quiere liberar a Sísifo de su historia, al hombre de su enfermedad de la contingencia, robando al Olimpo el fuego del optimismo, ya que los dioses y sus representantes terrenos están dominados por la voluntad de nihilismo contra el hombre.

Muchos pensarán que, en realidad, Nietzsche y su "*Zaratustra*", en nada semejante, por cierto, al personaje del antiguo libro persa Ceñid Avesta, han sido con Acteón, devorados por sus propios errores.

Creemos que debe aceptarse que todo mensaje de alegría es una buena nueva, venga de donde venga.

La moral de Nietzsche es, decantada convenientemente, un mensaje de sinceridad y de optimismo para el hombre.

CONCLUSIONES

La moral de Nietzsche no puede ser juzgada con las categorías de la moral tradicional sin caer en un círculo de acusaciones y recusaciones mutuas, sino desde un punto de vista superior, desde la raíz de las acciones humanas, desde la filosofía del hombre como metafilosofía.

Arriesgamos, pese a lo realmente difícil del caso, Nietzsche como pensador, un esbozo de este juicio filosófico-antropológico.

Dentro de sus presupuestos naturalistas, deterministas, evolucionistas y estéticos, su curación del hombre resulta muy problemática, pues aunque el mundo fuese un cíclico devenir lo que parece estar en contradicción con el sentido de la historia, si es que la historia tiene un sentido, es que el individuo no retorna y su tiempo histórico es breve.

¿Qué sentido pueden tener para la brevedad de la existencia-vital el riesgo y la ascesis?

La belleza y el arte no pueden ser, admitiendo que sean efectivamente una perfección del hombre, el consuelo de todos los hombres, porque no todos los hombres sienten la belleza y el arte como consuelo de su existencia-vital.

Y si no lo es, surge una objeción más fuerte ¿por qué se ha de fomentar el tipo de hombre artista?

El egoísmo hoy, bajo esas bases, resulta inadmisibile, cuando precisamente la sociedad reclama irremisiblemente, pese a algunas voces aisladas, el triunfo de la especie.

La existencia de Dios, la conscientización de una ley natural, la interiorización de las categorías bueno-malo, no se derriban con un “*a priori*”.

Si hay espíritus que no saben encontrar la libertad dentro de estos cauces, no es problema que exija la recusación de la posibilidad de dicha libertad y pensar que el cristianismo y todo género de idealismo, elemento de la cultura, como un retroceso o voluntad de nihilismo, es demasiado simple y precipitado.

Se requiere un análisis filosófico mucho más riguroso que las agudas y aisladas observaciones críticas de Nietzsche.

La nueva moral de Nietzsche resulta una utopía mundana que, como la moral idealista, es un discurso ultraterreno.

Las coordenadas del hombre en opinión de la ciencia, exigen un realismo y aceptación de todo su ser que progresa, tal vez, pero tan lenta, gradual y colectivamente que resulta indeterminado.

El hombre es, tan evidentemente como ser temporal limitado, un ser social herido de la tendencia hacia el todo.

Es difícil encontrar su punto de apoyo, su misión y su gozo en el momento individual de su existencia-vital.

Es tarea, si no imposible, ardua y que remite, si no se quiere admitir el absurdo, ni el materialismo, ni el espiritualismo estrictos, a una proyección de la estética, que Nietzsche pretende detener axiológicamente encerrada en sí misma, hacia otros valores de la existencia-vital, tal vez imperceptibles.

Sin embargo, el más claro defensor de la nueva moral en los tiempos modernos e ideólogo de su renacimiento, es Nietzsche.

Gran parte de sus ideas pueden verse, en cierto sentido, como una reacción a lo que consideraba el desarrollo de una entera civilización y sociedad de burgueses que no aspiraban más que a su confortable conservación.

Para Nietzsche, la misma esencia del hombre no era ni su deseo ni su razón, sino su moral, pues el hombre, ante todo y por encima de todo, es una criatura evaluadora, que se siente existir-vitalmente por su capacidad de pronunciar las palabras bien y mal.

Como dice el “*Nietzsche-Zarathustra*”, el valor verdaderamente, no lo tomaron, no lo encontraron, ni les llegó como una voz del cielo.

Sólo el hombre atribuía valor a las cosas para conservarse, sólo él creó un sentido para las cosas, un sentido humano.

Y por esto se llama a sí mismo hombre, que significa el valorador.

Valorar es crear, valorarse a sí mismo es, de todas las cosas valoradas, la posesión más valiosa.

Sólo a través de la valoración hay valor.

Y sin la valoración, lo esencial de la existencia-vital estaría vacía.

Para Nietzsche, lo importante no era qué valores creara el hombre, pues hay mil y una metas que el hombre trata de alcanzar.

Cada uno de los pueblos del mundo tiene su propio lenguaje del bien y del mal, que sus vecinos no pueden comprender.

Lo que constituía la esencia del hombre era el acto de atribuirse un valor de darse valor a sí mismo y de pedir que se le reconociera.

El acto de valor era de modo inherente no igualitario, pues requería distinguir entre mejor y peor.

Y por tanto, Nietzsche se interesaba sólo en las manifestaciones de la moral que inducían a los hombres a decir que eran mejores que otro.

La terrible consecuencia de la modernidad era la tentativa de sus creadores, de despojar al hombre de sus poderes valoradores en nombre de la seguridad social y de la acumulación material.

La conocida doctrina nietzscheana de la voluntad de poder puede entenderse como la tentativa de reafirmar la primacía de la moral frente al deseo y la razón y de deshacer el daño que el liberalismo moderno hacía del orgullo y la autoafirmación del hombre.

Su idea fundamental es una celebración del señor aristocrático y de su lucha a muerte por el prestigio y una constante condena de la modernidad, que había aceptado tan plenamente la moral del esclavo que ni siquiera se daba cuenta de haber hecho esta elección.

A pesar de los cambios en el vocabulario usado para describir el fenómeno de la moral o el deseo del reconocimiento.

Nietzsche sugiere una manera muy diferente de conocer el proceso histórico, no como la historia del despliegue de la ciencia natural moderna o de la lógica del desarrollo económico, sino más bien como la del surgimiento, crecimiento y eventual decadencia de la moral.

El mundo económico moderno sólo podía emerger una vez que se hubiera liberado el deseo, por decirlo así.

El proceso histórico que comienza con la lucha sangrienta del señor, termina, en cierto sentido con el habitante burgués de las democracias liberales contemporáneas, que persigue la ganancia material con preferencia a la gloria.

Hoy nadie estudia sistemáticamente como parte de la educación, la moral y la lucha por el reconocimiento no forma parte de nuestro vocabulario político contemporáneo.

El deseo de gloria, que era parte normal de la personalidad humana, el afán desordenado de ser mejores que los demás y de conseguir que

tantas personas como se pudiera reconocieran esta superioridad, ya no es una manera aceptable de describir las metas personales.

Es, de hecho una característica que atribuimos a personas que nos desagradan, a esos tiranos que se han alzado entre nosotros, como Hitler, Stalin, Saddam Hussein o Bush.

Más en la moral, el deseo de ser reconocido como superior, existe con muy diversas facetas en la existencia-vital de hoy en día y mucho de lo que encontramos satisfactorio en nuestra existencia-vital no sería posible sin ella.

Pero en términos de lo que decimos acerca de nosotros mismos, ha sido vencida moralmente en el mundo posmoderno.

La agresión a la moral y su falta de respetabilidad en el mundo actual por tanto, me lleva a coincidir con Nietzsche, en que los filósofos modernos que quisieron desterrar de la sociedad civil las formas más evidentes de moral han tenido éxito.

Y si la política moderna ha suprimido la moral, estoy de acuerdo con Nietzsche en que no hay en esto ningún motivo de alegría, sino que es un desastre sin paralelo.

Como piensa Nietzsche, cada pueblo habla su idea del bien y del mal y ha inventado su propio lenguaje de costumbre, que se reflejan no sólo en la constitución y las leyes, sino en la familia, la religión, la lucha de clases, los hábitos cotidianos y los modos de existir-vital que se respetan.

El territorio de los Estados es la política, la esfera de la elección consciente de la forma adecuada de gobierno.

El territorio del pueblo es subpolítico, es el dominio de la cultura y la sociedad, cuyas máximas son raras veces explícitas o que no se reconocen conscientemente ni siquiera por quienes participan en ellas.

Si, siguiendo a Nietzsche, definimos el pueblo como una comunidad moral que comparte las ideas del bien y del mal, es evidente que los pueblos y las culturas que crean, se originan en la parte moral del espíritu.

Es decir, que la cultura surge de la capacidad de evaluar.

El hombre moderno ve que existe una continuidad desde, la podredumbre moral hasta llegar a él mismo, es diferente cuantitativamente, pero no cualitativamente, de la vida ecológica de la que procede.

Pero el otro extremo de crítica y más profundo fue el de Nietzsche.

Pues si bien el pensamiento de Nietzsche nunca se encarnó en movimientos de masas o en partidos políticos, las cuestiones que planteó acerca de la directriz del proceso histórico humano siguen sin resolverse y no es probable que se resuelvan aún después de que el último régimen marxista haya desaparecido del mundo.

Nietzsche formuló las preguntas ¿Es qué merece la pena conseguir un reconocimiento que puede universalizarse? ¿No es la calidad del reconocimiento mucho más importante que su universalidad? ¿Es qué el objetivo de universalizarse el reconocimiento no lo devalúa inevitablemente trivial?

El último hombre de Nietzsche era, en esencia, el esclavo victorioso.

Estaba de acuerdo en que el cristianismo era una ideología de esclavos y en que la democracia representa una forma secularizada de cristianismo.

La igualdad de todos los hombres ante la ley era una realización del ideal cristiano de la igualdad de todos los creyentes en el reino de los cielos.

Pero la creencia cristiana en la igualdad de los hombres ante Dios no era otra cosa que un prejuicio nacido del resentimiento de los débiles contra quienes eran más fuertes que ellos.

La religión cristiana tuvo su origen en la convicción de que los débiles podían vencer a los fuertes si se unían en un rebaño y empleaban las armas de la culpa y la consciencia.

En tiempos modernos, este prejuicio se ha extendido y se ha convertido en irresistible, no porque se haya demostrado que es verdad, sino porque los débiles son más numerosos.

El Estado democrático liberal no constituía una síntesis de la moral del señor y la moral del esclavo.

Para Nietzsche, representaba una victoria incondicional del esclavo.

La libertad y satisfacción del señor no se conservaban en ninguna parte, pues en una sociedad democrática nadie era realmente soberano.

El ciudadano típico de una democracia liberal era el individuo que, abandonaba la orgullosa convicción de su valor en favor de una cómoda autoconservación.

Para Nietzsche, el hombre democrático se componía eternamente de deseo y razón, hábil para encontrar nuevas maneras de satisfacer multitud de fútiles necesidades mediante el cálculo de su interés a largo plazo.

Pero carecía completamente de cualquier clase de moral y estaba satisfecho con su felicidad e incapaz de sentirse avergonzado de sí mismo por ser incapaz de elevarse por encima de esas necesidades.

Nietzsche creía que no era posible ninguna verdadera grandeza, excelencia o nobleza humanas excepto en las sociedades aristocráticas.

En otras palabras, la verdadera libertad o creatividad sólo podía surgir de la nueva moral o sea, del deseo de que se le reconozca a uno como mejor que los demás.

Incluso si la gente naciera igual, nunca alcanzaría sus propios límites si se conformará simplemente con ser igual a los demás.

Pues el deseo de ser reconocido como superior es necesario para ser superior a sí mismo.

Este deseo no es sólo la base de la conquista y el imperialismo, sino que es también la condición previa para la creación de cualquier cosa que merezca la pena poseer en la existencia ya sea grandes sinfonías, pinturas, novelas, ya códigos morales o sistemas políticos.

Nietzsche señalaba que cualquier forma de excelencia real ha de crearse del descontento, de una división del yo contra sí mismo y a fin de cuentas, de una lucha contra el yo, con todos los sufrimientos que esto entraña.

La buena salud y la satisfacción con uno mismo son desventajas.

La moral es la parte del hombre que busca deliberadamente la lucha y el sacrificio, que trata de demostrar que el yo es algo mejor y más alto que el animal temeroso, llenos de necesidades e instintos, determinado físicamente.

No todos los hombres sienten esta atracción, pero para quienes la sienten, la moral no puede satisfacer con el conocimiento de que son meramente iguales en valor a todos los demás seres humanos.

El esfuerzo para ser desigual se manifiesta en todos los aspectos de la existencia-vital incluso en la revolución social que trata de crear una sociedad basada en la completa igualdad humana.

Hombres hubo y habrá en la historia que no eran individuos que personalmente se esforzaran en ser meramente iguales a otras personas.

Para hacer una revolución y crear una sociedad enteramente nueva se requieren individuos notables, con una dureza superior a la habitual, con visión, implacable e inteligente, características que algunos hombres han poseído.

Y sin embargo, el tipo de sociedad que trataban de construir quería abolir las ambiciones y características que ellos mismos poseían.

Tal vez es por esto que todos los movimientos de izquierdas, sufren eventualmente crisis de culto a la personalidad de sus líderes, pues hay una tensión inevitable entre los ideales de una sociedad igualitaria y los tipos humanos morales necesarios para crear ese tipo de sociedad.

Individuos que se esfuerzan por alcanzar algo más puro y más alto, tienen más probabilidades de surgir en sociedades en que se acepta la premisa de que todos los hombres no son creados iguales.

Las sociedades democráticas, en que se acepta la premisa contraria tienden a fomentar la creencia en la igualdad de todos los modos de existir-vitalmente y todos los valores.

No dicen a sus ciudadanos cómo han de existir-vitalmente ni lo que les hará felices, virtuosos o grandes.

En cambio, cultivan la virtud de la tolerancia, que en las sociedades democráticas se considera la virtud principal.

Y si los hombres no pueden afirmar que algún modo de existir-vital concreto es superior a otro, entonces recaen en la afirmación de la existencia-vital misma, es decir, en el cuerpo, en sus necesidades y en sus miedos.

Aunque no todos los espíritus pueden ser igualmente virtuosos o inteligentes, todos los cuerpos pueden sufrir, de ahí que las sociedades democráticas tiendan a ser sociedades con compasión y que ponen en primera línea de sus preocupaciones la cuestión de proteger al cuerpo de los sufrimientos.

No es fortuito que las personas, en las sociedades democráticas, estén preocupadas por la ganancia material y existan en un mundo económico dedicado a la satisfacción de pequeñas necesidades del cuerpo.

Según Nietzsche, el último hombre ha dejado las regiones en donde es difícil de existir-vitalmente, pues se necesita valor; todavía se trabaja, pues el trabajo es una forma de diversión.

Pero se va con cuidado, no fuera que la diversión resultase demasiado angustiosa.

No se llega ya a rico o a pobre, pues ambas cosas exigen demasiado esfuerzo.

¿Quién quiere gobernar todavía? ¿Quién quiere obedecer?

Ambas cosas exigen demasiado esfuerzo, ningún pastor y un solo rebaño.

Todos desean lo mismo, todos son los mismos, quien se siente diferente, se va voluntariamente a un hospital psiquiátrico

Para quienes existen en sociedades democráticas es difícil tomar en serio en la cotidianidad pública las cuestiones con verdadero contenido moral, la moral entraña preguntas, principio democrático de la tolerancia.

Es por esta razón que el último hombre se preocupa por encima de todo de su existencia-vital y su seguridad personal, pues esto no se presta a controversias.

Hoy nos sentimos autorizados a criticar el hábito de otra persona, pero no sus creencias religiosas o su conducta moral.

Al poner la propia conservación por encima de todo, el último hombre se parece al esclavo en sangrienta lucha con la que empezó la historia.

Pero la situación del último hombre empeora como resultado del proceso histórico entero, que ha asegurado desde entonces la compleja evolución acumulativa de la sociedad humana hacia la democracia.

Según Nietzsche, una cosa vacía no puede ser sana, fuerte, ni productora a no ser que exista dentro de una serie de valores y creencias que se aceptan sin crítica y de modo absoluto.

Pero es precisamente nuestra consciencia de la historia lo que hace imposible este absoluto.

Pues la historia nos enseña que en el pasado ha habido innumerables horizontes, civilizaciones, religiones, códigos morales, sistemas de valores.

Las personas que existieron en ellos, al carecer de nuestra moderna consciencia de la historia, creían que su visión era la única posible.

Los que llegaron más tarde a este proceso los que existen en la vejez de la humanidad, no pueden mostrarse tan faltos de crítica.

La educación posmoderna, esa educación universal tan absolutamente crucial con el fin de preparar las sociedades para el mundo de la economía moderna, libera a los hombres de sus lazos con la tradición y la autoridad.

Se dan cuenta de que su finalidad es meramente una finalidad, una utopía que desaparece al acercarse, para dejar ver otra finalidad detrás de él.

Por esto el hombre moderno es el último hombre, la experiencia de la historia lo ha agotado y lo ha desengañado de la posibilidad de una experiencia directa de los valores.

La educación moderna, estimula cierta tendencia a la doctrina según la cual todos los fines y todos los sistemas de valores están relacionados con el tiempo y el lugar y ninguno es verdad, sino que todos reflejan los prejuicios e intereses de quienes los propugnan.

La doctrina que afirma que no existe ninguna perspectiva privilegiada encaja perfectamente con el deseo del hombre democrático de creer que su modo de existir-vital es tan bueno como cualquier otro.

En este sentido no se llega a la liberación de los grandes y fuertes, sino de los mediocres, de quienes se nos dice que no tienen nada de que avergonzarse.

El esclavo del comienzo de la historia declinó arriesgar la existencia-vital en el sangriento combate porque se sentía instintivamente miedoso.

El último hombre, al final de la historia, sabe que es mejor no arriesgar su existir-vital por una causa, porque se da cuenta de que la historia está llena de fútiles luchas sin sentido en las cuales los hombres lucharon por si debían ser cristianos o musulmanes, protestantes o católicos, alemanes o franceses.

Las lealtades que han empujado a los hombres a desesperados actos de valor y sacrificio resultaron ser, a la razón de la historia subsiguiente, estúpidos prejuicios.

Hay muchas personas en las sociedades democráticas contemporáneas, especialmente entre los jóvenes, que no se contentan con felicitarse sólo por su amplitud de fines, sino que quisieran existir dentro de un fin.

Es decir, quisieran escoger una creencia y un compromiso con valores más profundos que el simple liberalismo, como los que ofrecen las religiones tradicionales.

Pero se enfrentan a un problema casi insuperable.

Tienen más libertad para escoger sus creencias morales que acaso en ninguna otra sociedad de la historia, pero la misma diversidad donde escoger es desconcertante y quienes se deciden por una ideología y otra lo hacen dándose cuenta de la infinidad de ideologías que los siguen.

Cuando las comunidades por una creencia única heredada de los antepasados de muchas generaciones antes, se daba por descontada la autoridad de esta creencia, que era el elemento constitutivo del carácter moral de cada uno.

La creencia lo ligaba a su familia y a los demás miembros de la sociedad.

Hacer una elección así, ahora en una sociedad democrática entraña consecuencias, pero produce menos satisfacciones.

La creencia tiende a separar a la gente más que a unirla, porque hay muchas alternativas.

Claro que uno puede adherirse a una de las innumerables pequeñas comunidades de creyentes, pero no es probable que coincidan con las comunidades de trabajo o de vecindad.

Y cuando la creencia resulta inconveniente la creencia suele desvanecerse como cualquier otra fase del desarrollo de una adolescente.

La preocupación e inquietud de Nietzsche por el último hombre, ante la posibilidad de que el modo de existir-vital del señor desapareciera del mundo con el advenimiento de la sociedad democrática donde el señor que daba la ley para sí mismo y los demás en lugar de obedecerla pasivamente, era más noble y estaba más satisfecho que el esclavo, carácter intensamente privado de la existencia democrática, problema crítico, que podía conducir a la atrofia de los lazos morales que conectaban unos con otros a los hombres de las comunidades predemocráticas.

A Nietzsche le preocupaba que la abolición de la relación formal entre señores y esclavos no hiciera a los últimos señores de sí mismos, sino que los llevara a una nueva clase de esclavitud.

Trató de descubrir los nuevos rasgos bajo los cuales el despotismo puede aparecer en el mundo.

Lo que impresiona es una innumerable multitud de hombres todos iguales y parecidos entre sí, tratando incesantemente de procurarse los frívolos y pequeños placeres con lo que hartamos sus existencias-vitales.

Cada uno de ellos, existiendo aparte, es un extraño al sino de los demás, sus hijos y sus amigos personales constituyen para él toda la humanidad.

Está cerca del resto de sus conciudadanos, pero no los ve, los toca, pero no los siente, existen sólo en sí mismos y si les queda todavía su familia, puede decirse que han perdido su patria.

Por encima de esta masa de hombres, hay un poder inmenso y tutelar, que se atribuye a sí mismo y sólo a sí mismo la tarea de asegurar sus satisfacciones y de observar su destino.

Este poder es absoluto, minucioso, regulador, previsor y suave.

Sería como la autoridad de un padre si, como esta autoridad, tuviera por fin preparar a los hombres para la madurez, pero trata, al contrario, de mantenerlos en perpetua infancia, se contenta con que la gente goce, con tal de que no piense en nada más que en gozar.

En un país grande, los deberes del ciudadano son mínimos, y la pequeñez de los individuos, comparada con la extensión del país, hace que aquellos se sientan no como sus propios señores, sino débiles e impotentes frente a los acontecimientos que no pueden controlar.

Excepto del modo más abstracto y teórico, pues ¿qué sentido tiene decir que las gentes se han convertido en sus propios señores?

Nietzsche se dio una idea de lo que perdería cuando las sociedades pasaran de la aristocracia a la democracia.

La aristocracia producía pocas de las cosas hermosas pero inútiles que son típicas de las sociedades aristocráticas desde arte, literatura y teorías metafísicas entre otras, por otro lado la democracia produce cantidades mucho mayores de cosas útiles, pero feas, como máquinas, automóviles, autopistas y casas.

Pero la pérdida de la artesanía refinada es una preocupación trivial cuando se la compara con la pérdida de ciertas posibilidades humanas en la esfera moral y teórica, posibilidades cultivadas antes por el “*ethos*” ocioso y deliberadamente antiutilitario de las sociedades aristocráticas.

Así entonces los esclavos demostraron estar dispuestos a arriesgar la existencia-vital en una lucha sangrienta para liberarse.

Pero cuando finalmente lo consiguen, como finalmente deben hacerlo, crearán para sí mismos una sociedad democrática estable, en la cual la lucha y el trabajo, en el viejo sentido, serán innecesarios y en la cual se

habrá abolido la posibilidad de volver a ser tan libres y tan humanos como en su lucha revolucionaria.

Hoy imaginan que serán felices cuando lleguen a esa mundanidad prometida, pues se satisfarán muchas necesidades y deseos que se han creado

Pero ¿estarán también satisfechos consigo mismos? ¿o bien resultará que la satisfacción humana, como cosa opuesta a la felicidad, surge no de la meta misma, sino de la lucha y el trabajo para alcanzarla?

La existencia-vital del último hombre, es una existencia-vital de seguridad social y de abundancia material, precisamente lo que los políticos occidentales suelen prometer a sus electores.

¿Es esto realmente, de lo que se ha tratado la historia humana en estos últimos milenios? ¿Debemos temer que lleguemos a ser a la vez felices y satisfechos con nuestra situación ya no de seres humanos sino de animales del género "*homo sapiens*"? ¿O bien persiste el peligro de que seamos felices en un nivel, pero todavía nos sintamos insatisfechos con nosotros mismos en otro y de que, por consiguiente, estemos dispuestos a arrastrar al mundo hacia atrás, hacia la historia, con todas sus guerras, injusticias y revoluciones?

Es difícil para quienes creen en la democracia liberal seguir a Nietzsche mucho tiempo por el sino que tomó.

Era un enemigo declarado de la democracia y de la racionalidad en que ésta descansa.

Confiaba en el nacimiento de una nueva moral que favoreciera al fuerte frente al débil, que elevara la desigualdad social y hasta fomentara un especie de crueldad.

Para ser verdaderos nietzscheanos debemos racionalizar el cuerpo y el espíritu Nietzsche (cuyos dedos se endurecían en invierno porque se

negaba a calentar su habitación y que, incluso en los años anteriores al inicio de su locura, apenas si pasaba día sin terribles jaquecas) nos indica el sino hacia un modo de existencia-vital sin comodidad y sin paz.

Así entonces podemos aceptar sin problemas muchas de las agudas observaciones psicológicas de Nietzsche, al mismo tiempo que aceptamos su moral.

La manera como el deseo de justicia y castigo tiene sus raíces, muy frecuentemente, en el resentimiento del débil frente a los efectos espirituales potencialmente debilitadores de la compasión y la igualdad, el hecho de que ciertas personas deliberadamente no busquen la comodidad y la seguridad y no se sientan satisfechas con la felicidad tal como la entiende la tradición utilitaria anglosajona, el modo como la lucha y el riesgo son partes constitutivas del espíritu humano, la relación entre el deseo de ser más grande que otros y la posibilidad de excelencia personal y de superarse a sí mismo, todas estas intuiciones pueden considerarse como reflejos fieles de la condición humana, que solo es posible aceptar rompiendo con las tradiciones liberales de la moral cristiano-burguesa en la que existimos-vitalmente.

En realidad, las intuiciones de Nietzsche nos son conocidas porque se refieren al deseo de reconocimiento.

La principal preocupación de Nietzsche, de hecho, podría decirse que es el futuro de la moral, la capacidad del hombre de atribuir valor a las cosas y a sí mismo, que ve amenazado por el sentido histórico del hombre y por la extensión de la democracia.

Asimismo, la filosofía de Nietzsche puede entenderse a grandes rasgos, como una radicalización del historicismo y su psicología puede entenderse como una radicalización de la insistencia en el reconocimiento.

Compartiendo el odio de Nietzsche hacia la democracia liberal, podemos utilizar sus intuiciones referentes a la inquieta relación entre democracia y deseo de reconocimiento.

En la medida en que la democracia liberal consigue cancelar la presencia de la moral y sustituirla por el consumo racional, nos convertiremos en menos humanos.

Pero los seres humanos se rebelarán ante esta idea.

Es decir, se rebelarán ante la perspectiva de convertirse en miembros indiferenciados del Estado universal, globalizado y homogéneo, cada uno similar a los demás dondequiera que se vaya en el mundo.

Quedrán ser ciudadanos más bien que burgueses y en fin de cuentas encontrarán aburrida la existencia-vital de una esclavitud sin señores, la existencia-vital del consumo racional, quedrán tener ideales por los cuales existir-vitalmente y morir, incluso si los ideales más amplios se han convertido en realidad en el mundo y quedrán arriesgar la existencia-vital incluso si el sistema internacional de Estados ha conseguido abolir la posibilidad de guerra.

Esta es la contradicción que la democracia liberal todavía no ha resuelto.

A largo plazo, la democracia liberal puede verse subvertida internamente ya sea por un exceso de moral, ya por un exceso de moralidad o sea, por el deseo fanático de un reconocimiento igual, una civilización que busca fanáticamente eliminar cualquier manifestación de reconocimiento desigual, pronto tropezará con los límites impuestos por la naturaleza.

Nos hallamos al final de un período durante el cual el comunismo y/o socialismo trataron de emplear la fuerza del Estado para eliminar la desigualdad económica y al hacerlo socavaron las pasiones morales.

Esto no es algo que puede consolarnos, pues la refutación de las premisas morales del marxismo-leninismo llevó más de siglo y medio.

Pero en este terreno la naturaleza es un aliado.

La naturaleza, en cambio, conspirará para conservar un grado sustancial de moral incluso en nuestro mundo democrático e igualitario.

Nietzsche tenía toda la razón al creer que cierta dosis de moralidad es una condición previa para la existencia-vital misma.

Una civilización en la que no hubiera nadie que deseara que se le reconociese como mejor que los demás y que no afirmara, de algún modo la bondad y sanidad esencial de este deseo, no tendría arte, ni literatura, ni música ni cotidianidad intelectual.

Sería gobernada de modo incompetente, pues pocas personas de calidad escogerían una cotidianidad de servicio público.

No tendría apenas dinamismo económico, sus oficios e industrias serían pedestres y no cambiarían y su tecnología no pasaría de ser de segunda clase.

Y cosa tal vez más crítica todavía, será incapaz de defenderse de civilizaciones imbuidas de un mayor espíritu de moral cuyos ciudadanos estuvieran dispuestos a abandonar la comodidad y la seguridad social y no temieran arriesgar la existencia para dominar.

La moral es, como siempre lo ha sido, un fenómeno moralmente ambiguo, tanto las cosas buenas como las cosas malas de la existencia-vital fluyen de ella, simultánea y necesariamente.

Sí la democracia liberal la necesita, pues nunca podrá sobrevivir a base únicamente de un reconocimiento universal e igual.

No es, por tanto, sorprendente que una democracia liberal contemporánea, permita ser a quienes desean que se les reconozca como más grandes que los demás.

Los esfuerzos democráticos para desterrar la moral o para convertirla en moral han sido, cuando mucho, incompletos.

De hecho, la buena salud y la estabilidad de la democracia puede considerarse que descansan, a largo plazo, en la calidad y el número de ocasiones que proporciona a sus ciudadanos para satisfacer la moral.

Estas ocasiones no sólo recogen la energía latente en el individuo y la convierten en algo productivo, sino que sirven también en la toma del mundo que desvía el exceso de energía que, de otro modo, desgarraría la comunidad.

La primera y más importante de esas ocasiones, en una sociedad liberal, consiste en la actividad económica en todas sus formas.

El trabajo se lleva a cabo, primero y por encima de todo, para satisfacer el sistema de necesidades, por deseo más bien que por moral.

Pero como ya sabemos pronto se convierte en una carga para el esfuerzo moral es difícil comprender la conducta de los hombres de empresa y los industriales simplemente como una cuestión de egoísta satisfacción en sí mismos.

El capitalismo no sólo permite, sino que positivamente exige una forma moral regulada y sublimada en el esfuerzo para ser mejor que los rivales en el mundo de los negocios.

En el nivel en que actúan hombres de empresa, el consumo no es una motivación que tenga sentido, no es posible acumular indefinidamente casas, automóviles y esposas hasta perder la cuenta.

Esas personas, desde luego, son codiciosas en cuanto quieren acumular grandes cantidades siempre mayores de dinero, pero el dinero es más una muestra o un símbolo de su capacidad como hombres de empresa que un medio de adquirir bienes para su consumo personal.

No arriesgan la existencia-vital, pero exponen su fortuna, su posición y su reputación para obtener cierta clase de gloria, trabajan muy duro y descartan pequeños placeres en favor de placeres mayores e intangibles, su trabajo tiene por resultado, frecuentemente, productos y máquinas que demuestran un dominio sobrecogedor del más duro de los señores sobre la naturaleza y si no exhiben un espíritu público convencional, participan necesariamente en el mundo social constituido por la sociedad civil.

El hombre de empresa capitalista clásico no es, por lo pronto el último hombre de Nietzsche.

Si nada puede ser absolutamente cierto, si todos los valores están determinados por la cultura, entonces acaban haciéndose de lado también valores como el de la igualdad humana.

No hay mejor ejemplo de esto que el pensamiento del propio Nietzsche.

Este creía que en la consciencia del hombre nada es verdad y era a la vez una amenaza y una oportunidad.

Lo primero, porque, como se señaló antes, minaba la posibilidad de una existencia-vital dentro de un fin.

Pero era también lo segundo, pues permitía una libertad humana total respecto a anteriores limitaciones morales.

La forma más alta de creación de algo más elevado, o sea de nuevos valores.

Su propósito, una vez que se liberó de los atavismos de la filosofía anterior que creía en la posibilidad de la verdad absoluta, consistía en volver a evaluar todos los valores empezando por los del cristianismo.

Trataba deliberadamente de socavar la creencia de la igualdad humana, arguyendo que era un simple prejuicio imbuido por el cristianismo.

Esperaba que el principio de igualdad cedería el lugar, a una moral que justificara el dominio de los débiles por los fuertes y que acabara celebrando lo que equivalía a una doctrina de la crueldad.

Odiaba las sociedades diversas y tolerantes y prefería las que eran instintivas, intolerantes y sin remordimientos, la casta que trataba de criar razas diferentes de hombres, los entes de presa que, sin vacilar agreden con violencia desesperada al pueblo ataraxico.

Se ha discutido mucho la relación de Nietzsche con el nazismo, y aunque se le puede defender de la acusación estricta de ser el antepasado de las simplistas doctrinas del nacional-socialismo, la relación entre su pensamiento y el nazismo no es accidental.

Nietzsche destruía todos los apoyos filosóficos de la democracia liberal occidental y los sustituía por una doctrina de fuerza y de dominio.

Creía Nietzsche que la era de nihilismo conduciría a inmensas luchas del espíritu, luchas sin objeto, cuyo único propósito sería afirmar la lucha misma.

El propósito liberal moderno consistía en desplazar la base de las sociedades humanas desde la moral al terreno más sólido del deseo.

La democracia liberal resolvió el problema de la moral limitándola y sublimándola mediante una compleja serie de reglas situacionales.

El principio de la soberanía popular, el establecimiento de derechos, el gobierno por la Ley, la separación de poderes y otros semejantes.

El liberalismo hizo también posible el mundo económico moderno liberando el deseo de todas las limitaciones a la codicia y aliándolo a la razón en su forma de ciencia natural moderna.

Se abrió así repentinamente, un amplio entorno dinámico e infinitamente social al espíritu emprendedor del hombre.

Según los teóricos anglosajones del liberalismo, había que persuadir a los señores ociosos que abandonaran su vanagloria y que se instalaran en el mundo económico, precisaba subordinar la moral al deseo y la razón, es decir, al deseo guiado por la razón.

La transición fundamental ocurrida en la existencia moderna era la domesticación del señor y su metamorfosis en hombre económico.

Esto no significaba la desaparición de la moral, sino su transformación en una forma nueva y más elevada.

La moral de los pocos debería dejar el lugar a la moral de los muchos.

Los hombres no dejarían de tener honor, pero su honor no estaría ya colmado de un orgullo supremo.

Aquellos a quienes el viejo mundo predemocrático no había satisfecho formaban la vasta mayoría de la humanidad, los que se sentían insatisfechos en el mundo moderno de reconocimiento universal eran muchos menos en número.

De ahí la notable estabilidad y fuerza de la democracia en el mundo contemporáneo.

La idea suprema de Nietzsche puede verse, en cierto sentido, como una tentativa de formular radicalmente una nueva moral.

La ira de los hombres ya no estaba limitada por ninguna idea sobre el bien común.

No había bien común, todos los intentos de darle una definición reflejaban simplemente la fuerza de quienes se encargaban de definirlo.

Un bien común que protegiera la satisfacción en sí mismo del último hombre estaba ciertamente empobrecido.

Ya no había hombres bien adiestrados o mal adiestrados, sino sólo hombres más o menos airados.

Desde ahora se les distinguiría primariamente por la fuerza de su ira, es decir, por su capacidad de imponer a los demás.

La moral es para Nietzsche, todo el hombre, toda la humanidad

Analizando así a quienes existimos-vitalmente en la crisis de la humanidad, podemos concluir que ningún régimen, ningún sistema político socio-económico puede satisfacer a todos en todas partes.

Eso incluye a la democracia capitalista de moral cristiano-burguesa y no porque la revuelta democrática fuera incompleta porque la libertad y la igualdad no abarcaran a todos.

Sino que la insatisfacción surge efectivamente en donde la democracia supuestamente ha salido victoriosa sobre los demás regímenes políticos y todo porque el hombre no puede sentir en sí plenamente la libertad y la igualdad.

Así, quienes siguen insatisfechos tendrán siempre, en potencia, la posibilidad de volver a empezar la historia a través de la nueva moral nietzscheana.

Nietzsche representa la apoteosis del yo, la exaltación furiosa de la individualidad, en lucha violentísima con cuanto no sea ella, sociedad moral, Dios.

Es la pagana exaltación de la lucha y de la plenitud de energías vitales, con menosprecio cruel de los débiles, los tímidos, los ineptos y los caídos, la supresión de todos los impulsos sentimentales de piedad misticismo y renunciación.

Posee un descontento formidable de la civilización actual y un pesimismo absoluto sobre el destino de la misma ya que tiene la más oscura visión de la decadencia de nuestra especie.

Nietzsche que, con su egotismo ateo y trascendente, es guía y profeta de la filosofía finisecular del yo.

Nietzsche cree en el tipo futuro humano, el superhombre y en quien el yo habrá desplegado el máximo de sus energías y posibilidades existiendo-vitalmente fuera de todo escrúpulo moral legal o afectivo paralizador, más allá del bien y del mal, con una nueva esencia de valor.

Por lo que sólo siente desdén y pesimismo profundos para el hombre de nuestro tiempo, víctima de una moral, filantrópica, cristiana o racionalista, que él considera moral de esclavos y añora como un bien perdido el ingenuo impulso del salvaje ancestral, la fiera, el simple ser de presa, alegre y libre, sin trabas que coarten su actividad.

Según Nietzsche, el hombre sano, curado de esas fantasías que se llaman moral, espíritu y Dios, sabe que no hay nada para él, fuera de sí mismo, y que sólo por sí y para sí ha de obrar.

Por ello sus ideas contienen odio, negación y profunda desconfianza para cuanto encierra la existencia-vital.

La ubicuidad que en ellas se siente, es áspera y calculadora.

Nietzsche se revela como destructor despiadado, que combate ferozmente todas las creencias religiosas, metafísicas y morales, ataca por la base los dogmas más firmes, que adelanta, paciente y firmemente, sus ideas subterráneas lejos de la razón rebaño de los hombres.

Pocos moralistas han puesto en evidencia con tanta crueldad todos los pequeños engaños a que el espíritu se somete para disimularse su debilidad, su cobardía, su impotencia, su mediocridad, pocos han hecho aparecer más claramente la realidad, baja y mezquina, que se disimula muchas veces bajo las palabras de piedad, amor al prójimo, desinterés.

Nietzsche nos aparece como un ser espiritual rudo e impasible, la praxis que prescribe a sus congéneres es severa, peligrosa de seguir por fortificante, no consuela a los que van a contarle sus sufrimientos, deja sangrar sus llagas y sus heridas, pero los hace duros para el dolor, cura radicalmente o mata.

Y la tristeza de esta filosofía individualista, no reside sólo en su oscura visión de la cotidianidad social, sino también en el yermo interior a que condena al hombre, existiendo-vitalmente de su propia sustancia, girando alrededor de la idea de su yo, sólo en la nada del universo, que al fin la posee y la aniquila.

BIBLIOGRAFÍA

- Abraham, Tomás, ***El último oficio de Nietzsche y la polémica sobre el nacimiento de la tragedia***. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1996.
- Andreas-Salome, Louí, ***Nietzsche***. Madrid, Grupo Cultural Zero, 1986⁴.
- Astrada, Carlos, ***Nietzsche***. Buenos Aires, Editoriales Almagesto-Rescate, 1992.
- Astrada, Carlos, ***Nietzsche y la crisis del irracionalismo***. Buenos Aires, Editorial Dédalo, 1960.
- Ávila Crespo, Remedios, ***Nietzsche y la redención del azar***. Granada, Universidad De Granada, 1986.
- Barrios, Manuel, ***La voluntad de poder como amor***. Barcelona, Ediciones Del Serval, 1990. (Colección Delos 2).
- Bataille, Georges, ***Sobre Nietzsche voluntad de suerte***. Madrid, Taurus Ediciones, 1979². (Ensayistas 84).
- Biser, Eugen, ***Nietzsche y la destrucción de la conciencia Cristiana***. Salamanca, Ediciones Sígueme, 1974. (Lux Mundi 39).
- Blanchot, Maurice, ***Nietzsche, y la escritura fragmentaria. en: La ausencia del libro, Nietzsche y la escritura fragmentaria***. Págs. 41-67. Buenos Aires, Calden, 1973.
- Burgos Díaz, Elvira, ***Dioniso en la filosofía del joven Nietzsche***. Zaragoza, Prensas Universitarias, 1993. (Universidad de Zaragoza, Humanidades 22).
- Cacciari, Massimo, ***Desde Nietzsche, tiempo, arte, política***. Buenos Aires, Editorial Biblos, 1994.
- Cacciari, Massimo, ***Krisis; ensayo sobre la crisis del pensamiento negativo de Nietzsche a Wittgenstein***. México, Siglo Veintiuno, 1982.

- Chaix-Ruy, Jules, ***Síntesis del pensamiento de Nietzsche***. Barcelona, Editorial Novaterra, 1974. (Colección "Síntesis" 43).
- Colli, Giorgio. ***Después De Nietzsche***. Barcelona, Editorial Anagrama, 1988². (Argumentos 53).
- Colli, Giorgio, ***Introducción a Nietzsche***. México, Folios Ediciones, 1983.
- Cross, Elsa, ***La realidad transfigurada. (en torno a las ideas del joven Nietzsche)***. México, U.N.A.M., 1985.
- Deleuze, Guilles. ***Nietzsche y la filosofía***. Barcelona, Editorial Anagrama, 1971. (Argumentos 17).
- Deleuze, Guilles, ***Spinoza Kant Nietzsche***. Barcelona, Editorial Labor, 1974. (Colección Maldoror 26).
- Derrida, Jacques, ***Espolones. (los estilos de Nietzsche)***. Valencia, Pre-Textos, 1981. (40).
- Fink, Eugen, ***La filosofía de Nietzsche***. Madrid, Alianza Editorial, 1979². (Alianza Universidad 164).
- Foucault, Michel, ***Nietzsche, Freud, Marx***. Barcelona, Editorial Anagrama, 1981². (Cuadernos Anagrama 7).
- Foucault, Michel, ***Nietzsche, la genealogía, la historia***. Valencia, Pre-textos, 1988. (95).
- Frenzel, Ivo, ***Nietzsche***. Barcelona, Salvat, 1984. (Biblioteca Salvat de Grandes Biografías 16).
- González, Juliana, ***El héroe en el alma, tres ensayos sobre Nietzsche***. México, Facultad de Filosofía y Letras, U.N.A.M., 1996².
- Granier, Jean, ***Nietzsche***. México, Publicaciones Cruz o., S.A., 1991. (¿ Qué sé ? 10).
- Habermas, Jürgen, ***La crítica nihilista del conocimiento en Nietzsche***. Valencia, Revista Teorema, 1977. (Cuadernos Teorema 13).

Heidegger, Martín, **La frase de Nietzsche: "Dios ha muerto"**. en: **Sendas perdidas**. Págs. 174-221. Buenos Aires, Losada, 1979.

Hernández-Pacheco, Javier, **Friedrich Nietzsche, estudio sobre vida y trascendencia**. Barcelona, Editorial Herder, 1990. (Biblioteca Filosófica 28).

Izquierdo, Agustín, **El resplandor de la apariencia la teoría de la cultura en Nietzsche**. Madrid, Libertarias/Prodhufi, 1993. (Ensayo 65).

Janz, Curt Paul, **Friedrich Nietzsche**. 4 volúmenes Madrid, Alianza Editorial, 1981-1985. (Alianza Universidad 305,343,414,452).

Jaspers, Karl, **Nietzsche. (introducción a la comprensión de su filosofar)**. Buenos Aires, Sudamericana, 1963.

Jaspers, Karl, **Nietzsche y el cristianismo**. Buenos Aires, Editorial Deucalión, 1955. (Colección Todo Lo Nuevo 7).

Jiménez Moreno, Luis, **El pensamiento de Nietzsche**. Madrid, Editorial Cincel, 1986.

Klossowski, Pierre, **Nietzsche y el círculo vicioso**. Barcelona, Seix Barral, 1972. (Biblioteca Breve, Ensayo 332).

Lefebvre, Henri, **Nietzsche**. México, Fondo De Cultura Económica, 1940.

Lukács, Georg, **Nietzsche, fundador del irracionalismo del período imperialista. en: El asalto a la razón (la trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler)**. págs. 249-323. México, F.C.E., 1959.

Massuh, Victor, **Nietzsche y el fin de la religión**. Buenos Aires, Sudamericana, 1969.

Montinani, Mazzimo, **Nietzsche**. Buenos Aires, Centro Editor De América Latina S. A., 1968. (Los Hombres de la Historia 22).

Nicol, Eduardo, **Existencialismo vitalista; Nietzsche**. en: **Historicismo y existencialismo**. págs. 226-265. México, F.C.E., 1981.

Nietzsche, Federico. **Obras completas**. Buenos Aires, Aguilar, 1948-1950. 15 volúmenes. Traducidas al español directamente de las ediciones alemanas de a. Kroner y Musarium, con introducciones y notas por Eduardo Ovejero y Maury, catedrático de la Universidad Central de Madrid.

TOMO I EL ORIGEN DE LA TRAGEDIA Y OBRAS PÓSTUMAS DE 1869 A 1873

Homero y la Filología Clásica — El origen de la tragedia o helenismo y pesimismo. — El Estado griego. — La mujer griega. — Sobre la música y la palabra. — La lucha de Homero. — El porvenir de nuestros establecimientos de enseñanza. — De la relación de la Filosofía de Schopenhauer con una cultura alemana. — La Filosofía en la época trágica de los griegos. — Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral. — Notas adicionales.

TOMO II CONSIDERACIONES INTEMPESTIVAS

David Strauss, el confesional y el escritor. — De la utilidad y los inconvenientes de los estudios históricos para la vida. — Schopenhauer educador. — Apuntes y pensamientos para las consideraciones intempestivas: Nosotros los filólogos. — Ricardo Wágner en Bayreuth. Notas adicionales.

TOMO III HUMANO, DEMASIADO HUMANO (I)

Prefacio. — Primera parte: De las cosas primeras y de las últimas. — Segunda parte: Para la historia de los sentimientos morales. — Tercera parte: La vida religiosa. — Cuarta parte: Del alma de los artistas y de los escritores. — Quinta parte: Caracteres de la alta y baja cultura. — Sexta parte: El hombre en sociedad. — Séptima parte: La mujer y el niño. — Octava parte: Ojeada sobre el estado. — Novena parte: El hombre a solas consigo mismo. — Entre amigos: Postludio.

TOMO IV HUMANO, DEMASIADO HUMANO (II)

Primera parte: opiniones y sentencias. — Segunda Parte: El viajero y su sombra. — pensamientos sobre Ricardo Wágner: Música y Bayreuth I. Pensamientos sobre Ricardo Wágner. II antecedentes del “Ricardo Wágner en Bayreuth”. III. Ojeada a los tiempos de mi amistad con Ricardo Wágner. — Apéndice.

TOMO V AURORA

Reflexiones sobre los prejuicios morales. — Ojeada sobre el presente y el porvenir de los pueblos.

TOMO VI EL ETERNO RETORNO

El gay saber. — La canción del príncipe Vogelfrei. Poesías.

TOMO VII

ASÍ HABLO ZARATUSTRA Un libro para todos y para ninguno.

TOMO VIII MÁS ALLA DEL BIEN Y DEL MAL

Los prejuicios de los filósofos. — El espíritu libre. — El espíritu religiosos. — Máximas e intermedios. — Historia natural de la moral . - — Pueblos y patrias. — ¿ Qué es lo noble ? — epílogo: sobre las altas cimas. — GENEALOGÍA DE LA MORAL: “Bien” y “Mal” “Bueno” y “Malo”. - — la “falta”, La “mala conciencia” y cosas parecidas. — ¿Cuál es el sentido de todo ideal ascético ? — A los pueblos y patrias (obra póstuma, 1886).

TOMO IX LA VOLUNTAD DE DOMINIO

Ensayo de una transmutación de todos los valores. — Primer libro: El nihilismo europeo. — Segundo libro: Crítica de los supremos valores históricos. — Tercer libro: Fundamentos de una nueva valoración. Apéndice.

TOMO X EL OCASO DE LOS ÍDOLOS

La voluntad de dominio (última parte): Libro cuarto: Disciplina y educación. — El Anticristo. Ensayo de una crítica del cristianismo. — Ditirambos dionisiacos (1888).

TOMO XI ECCE HOMO

Arte y artistas. — El caso Wagner. — Nietzsche contra Wagner. — Ecce Homo.

TOMO XII TRATADOS FILOSÓFICOS

Tratados filosóficos contemporáneos de “Aurora” — Tratados filosóficos del tiempo de “Gay saber”.

TOMO XIII FILOSOFÍA GENERAL

Filosofía. — Moral. — Psicología. — Religión. — Cultura.

TOMO XIV LA CULTURA DE LOS GRIEGOS

Historia de la elocuencia griega (1872—1873). — Historia de la literatura griega. Partes I y II (1874—1875). — Historia de la literatura griega. Parte III. Retórica (1874). — El culto de los griegos (1875—1876). I. Lugares y objetivos del culto. II. Personas que ejercían el culto. III. Los usos religiosos. — Pensamientos sueltos de los años 1869—1875. — Apéndice.

TOMO XV

CORRESPONDENCIA.

Nolte. Ernst, *Nietzsche y el nietzscheanismo*. Madrid Alianza Editorial, S. A. 1995. (Alianza Universidad 794).

Quesada, Julio, *Un pensamiento intempestivo; ontología estética y política en F. Nietzsche*. Barcelona, Editorial Anthropos, 1988. (Autores, Textos y Temas, Filosofía 13)

Ross, Werner, *Friedrich Nietzsche el águila angustiada*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1994.

Sagols Sales, Lizbeth Margarita, *Individualidad y temporalidad en Así hablo Zaratustra*. Tesina. México, Facultad de Filosofía y Letras., U.N.A.M., S/F.

Sánchez Meca, Diego, *En torno al superhombre; Nietzsche y la crisis de la modernidad*. Barcelona, Editorial Anthropos, 1989. (Autores, Textos y Temas Filosofía 25).

Savater, Fernando, *Nietzsche*. Barcelona, Barcanova, 1982.

Valadier, Paul, *Nietzsche y la crítica del cristianismo*, Madrid, Ediciones Cristianidad, 1982

Valverde, José María, *Nietzsche de filólogo a anticristo*. Barcelona, Planeta, 1994².

Vattimo, Gianni, *Introducción a Nietzsche*, Barcelona, Ediciones Península, 1987. (Nexos 20).

Vermal, Juan Luis, ***La crítica de la metafísica en Nietzsche***. Barcelona, Editorial Anthropos, 1987. (Autores, Textos y Temas Filosofía 8).